

EL PRIMER TRÁDOR
CRISTIANO

JUDAS

EL APOSTOL



JUDAS EL APOSTOL - GUILLERMO ROVIROSA

PRÓLOGO del libro de la editorial ZYX

JUDAS es sin duda el mejor libro de Rovirosa. Esta indiscutible primacía es debida a su capítulo quinto: JUDAS Y YO. No solo porque en él traza, siquiera a grandes rasgos, su autobiografía, sino porque nos descubre, quizá sin apercibirse de ello, los aspectos más profundos de su vida cristiana. A quienes hemos tenido la dicha de convivir con Guillermo Rovirosa y de apreciar la transparente sinceridad de sus palabras, la lectura de este capítulo nos da la clave para descubrir el auténtico sentido de tantas frases suyas dejadas caer como descuidadamente, de tantas reacciones aparentemente espontáneas, pero que nos llenaban de admiración por su carga de lucidez y de sentido cristiano y que nos hacían entrever un misterio de gracia en el fondo de su alma tan humana.

Rovirosa pasó en Montserrat la mayor parte de sus últimos años, los de su inactividad forzada. Prácticamente llevaba vida de monje. Fueron para él años de reflexión y de íntimo trato con Jesucristo. Aquel trato por el cual descubrió, como él mismo insinúa, que para el verdadero cristiano todo es Comunión: comunión vital con el Evangelio de Jesús, con su Amor, con su voluntad, con su Cruz. Y esto, escribe Rovirosa, es LA VERDAD. Y lo dice él, quien se califica a sí mismo como “fanático de la verdad”.

En efecto, según él mismo nos cuenta, la búsqueda de la verdad fue trazando el sendero de toda su vida íntima. Jovencito todavía, se apasionó por las matemáticas, “porque me aparecieron como la expresión de la verdad más exigente”. Porque no supo entender la verdad evangélica de que “los buenos pierden siempre, y los malos ganan siempre”, decidió “no sólo desentenderse, sino combatir la religión católica en nombre de la verdad”. Fue entonces cuando cayendo de desengaño en desengaño, buscó la verdad en el espiritismo, en la teosofía, en un sincretismo religioso, hasta llegar al escepticismo total.

Tuvo necesidad de que un gran santo tan apasionado de la verdad como fue San Agustín lo pusiera en contacto con Jesús: sólo entonces se abrieron sus ojos a la luz de la Verdad, San Agustín le hizo entrever la humildad de corazón de Jesús. “Aquello fue decisivo. Fue un deslumbramiento que trastornó toda mi vida”. Pero aún así, nos asegura Rovirosa, “¿quién lo creería? El espíritu de Judas continuaba en mí inconscientemente”. No se había dado cuenta todavía de que “en el Bautismo Jesús se me da Él mismo, que es la Vida, a cambio de mí muerte mística”. Fue necesario que aprendiese vitalmente en su espíritu y en su carne que, cuando se quiere seguir de verdad a Jesús, “el calvario anda siempre de por medio”. Entonces descubrió la verdadera Faz de Jesús y se descubrió a sí mismo. Descubrió que “Jesús me ama con locura” y que “yo traiciono sin descanso el don de Dios”. Y con ello encontró la Paz, “una paz que nunca hubiera podido ni sospechar”.

La vida de Rovirosa fue siempre un nítido reflejo de las íntimas exigencias que el progresivo descubrimiento de la verdad le imponía. Por esto fue siempre un hombre sincero, honrado, leal. Cuando descubrió a Jesucristo, le amó y quiso servirle apasionadamente en la persona de sus hermanos más necesitados: trabajó incansablemente en la Acción Católica y en la organización del Apostolado Obrero. El nombre de Guillermo Rovirosa, ¡cuántos sentimientos entrañables sugiere a los hombres de la HOAC!

Pero el Rovirosa más auténtico es el de sus últimos años. Cuando la incompreensión, las suspicacias, los celos y más tarde la amputación de un pie, lo redujeron al silencio y a la inactividad. Cuando, bajo la opresión del sufrimiento moral y del dolor físico, se dio cuenta de que Jesús busca seguidores, no colaboradores; amigos decididos a cumplir la voluntad de Él, no deseosos de que Jesús cumpla la de ellos.

En esos últimos años, quien le trataba podía percibir fácilmente el buen olor de Cristo que se exhalaba de sus palabras, y aun de sus silencios. De sus silencios llenos de respeto, de perdón y tal vez de justificación ante las incompreensiones más dolorosas para él. De sus palabras, que rebosaban sabiduría, caridad y paz. ¡Cuántas veces una sencilla palabra de Rovirosa, dejada caer como al azar durante la sobremesa, fue motivo de edificación y de gracia para los huéspedes de Montserrat!

Desde el retiro de su celda, Rovirosa no dejó de relacionarse con sus amigos. Quiso hacerles partícipes de sus reflexiones sobre problemas de vida humana y cristiana. Para ellos redactó unos cuadernos que luego él mismo multicopiaba y encuadernaba. Fueron apareciendo sucesivamente: *Cooperatismo Integral*, en dos cuadernos (1959); *Dimas, el Ladrón: el primer santo cristiano*; *Judas, el apóstol: el primer traidor cristiano*; *La virtud de escuchar* (1962); *El Fenerismo* (1962); *El Compromiso Temporal* (1963); *¿De quién es la empresa?* (1964, en Ediciones ZYX); *Los Terciarios* (Ediciones ZYX); *Utopía*, de Tomás Moro (Introducción y modernización del texto castellano en Ediciones ZYX). Tenía todavía en proyecto algunos otros títulos, como *El Humor de Dios*, *El anciano Simeón*, y otro *Sobre la pandilla*, etc.

El primer traidor cristiano: Judas de Keriot, el Apóstol, fue el IV de estos cuadernos. Basándose en los textos evangélicos y en las características del pueblo judío en tiempos de Jesús, Roviroso se sirve de su fina intuición de la psicología humana para analizar el drama íntimo que convirtió al Judas apóstol en el primer traidor cristiano. Exegéticamente varios pasajes de su Cuaderno podrían ser discutibles; su juicio sobre el Antiguo Testamento parece algunas veces excesivamente duro quizás por no considerar suficientemente que, a pesar de su imperfección básica, era “un preceptor que debía conducir hacia Jesucristo aquellos hombres que todavía no estaban justificados por la fe”, según expresión de San Pablo (Gal. 3, 24). Pero, en general, sus reflexiones son siempre atinadas y demuestran una notable familiaridad con los textos de la Sagrada Escritura leídos, meditados y asimilados con amor.

Su tesis, según la cual “Judas llegó a ser traidor porque no supo ser un seguidor de Jesús, sino que pretendió ser un colaborador suyo”, supone una gran penetración del espíritu evangélico. No será por simple reflexión, sino por experiencia personal que Roviroso pudo precisar tan justamente en que consiste “éste no hacer nada cuando Dios visita el alma y obra en ella maravillas” o “en los momentos en que Dios quiere obrar Él solo” y “que no tiene nada que ver con la herejía quietista”.

No sé hasta qué punto la tesis de Roviroso en su concreta aplicación a la traición de Judas puede considerarse como una exacta interpretación de los hechos históricos. En todo caso, es la afirmación de un principio de moral cristiana que le permite introducir otra tesis más importante para él: “La traición de Judas fue una de tantas. Como cualquiera de las nuestras “cuando traicionamos nuestro Bautismo”. Puesto que la traición al bautismo se produce cuando el bautizado afirma algo suyo y lo antepone a lo de Dios”. De allí que el centro de gravedad de todo el Libro se halla, no en algunos de los cuatro capítulos que se refieren directamente a Judas, sino en el último: JUDAS Y YO. Un capítulo denso de sinceridad, de equilibrio humano, de sobrenaturalismo cristiano, de espiritualidad evangélica, que suscitan espontáneamente el recuerdo de Las Confesiones de San Agustín.

Quisiera que estas sencillas líneas de presentación fuesen un homenaje personal de afecto y de veneración al añorado amigo Guillermo Roviroso, uno de esos hombres ante cuyo recuerdo se experimenta el gozo de haberlo conocido y la pena de no haberlo tratado con más frecuencia e intimidad.

Gabriel María BRASO
Abad Coadjutor de Montserrat

INDICE

CAPÍTULO		PÁG
INTRODUCCIÓN		4
CAPÍTULO I	LOS TIEMPOS DE JUDAS	6
CAPÍTULO II	JUDAS EN LOS EVANGELIOS	14
CAPÍTULO III	JUDAS EL APOSTOL	30
CAPÍTULO IV	JUDAS EL TRAIIDOR	42
CAPÍTULO V	JUDAS Y YO	71

INTRODUCCIÓN

EL PRIMER TRAIADOR CRISTIANO

Judas, el Apóstol

Este cuaderno IV es complemento y continuación del cuaderno III dedicado a San Dimas, el ladrón. Son como la cara y la cruz de una misma medalla. Puede afirmarse que el uno completa al otro. Y no por un artificio del autor, sino por la realidad misma.

La relación histórica de Flavio Josefo que figura en el anterior cuaderno, también tiene aquí un interés palpitante, por poner de manifiesto las circunstancias que concurrirían en las tierras palestinas durante los tiempos mesiánicos, y podernos dar cuenta del ambiente general en que se vivía. Recordar (o renovar) aquella lectura creo que puede ser útil antes de recorrer las páginas de este cuaderno.

En el caso de San Dimas se disponía de una ínfima cantidades de textos evangélicos que se refiriesen a él. No ocurre lo mismo con Judas, ya que son numerosos (en todos los Evangelios) Los casos en que se le nombra concretamente; y además podemos referir a él los múltiples textos en que se hace referencia a “los doce”, o a los Apóstoles, ya que entre ellos anduvo Judas desde su “vocación” hasta la trágica y gloriosa noche que procedió al Calvario.

Comprendo que la figura del traidor por antonomasia haya despertado una especie de horror universal desde el mismo momento de su traición, y que este horror no mengüe hasta el fin de los siglos. Y también comprendo muy bien que nadie experimente deseos de concentrar su mente en esta repelente figura, que desempeñó un papel tan destacado en el drama de la Redención. En otro orden, puede decirse que ocurre algo análogo con la sublime figura de Jesucristo, que se prefiere meditar en cualquiera de sus aspectos antes que considerarla en los hechos del Primer Viernes Santo. Y si la Santa Madre Iglesia nos obliga cada año a dedicarle un día, nosotros introducimos todo el “folk-lore” que podemos para disfrazar la crudeza infinita del hecho central de nuestra Redención.

Pero no tenemos más remedio que pasar por la puerta estrecha e incómoda de meditar y (sobre todo) de vivir el Calvario si queremos entrar en el redil de las ovejas fieles al Buen Pastor. Todo lo restante de la Vida y del Mensaje de Jesús toma su dimensión en función del Calvario. Antes de la Cruz todo fue preparación, y después glorificación.

Por este imperativo de no podernos desentender de la cruz de Cristo ni de Cristo en la cruz, tampoco podemos dejar de lado algo que se relaciona con ello de una manera directísima: la traición del hombre a su vocación de hijo de Dios. Todas las traiciones de toda la historia; las mías y las de los otros. Todas.

Judas tuvo el triste privilegio de que le tocara vivir precisamente aquellos momentos y esto le convirtió en el prototipo de traidor; no porque fuera más traidor que otros, sino porque se encontró en una circunstancia que los demás traidores no hemos conocido.

Los medicamentos son siempre dolorosos, o molestos, y uno los evita tanto como puede, hasta que no le queda otro camino que tomarlos. Y eso que conocemos de antemano sus efectos salutíferos. Y eso que sabemos que unos momentos de sufrimiento, o de incomodidad, nos traerán un alivio, o una curación. Los males físicos, sin embargo, tienen la ventaja de que duelen, y nadie puede sustraerse a ellos y no hacerles caso. El mal moral, en cambio, no es agudo como el mal físico, y los “calmantes” son tan abundantes y eficaces que da asco.

Existe otra diferencia fundamental entre estas dos clases de males, y es la que se refiere a la sensibilidad. En los males físicos (casi siempre) el dolor que se experimenta es tanto mayor cuanto mayor es el mal que se padece; mientras que en los males de orden

moral parece que cuanto mayores son, más insensibles nos dejan. Uno se sorprende ante los gritos de dolor que arrancan a los Santos ciertos males morales que nos parecen tan leves, y de los que uno no hace ni caso; y si no nos atrevemos a decirlo, no podemos dejar pensar que son unos exagerados. Aquí, seguramente, deben caer bien aquellas palabras evangélicas de que al que tiene se le dará aún más. Y al que no tiene se le quitará lo poco que tiene.

Fijémonos también en la diferencia radical que hay entre los alimentos y las medicinas, que consiste en que los alimentos, además de su función principal, que es, precisamente, la de alimentar poseen la cualidad de ser (unos más que otros) agradables al paladar, mientras que las medicinas (aún las mejor disfrazadas) son siempre repelentes. Y no cabe duda de que si cada día hay que tomar alimentos para sostener el cuerpo en forma correcta, también de vez en cuando hay que tomar medicamentos para que el cuerpo conserve, o recupere, la salud.

En la vida sobrenatural me parece que hay cierta semejanza con vida física: los “alimentos”, particularmente la Eucaristía, la Liturgia, la caridad fraterna,... son gozo y placer para el alma; mientras que las medicinas, tales como la Confesión, el examen, la meditación de las propias infidelidades... son brebajes amargos no hay más remedio que tomar para poder vivir la Vida, con mayúscula.

Pero tan anormal es el obrar de aquellos que nunca quieren medicinas, como el de aquellos otros que únicamente quieren tomar medicinas, ya que conviene que alimentos y medicinas se tomen en la medida que conviene en cada situación y en cada momento.

La turbia figura de Judas es, desde hace tiempo, una medicina para mí. Mientras “la tomo” siento una gran repugnancia (de él, pero sobre todo de mí) y estoy seguro de que estos malos ratos me han hecho un gran bien.

Claro está que Judas, por sí mismo, no puede curar nada, ya que la medicina es Cristo en el Sacramento de la Penitencia. Pero, por analogía, quizá puedo aplicarle en mi caso el papel, de preventivo. Ciertas curas que se practican en primavera, por si acaso... ¿O quién sabe si, en mi caso, le vendría mejor el considerarlo como depurativo? En realidad, lo mismo me da...

He aquí, pues, que he escrito estas páginas así: como una depuración, como cuando se toma Agua de Carabaña, pongamos por caso. Y quiero prevenir al lector que, para él, no busque otra cosa en este cuaderno. Casi toda la prosa que pongo es desagradable, pero puede ser salutífera si se toma en forma debida. Con toda premeditación me he abstenido del menor esfuerzo para “dorar la píldora”. Estas páginas son para personas mayores.

Después de escribir lo que antecede me siento descargado de los reproches que se me podrían hacer si no lo hubiese advertido. El que siga leyendo, que no me culpe a mí del amargor de boca que experimente. ¡Por qué lo leía! Pero si la “purga” le hace su efecto, dele gracias a Dios, ya que todas las curaciones son un puro milagro, aunque algunas lo aparentan más que otras.

CAPITULO PRIMERO

I.- LOS TIEMPOS DE JUDAS

Antes de referirme al ambiente histórico de los tiempos mesiánicos, quiero contar, a guisa de parábola, una historieta que me figuro habrá de facilitar bastante la comprensión de la mentalidad de entonces.

Se trata de un psico-analista que está realizando un “test” con cuatro personas. Saca de su bolsillo un pañuelo blanco, limpio, y lo desdobra, lo coge por uno de sus picos y lo mueve repetidamente, en movimiento amplio de abajo a arriba y de arriba abajo. Y pide al primero que diga qué pensamiento le sugiere ver un pañuelo agitado de esa manera.

-Esto me hace pensar -contesta- en la buena faena de un torero cuando el público pide la oreja...

El segundo, que debía ser un sentimental, dijo:

-Pienso en un buque de emigrantes, cuando el que se expatría se va alejando de los seres queridos que deja en el muelle, y que quizá no verá nunca más...

El tercero seguramente tenía un alma de poeta, pues contestó:

-Veo palomitas blancas, en vuelo hacia el infinito...

El cuarto, sin titubeos, dijo:

-Esto me hace pensar en una mujer estupenda, escultural, de mirada encendida y carnes ardientes, etc. Etc. Etc.

Entonces el psico-analista le dijo a éste:

Es notable que el movimiento del pañuelo le haya sugerido la idea que ha expuesto; ¿quiere V. explicarme la trayectoria que ha seguido su pensamiento entre el punto de partida y lo que ha dicho?

¡Oh! -contestó el interpelado - no hay ninguna trayectoria; lo que ocurre es que no sé pensar en otra cosa, y todo lo refiero a lo mismo...

Verdaderamente (y todos tenemos de ello alguna experiencia) cuando uno está obsesionado, todo converge hacia el punto obsesional, y son inútiles los esfuerzos que uno haga (o hagan los demás) para distraerse de “aquello”. Todo, hasta las cosas más incoherentes hay que referirlas a lo mismo.

Hay obsesiones individuales, capaces de llegar a excesos terribles, y todos sabemos algo de esto; pero en general se diluyen, y a base de tiempo (más o menos largo) la mente se normaliza. Ocurre como una brasa dejada sola.

Pero cuando la obsesión es colectiva y no encuentra frente a ella una fuerza brutal que la ahogue, entonces ocurre como con las brasas puestas en el hogar, que cada una aumenta el ardor de las demás, y las demás aumentan el ardor de cada una. Todas las revueltas, sean de la clase que sean, son una demostración práctica de este hecho.

Estoy segurísimo, ya que los datos históricos y evangélicos que poseemos son patentes, de que en los tiempos de Judas todo el pueblo se encontraba en un estado obsesional colectivo, fomentado por una parte, por elementos internos derivados de las profecías y de “las ganas” que tenían de ello, ayudados, por otra parte, por los acontecimientos históricos, particularmente desde la revuelta de los Macabeos para acá.

Los Profetas siempre eran enigmáticos y oscuros, y su interpretación constituía la tarea principal de los judíos instruidos y doctos, a los que designaban con el nombre de “escribas”, y que no siempre estaban de acuerdo entre sí, ni mucho menos. Debido seguramente a que cada uno interpretaba los versículos de acuerdo con su obsesión particular, como en la parábola del psico-analista que acabo de contar.

Hagamos, sí el lector quiere acompañarme, un recorrido histórico muy rápido y esquemático, por los tiempos que precedieron a la Redención, fijándonos en los libros santos de Daniel y de los Macabeos, tal como figuran en la Biblia, y en la “historia de los judíos” de Flavio Josefo. Parte de la cual se ha transcrito en el cuaderno III.

En la última transmigración a Babilonia fueron muchos los judíos que apostataron de su religión nacional y se asimilaron y fueron absorbidos por los pueblos donde fijaron su residencia. Esto no ha sido nunca ninguna novedad, y no hay por qué fijarnos en estos para nada.

Una parte importante, sin embargo, permanecieron fieles a la religión de sus mayores, y estos constituyeron el núcleo que, después de muchas peripecias, se agruparon de nuevo alrededor de la ciudad santa, continuando la historia de Israel como nación, hasta el año 70 en que Tito los dispersó definitivamente... hasta hace muy pocos años en que Lord Balfour los volvió a reagrupar. Pero aquí no nos interesa esta última fase, a pesar de ser, en sí, uno de los hechos históricos más interesantes de nuestros tiempos.

No hay por qué entrar en detalles; el hecho es que bajo el caudillaje de la familia de los Macabeos (que juntaron por primera vez el poder real con el sacerdocio supremo) los judíos dispersados se juntaron nuevamente en la tierra que Yavé había dado a sus progenitores remotos, reconstruyeron el Templo (como pudieron) y a base de alianzas con los romanos formaron nuevamente una nación.

Esta situación, sin embargo, no duró mucho, a causa de las desavenencias entre los jefes. Lo cual fue la oportunidad que aprovechó Herodes el Grande para hacerse con el poder real, ayudado por su padre primero, y después por su talento político, y, finalmente, por una suerte que da el vértigo; todo lo cual hizo que, siendo muy joven todavía, fuese coronado rey de los judíos por los romanos, a pesar de no pertenecer al “pueblo escogido”, ya que era idumeo.

Si en lugar de ser extranjero, Herodes hubiera sido descendiente de David, seguramente que muchos escribas hubieran descubierto en él numerosos signos mesiánicos y en lugar del odio que, en general, le profesaron durante todo su larguísimo reinado, se hubieran adherido a él con toda el alma.

Téngase en cuenta que durante el reinado de Herodes éste mandó reconstruir el templo con una magnificencia superior al de Salomón; que fortaleció y embelleció Jerusalén de una manera magnífica, superior a todo lo conocido hasta entonces; el poder militar y político sobre las naciones vecinas fue extraordinario; se construyeron nuevas ciudades, puertos, numerosas fortalezas, carreteras, obras hidráulicas,... de manera que no parece fuera de lugar el sobrenombre de “El Grande”, sí se le considera únicamente como rey. Su política con los romanos (primero con Marco Antonio y después con Augusto) fue muy inteligente, y le valió la mayor parte de sus éxitos.

Los judíos, en tiempos de Herodes, pudieron experimentar dos sensaciones muy contrarias: por una parte el rey y el pueblo de Israel eran temidos, considerados y respetados por todos, y esto tenía que halagar sus desaforados sentimientos de nacionalismo imperialista; pero por otra parte, el rey era de mala raza, y oprimía al pueblo con tantos impuestos, depredaciones y toda suerte de despotismos que no podían ni respirar. Se comprende perfectamente que desearan una situación semejante, pero con un rey de la casa de David, con una corte y unos “jefazos” integrados por los “señores” de las grandes familias de Israel.

Pienso que algunos de los judíos debieron meditar en aquellos tiempos los pasajes siguientes del libro primero de Samuel, donde se cuentan los primeros pasos de la monarquía en Israel:

Reuniéronse todos los ancianos de Israel, y vinieron a Samuel en Rama, y le dijeron: Tu eres ya viejo, y tus hijos no siguen tus caminos; danos un rey para que nos

juzgue, como todos los pueblos.

Desagradó a Samuel que le dijeran: Danos un rey para que nos juzgue, y oró ante Yave; pero Yave dijo a Samuel:

Oye la voz del pueblo en cuanto te pide, pues no es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que no reine sobre ellos. Como han hecho conmigo desde que los saqué de Egipto hasta ahora, dejándome para irse a servir a otros dioses, así hacen ahora contigo. Escúchalos, pues, pero da testimonio contra ellos, y dales a conocer como los tratará el rey que reinará sobre ellos.

Samuel transmitió al pueblo que le pedía rey todo lo que le había dicho Yave les dijo:

Ved como os tratará el rey que reinará sobre vosotros:

Cogerá a vuestros hijos y los pondrá sobre sus carros y entre sus aurigas y los hará correr delante de su carro. De ellos hará jefes de mil, de ciento y de cincuenta; les hará labrar sus campos, recolectar sus mieses, fabricar sus armas de guerra y el atelaje de sus carros. Tomará vuestros mejores campos, viñas y olivares y se los dará a sus servidores.

Cogerá vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores bueyes y asnos para emplearlos en sus obras. Diezmará vuestras cosechas y vuestros vinos para sus eunucos y servidores.

Diezmará vuestros rebaños, y vosotros mismo seréis esclavos suyos. Entonces clamaréis a Yave, pero Yave no os oirá.

El pueblo desoyó a Samuel, y dijeron:

-No, no, que haya sobre nosotros un rey, y así seremos como todos los pueblos; nos juzgará nuestro rey, y saldrá al frente de nosotros para combatir nuestros combates.

Samuel, después de oír las palabras del pueblo se las repitió a Yave; y Yave le dijo:

-Escúchalos, y pon sobre ellos un rey.

Así empezó la monarquía en Israel y así terminó. Herodes el Grande, que fue el último que reinó sobre todas las tribus de Israel, entró de lleno dentro de las previsiones de Yave, “perfeccionándolas” todavía, si cabe.

A pesar de todo, ellos seguían deseando un rey. Y es muy fácil que en tiempos de Judas este deseo fuera mayor que nunca.

Veían, por una parte que no era ninguna quimera el que unos reyes victoriosos se hicieran dueños del mundo, ya que la realidad del Imperio Romano, más que verla, la tocaban. Más cerca todavía, la realidad de Herodes, aún padeciéndola, les ponía de manifiesto las posibilidades que había para un rey que fuese de “los suyos”. Y finalmente, los textos sagrados mesiánicos, interpretados de la manera más material, junto con las tradiciones y leyendas (todavía más materialistas) que se habían añadido a aquellos textos enfocados todos al Libertador de Israel y al Dominador del Orbe, junto con las profecías, referente a las cuales todos estaban de acuerdo en que por entonces se realizaban todos los vaticinios, los signos, las señales, y los tiempos preestablecidos para la aparición del Mesías del Pueblo Escogido.

Todo el mundo lo esperaba y todos lo deseaban. Y aunque cada cual se hiciera de él una idea concorde con sus propias modalidades y con sus particulares ambiciones, había tres aspectos en los que todos coincidían:

1º: El pueblo de Israel se haría el dueño del mundo, y cada circuncidado, incluso el más piojoso, se convertiría en una especie de príncipe de sangre real. Esto que ahora llamamos “complejo de poder” se había apoderado de todos, incluso de los minúsculos pescadores del lago de Galilea, como sabemos por múltiples testimonios que nos han transmitido los Evangelios.

2º: Después de los tiempos de esclavitudes y sufrimientos soportados hasta entonces, el Mesías les traería la gran vidaza; y se hartarían hasta saciarse, de lo bueno, lo mejor. Jauja, en una palabra.

3º: La riqueza sería el signo esplendoroso, no sólo de Israel, sino también de cada israelita. Esto se produciría automáticamente. Bien se daban cuenta de cómo se enriquecían los que les oprimían y expoliaban a ellos, para estar segurísimos de que cuando la tortilla diera la vuelta y ellos fuesen los opresores y los expoliadores, se cumplirían plenamente

las promesas que hizo Moisés al “Pueblo Escogido”, de que: “tendrían oro y plata en abundancia, y darían dinero a préstamo sin tener que pedir prestado a nadie”.

A estos tres “ideales” ahora los designamos con el nombre de Las Tres Concupiscencias.

Esto iba así. Ahora sabemos lo que pasó después y comprendemos que se equivocaban totalmente, pero ellos no tenían ni la menor idea de lo que iba a ocurrir, y no podemos juzgarles por lo que ahora nosotros sabemos, sino por lo que entonces ellos ignoraban.

Las frases y expresiones de los Profetas que ahora encontramos clarísimas (aunque no todas, ni mucho menos) para ellos solamente podían tener un sentido alegórico, lo suficientemente oscuro para que cada exégeta pudiera darle el sentido más de acuerdo con su manera de ser, como pasa actualmente con el Apocalipsis, por ejemplo. Si, por un absurdo, después del Juicio Final continuara la vida humana sobre la tierra, aquellos vivientes encontrarían en la visión de San Juan unas evidencias y unas precisiones que ahora no podemos ni sospechar, y que no se parecerían gran cosa a las conclusiones a que llegan a “priori” los estudiosos sabios y prudentes actuales.

Insisto, quizá hasta hacerme pesado, en estas cosas tan elementales, porque me parece que no se tienen demasiado en cuenta; y si las olvidamos no habrá manera de hacerse una idea de lo que pasó.

Después de la muerte de Herodes el Grande sabemos que fueron muchos los que se levantaron en armas deseando erigirse en caudillos de Israel; y que esto se continuó después del Calvario. Porque también sabemos que si algunos judíos se convirtieron a Cristo, la grandísima mayoría continuaron (y continúan) fidelísimos a su concepción puramente material del mesianismo.

Las historias nos cuentan numerosos casos de estos levantamientos en armas, y de muchos de ellos nos transmiten los nombres de los cabecillas y toda clase de detalles. Pero estoy seguro de que fueron muchísimos más, que seguramente no pasaron de los primeros pasos y por esto las historias no cuentan nada.

Si hoy, a mi alrededor; veo tanta gente que cree en augurios, en sueños, en astrologías, en espiritismos, y en otras monsergas por el estilo, e incluso entre los que se tienen por cristianos siempre aparece la peste de los soberbios que se creen en relaciones personales y directas con el Espíritu Santo al margen de la Iglesia, no tengo ninguna razón válida para suponer que entonces las cosas iban de otra manera. En todo caso habría una mayor actividad diabólica encaminada a introducir la máxima confusión en los tiempos mesiánicos.

Incluso en estos tiempos actuales, después de la última (¿penúltima?) Gran Guerra hemos visto aparecer un nuevo Cristo en la ridícula figura del cartero rural de Montfavet, que alegando sueños, visiones y revelaciones, ha arrastrado tras él multitud de adeptos, que están seguros de su taumaturgia, que han provocado conflictos de orden público, y exigido numerosas intervenciones de los tribunales.

Pues si estas cosas pasan actualmente en Europa, en unos tiempos de escepticismo general, podemos imaginar lo que ocurriría en unos tiempos y lugares en que TODOS esperaban que el gran acontecimiento se produjera de un momento a otro y de la manera más imprevista. Cualquiera que hubiera soñado cualquier cosa debía creerse señalado por el dedo de Yavé y encontrar numerosos seguidores sin demasiado esfuerzo, esperanzados todos con el señuelo de los “enchufes” más fantásticos. Seguramente que todos empezaban con la más buena fe, en cuanto a creerse señalados por el dedo de Yavé; ahora lo que importaba era lanzarse con el mayor coraje posible para ver si detrás del dedo (supuesto) venía la mano fuerte y el brazo extendido, dándoles las victorias más sorprendentes, tal como ocurría en los tiempos antiguos con los escogidos por Yavé. Y como más tarde o más temprano siempre venía el fracaso, la única consecuencia que sacaban era que no era éste. Y tendrían que buscar a otro.

La prueba suprema que esperaban para reconocerlo no era la de que hiciera más o

menos milagros de esta clase o de la otra, sino que hiciera el gran milagro que no era otro que el de dar la libertad a Israel y hacerlo dueño del mundo. Éste era el signo fundamental y seguro que todos llevaban metido en la Ascensión. Esto es evidente. Y no puede perderse de vista para comprender la mentalidad, las reacciones, y el desconcierto de todos los que de una manera o de otra entraron en contacto con Jesús.

Un Mesías así, al nivel del suelo, tal como ellos lo esperaban, daba plena satisfacción a sus concupiscencias y a los sueños y delirios de grandeza más desorbitados; y nadie hubiera podido meterles en la mollera la idea de un posible Mesías superior al que esperaban. ¿Mejor que todo “aquello”? ¡Vamos, hombre...!

LOS PECES GORDOS

Por su propia naturaleza se juntan casi siempre alrededor del “Pez Máximo” para poder ir comiendo “peces pequeños”. En los tiempos de Judas los “Peces Gordos” de Israel pasaban “las moradas”; ya que el rey Herodes (y después sus hijos) querían y no querían respecto a los prohombres judíos, y estos querían y no querían en relación con unos reyes que no eran “de los suyos”; la posición de unos y otros no podía dejar de ser totalmente incómoda. Por esto, tan pronto se les veía al lado del rey como al lado de los sediciosos; y como llevaban su juego con el intento de salir ganando siempre, siempre perdían.

Seguramente que a causa de su mayor instrucción religiosa eran los que más horas de cavilación llevaban empleadas pensando en el Mesías inminente. Sabían que aparecería de un momento a otro y en el sitio más inesperado, el caso era poderse “apuntar” en su “partido” desde el primer momento para asegurarse una posición preeminente.

Siguiendo la idea central de la parábola del psico-analista relatada al principio de este Capítulo, cada uno buscaría un Mesías siguiendo la línea de sus anhelos. Y debió haberlos para todos los gustos de todos los sediciosos. Incluso hubo uno (Nicodemo) que tomó partido por Jesús de Nazareth, aunque de manera vergonzante.

Me da la impresión, sin embargo, por las referencias que han llegado hasta nosotros, de que los sediciosos, en general, no buscaban principalmente la adhesión y la ayuda de los “peces gordos”, sino de “la plebe”, ya que para aquellos el Mesías representaba el triumfo de Israel, mientras que para los “*minus habens*” representaba el triunfo del pueblo de Israel, y la diferencia no era despreciable.

Como carecemos de precisiones verídicas y detalladas, no se pueden hacer afirmaciones categóricas; lo que parece seguro es que en una época tan revuelta debió haber situaciones para todos los gustos.

Creo que, para nosotros, es muy difícil darnos cuenta de lo que debió ser un estado emocional colectivo como aquel, que duró tantos años y en el que se juntaban la religión y la política formando un todo único. Quizá lo que más se le parezca, aunque de muy lejos, sea el fenómeno del tradicionalismo español en algunos aspectos. Quien haya conocido tradicionalistas “de los buenos” puede darse una idea viva de lo que es el estado obsesional cuando se conjuga en una sola unidad la religión y la política, como un mesianismo radical. Todo lo que no sea el “ideal” no cuenta para nada.

Ya he dicho, sin embargo, que no es lo mismo, ya que el fenómeno mesiánico de Israel era muchísimo más absoluto. Veámoslo:

- 1.- No era el “credo” de unos cuantos entre muchos, sino de todo un pueblo, de arriba a abajo.
- 2.- No se trataba de una persona conocida, que implantaría un sistema determinado,

sino de un desconocido del que no se sabía nada de lo que haría, pero que superaría a los antiguos Profetas y que dominaría el mundo.

3.- No era un asunto problemático, en el que se puede ganar y se puede perder, y que principalmente depende del entusiasmo, la fuerza y la combatividad de los “fieles”, sino que se trataba de algo inexorable, que no podía fallar, pues andaba comprometido en ello el mismo Dios, y aunque había de haber luchas, el resultado ya se sabía de antemano.

Pero, ¿Qué decían los profetas? En primer lugar nos encontramos con los buenos Profetas conocidos, que son los que dejaron escritas sus profecías y se consignan en los Libros Santos. De otros, que también eran buenos, solamente quedan referencias. Pero en el ramo de Los Profetas, siempre los hubo buenos, medianos y malos. Su número era variable, y en ciertas épocas incluso iban en bandadas.

En los mismos tiempos apostólicos se consigna que había quien tenía el don de la profecía, y se dice de otros que se ponían a profetizar, después de haber recibido el Espíritu en el Bautismo: Yo tengo que confesar que no he podido comprender de que se trataba en estos casos del Nuevo Testamento; me he esforzado en explorar lo que dicen los autores acreditados al comentar estos pasajes, y no tengo más remedio que reconocer mi incapacidad para llegarlo a comprender.

Sea como sea; lo que quiere decir es que en aquellos tiempos lo que esperaban no era otro Profeta, sino el Mesías. Sabían muy bien que los Profetas (los buenos) predicaban la penitencia, urgen el cumplimiento de la Ley, amenazan con los males que sobrevendrán si no se enmiendan... y lo suelen pasar bastante mal, a causa de los poderosos, a los que no agrada nunca que se les digan las verdades. A veces los Profetas hacen milagros, que en ciertos casos son sobrecogedores, como es el detener el sol, resucitar muertos, curar la lepra, multiplicar el aceite... Pero el Mesías era otra cosa: era el libertador de Israel.

Las mismas sectas en que estaban divididos los judíos, según cuenta Flavio Josefo y los mismos Evangelios, todas estaban de acuerdo en esto. Cada uno esperaba y deseaba que el Mesías apareciera entre los de su “clan”, ya que así, además de traer la libertad y la prepotencia de Israel, aseguraría el predominio de su “versión”.

¿Y las tribus? Todos sabemos que eran doce y que el mismo Yavé les asignó a cada una un territorio muy bien delimitado cuando volvieron de Egipto y entraron en la Tierra Prometida.

Sabemos también que Josué murió a los ciento diez años sin haber podido instalar a cada Tribu en su territorio respectivo, y que después ya no pudieron hacerlo, por razones que aquí no son del caso, viviendo más o menos entremezclados.

La Tribu de Judá, sin embargo, tomó una categoría especial:

1.- En tiempos de Josué ocuparon todo el terreno que Moisés les había designado, menos la ciudad de Jerusalén, que fue de los jebuseos hasta los tiempos del rey David.

2.- David, el gran rey que recibió la promesa de que el Mesías saldría de su descendencia, pertenecía a la Tribu de Judá.

3.- Al dividirse el reino, después de Salomón, los de la tribu de Judá continuaron en el territorio que les había sido asignado mientras que los llamados reyes de Israel dominaron sobre una: geografía que ahora designaríamos con el nombre de “fluida”. De manera que en los tiempos mesiánicos se denominaba Judea a una región perfectamente contorneada, al sur de Jerusalén, mientras que los otros territorios llevaban nombres como Galilea, Samaría, Perea... que nada tenían que ver con los nombres de los hijos de Jacob.

Seguramente que los de la tribu de Judá y (quizá) la de Leví fueron los que mejor conservaron su cohesión a lo largo de las peripecias porque pasaron, como lo prueba el hecho de que en los Evangelios nunca se llama israelitas a los descendientes de Jacob (Israel), sino judíos, y así ha continuado hasta nuestros tiempos, en que se ha designado con el nombre de Israel a su reconstruido estado nacional. El hecho de que los evangelistas hubieran podido establecer dos genealogías de San José (ambas válidas) es otra prueba de

la solidez de los vínculos que unían a los descendientes de Judá, y de cómo mantenían los usos y tradiciones.

Esta familia, pues, había de ser considerada como la depositaria de las promesas, aunque las consanguinidades no fueran en muchos casos demasiado claras, ya que como resultado de los enlaces de unas familias con otras (aparte de las uniones con los pueblos vecinos) seguramente que la gran mayoría de los circuncidados podía pretender que llevaba sangre de Judá.

¿Qué papel jugaron los romanos? Hay que tener en cuenta que las tierras ahora designadas con el nombre de Tierra Santa, no eran, en aquellos tiempos una colonia romana, sino unos estados aliados y tributarios de Roma, pero con todas las prerrogativas y características de verdaderos estados. Así lo confirmó el emperador de Roma a la muerte de Herodes el Grande; y si más tarde vemos un Gobernador romano en la Judea y demás territorios que pertenecieron a Arquelao, fue menos por imposición de Roma que por haberlo pedido así a César los jerifaltes judíos, que preferían el yugo de un Gobernador Romano a un rey de la familia de Herodes.

Por lo que sabemos de aquellos tiempos, los romanos, se limitaban a tener soldados distribuidos estratégicamente por el país para mantener la tranquilidad y el orden; y a tener organizado el mecanismo financiero para la percepción de los tributos y las contribuciones. Respetaban (con menosprecio, seguramente) la religión y las costumbres de los judíos, mientras no afectaran al orden público y a las finanzas del Imperio y de sus representantes. La justicia, como sabemos por el proceso de Jesús, la administraban por su cuenta los judíos mientras no se tratara de penas capitales, o no afectara al orden público y a los tributos.

La fiebre mesiánica de los judíos, seguramente que era objeto de burla por parte de los romanos, que, en general, aplastaban rápidamente a los sediciosos que se levantaban en armas. Mientras no se revolvieran podían hacer lo que quisieran; y así, ni Juan el Bautista, ni el mismo Jesús, en sus idas y venidas y en sus predicaciones sufrieran la menor molestia por parte de las autoridades romanas. Cuando Jesús fue acusado ante Pilatos se insistió casi exclusivamente en que perturbaba el orden público y en que amotinaba al pueblo.

Los soldados todos eran mercenarios y procedían de los países más diversos y remotos; iban a “lo suyo”, de manera que debían preocuparse muy poco por las “cosas” de los judíos. Y como el trato principal que tenían con ellos era con el palo, ni siquiera debían conocer su lengua. Los casos como el del centurión mencionado en los Evangelios debían ser muy raros.

Los publicanos ya eran cosa distinta, pues aparte de los cargos principales todos eran gente del país que aspiraba a “hacer carrera”. Se comprende que los demás judíos los despreciaran. Hay que suponer que el dinero era el principal aliciente de su vida, aunque debió haber sus excepciones, como en el caso del Apóstol y evangelista San Mateo.

Las Mujeres. Conviene hacer un esfuerzo para imaginar la situación social de las mujeres en aquellos tiempos, que era bastante diferente de la actual.

La noción de que todo ser humano tiene un alma inmortal, independientemente del sexo, era desconocida del pueblo judío, y la mujer era tan solo un instrumento indispensable para la procreación y para el trabajo. El honor y el deshonor no se refería sino a sus “amos” (padre, hermano, marido...) y para la que no tenía padre, ni hermano, ni marido, ni hijo, no había honor ni deshonor.

La misma Mujer Fuerte que nos describe el Antiguo Testamento, es en realidad, un burro de carga que lo toma todo sobre sus espaldas, y así “su hombre” puede estar todo el día de palique por los portales y plazas; ir bien vestido, y bien comido y bebido, y hacer un gran papel entre los varones de Israel. En los tiempos presentes a un matrimonio así se le mira de otra manera muy diferente; y ni a la es posa se le llama “mujer fuerte” ni al

marido se le mira con honor por los otros hombres. Tanto a él como a ella se los designa con vocablos sonoros y expresivos, que manifiestan que en el pueblo existe hoy una mentalidad muy diferente de aquella.

Yo he tenido ocasión de permanecer unos días entre mahometanos del Norte de Marruecos, y fue entonces cuando me di cuenta (me parece) de cómo debía andar la cosa en Palestina en los tiempos antiguos. Los mahometanos creen en otra vida y en un paraíso pero sólo para hombres. Los judíos no creían siquiera en otra vida; y si al “pueblo escogido” lo marcaban en la carne, era únicamente a los recién nacidos varones. Las mujeres no tenían voz ni voto. O, en todo caso, su voz debía ser algo apagado y puramente decorativo, parecido a lo que ahora llamamos “música de fondo”.

Y aquí, aunque sólo sea de paso, y para mostrar un contraste violento, es interesante destacar el hecho de que los tiempos mesiánicos vienen precedidos por un acontecimiento impensable para nadie de los que vivían entonces: la exaltación de la mujer (María) a una altura tal que por encima de ella no puede haber más hombre que el Hombre-Dios. Porque era lo más postergado, fue lo más exaltado.

Resumen Este Capítulo ha querido ser un esfuerzo para “situarnos” en el ambiente y en la mentalidad en que se movían los seres humanos que en aquellos tiempos llevaban la sangre de Jacob y vivían en Palestina.

Llevaban sobre sí la experiencia de más de quince siglos en una especie de lucha contra Dios, en la que siempre les tocaba perder. Pero cada castigo de Yavé iba siempre acompañado de promesas de esplendor, si hacían penitencia y andaban por los caminos señalados por Moisés y los demás Profetas.

Por dura que fuera su cabeza (y se ve que lo era mucho) al final aprendieron la lección. Y no puede haber duda de que nunca hubo una fidelidad tan grande como en los tiempos mesiánicos. No hay más que compararlos con los tiempos de los Jueces, o de la Monarquía, llenos todos ellos de prevaricaciones y de apostasías, particularmente en el punto principal, que era el de servir y adorar a Yavé como a único Dios, y desechar toda idolatría. No existe ningún indicio que pueda hacer suponer que en los tiempos de Judas hubiera ningún israelita que diera culto a Baal, ni a Astarté; ni de que hubiera “aceras” ni “altos” en Palestina, ni nada de todo cuanto en tiempos pasados provocaba los castigos de Yavé.

Todo lo contrario: Un Templo esplendoroso, con un servicio de sacerdotes y levitas organizados en turnos regulares y bien ordenados. En las grandes festividades se juntaban en Jerusalén multitudes inmensas que afluían de todas las latitudes, incluso de las más alejadas. En cada pueblo había una Sinagoga, en la que cada sábado se explicaba y comentaba la Ley. La repugnancia que sentían por los samaritanos es prueba evidente de que querían afinar en las normas recibidas de sus antepasados. Los escrúpulos a entrar en el Pretorio de Pilatos son una prueba de ello.

Las purificaciones y lavatorios eran una cosa corriente o general, como lo atestiguan los Evangelios. La circuncisión de los hijos varones, con el rescate de los primogénitos, así como la purificación de las madres después de los partos, eran una cosa tan habitual y corriente como lo es el Bautismo entre nosotros, Y no digamos nada de la observancia del “Día de Yavé” (sábado) que llevaban hasta la exageración. Quizá se diga repitiendo las palabras de Jesús que todo esto eran exterioridades hipócritas, como el enjalbegado de los sepulcros, pero que su corazón estaba lleno de inmundicias. ¿Y quién podrá negarlo?

Lo que yo quiero decir es que con todo y con ser puras exterioridades (habría sus más y sus menos) nunca el pueblo de Israel había dado un espectáculo colectivo de mayor cumplimiento a las prescripciones de Yavé. Si nos fijamos en España, mirando lo que pasa con el catolicismo en estos tiempos en que nos toca vivir, quizá aparezcan varios puntos de semejanza, con la diferencia de que la religión de Moisés era principalmente de mandamientos externos mientras que la religión de Jesús se fundamenta en un sólo mandamiento interno, que es el Amor. Pues si entre nosotros se encuentran tantos (digamos)

“fieles” que se extasían, se entusiasman, y están tan contentos con nuestras magníficas y puras exterioridades ¿cómo podemos extrañarnos de que a ellos les pasara lo mismo?

Pero de esto ya hablaré más adelante; lo único que aquí quiero señalar es que aquella situación no era peor que en etapas anteriores, sino que representaba un gran progreso, que hacía que todos tuvieran buena conciencia como fieles cumplidores de la Ley.

La plenitud de los tiempos anunciada por los profetas con suficiente claridad dentro de su estilo enigmático, y que coincidía con aquel periodo histórico, provocaba una expectación general que hacía que todos se preguntasen constantemente:

¿Es ahora? ¿Es éste?

CAPITULO SEGUNDO

JUDAS EN LOS EVANGELIOS.

Hasta las horas de la Pasión, la figura particular de Judas está perfectamente desdibujada en las relaciones que nos han transmitido los evangelistas. El mismo hecho de que fuera el intendente del pequeño grupo no se señala, sino en los últimos momentos.

Poquísimos detalles, tales como indicar que su padre se llamaba Simón y que eran naturales de Keriot, una pequeña localidad situada al Sur de la Judea. Aunque también es verdad que de otros Apóstoles ni siquiera estos datos conocemos.

Pero si los Evangelios hablan poco de cada Apóstol (poquísimo, si se exceptúan Pedro, Santiago y Juan), en cambio, a cada paso se hace referencia a los Apóstoles, a los Doce y no puede negarse que por lo que se refiere a los Doce concierne necesariamente a cada una de las unidades. Por consiguiente, no podemos desentender a Judas de nada de lo mucho que refieren los Evangelios referente a los Doce. Ni a ninguno de los once restantes, claro está.

Por esto, antes de hacer consideraciones sobre Judas conviene informarse de todo aquello que pueda saberse con exactitud, mediante el testimonio más firme que existe que son los Evangelios. Ésta es la base solidísima sobre la que hay que construir para que el edificio se cimiente sobre la roca viva.

Si las ediciones de los Evangelios fuesen tan escasas y difíciles de encontrar como la “Historia de los Judíos” de Flavio Josefo, no tendría más remedio que copiarlos aquí, como punto de partida, como hice con San Dimas. Pero (¡Gracias a Dios!) las ediciones de los Evangelios son tan numerosas y asequibles que lo único que se necesita para alimentarse con ellos es tener ganas.

Entre los casos extremos de reproducir íntegramente los Evangelios, o no poner nada, me ha parecido mejor consignar aquellos pasajes que se refieren de manera directa a Judas, junto con algunos otros que, por referirse a los Doce, pueden aportar alguna luz indirecta en el conocimiento de su personalidad.

Empezaré por San Mateo, que fue uno de los doce, y, por lo tanto, convivió con Judas durante el tiempo de la vida pública de Jesús. Además de este contacto personal y directo, San Mateo escribió su Evangelio unos diez años después del Calvario, lo que hace (si pudiéramos dejar de lado la inspiración divina) que en el aspecto humano su relato ofrezca unas garantías de primera fuerza.

Es el único de los Evangelios que nos refiere el fin terriblemente trágico de Judas, aunque también San Lucas hace referencia al suicidio en su libro “Actos de los Apóstoles”, pero no en su Evangelio propiamente dicho. Los textos evangélicos que van a continuación se han tomado de la versión de Nacar-Colunga, editada por la “Biblioteca de Autores Cristianos” (B.A.C.)

(San Mateo, cap. X) Habiendo llamado Jesús a sus discípulos, les dio poder sobre los espíritus impuros para arrojarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia.

Los nombres de los doce Apóstoles son estos: el primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el Publicano; Santiago, el de Alfeo, y Tadeo; Simón el Celador, y Judas Iscariote, el que lo traicionó. A estos doce envió Jesús, después de haberles instruido en estos términos:

-No toméis el camino de los gentiles ni entréis en la ciudad de los samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y en vuestro camino predicad diciendo: El Reino de Dios se acerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis. No llevéis oro ni plata ni cobre en vuestro cinto, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias ni bastón; porque el obrero es acreedor a su sustento. En cualquier ciudad o aldea que entréis, informaos de quien hay en ella digno, y quedaos allí hasta que partáis. Y entrando en la ciudad saludad. Y si la casa fuera digna, sobre ella vendrá vuestra paz; si no lo fuere vuestra paz volverá a vosotros. Y si no os recibieren o escucharen vuestras palabras, saliendo de aquella casa o de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo que más tolerable suerte tendrá la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que aquella ciudad. He aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed pues prudente como serpientes y sencilla como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines, y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. Cuando os entregaren, no os preocupe cómo o qué hablaréis; porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu del Padre el que hablará en vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mí nombre; el que persevere hasta el fin, ese será salvo. Cuando os persiguieren en una ciudad, huid a otra; y si en esta os persiguieren, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabareis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre. No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre su amo. Bástale al discípulo ser como su maestro y el siervo como su señor. Si al amo le llamaron Belcebú, ¡cuánto más a sus domésticos! No los temáis, pues; porque nada hay oculto que no se venga a descubrir, ni secreto que no venga a ser conocido. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído predicadlo sobre los terrados. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no la pueden matar; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna. ¿No se venden dos pajaritos por un as? Sin embargo ni uno de ellos caerá en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Cuanto a vosotros, aún los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues; ¿no aventajáis vosotros a los pajaritos? Pues a todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero a todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mí Padre que está en los cielos. No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre y a la madre más que a mí no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá, y el que la perdiere por amor de mí la hallará. El que os recibe a vosotros a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe al profeta como profeta, recibirá la recompensa de profeta; y el que recibe al justo como justo, obtendrá recompensa de justo. Y el que diere a beber a uno de estos pequeños, sólo un vaso de agua fresca, en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa”.

(S. Mateo, cap. XX, 17-34) Subía Jesús a Jerusalén, y tomando aparte a los doce discípulos, les dijo por el camino:

-Mirad, subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que lo escarnezcan, lo azoten y lo crucifiquen, pero al tercer día resucitará.

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Cebedeo con sus hijos, postrándose para pedirle una cosa. Díjole Él:

-¿Qué quieres? Ella le contestó:

-Que estos dos hijos míos se sienten uno a tu-derecha y otro a tu izquierda en tu reino.

Y respondiendo Jesús, le dijo:

-No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?

Dijéronle: -Podemos.

Él les respondió:

-Beberéis mi cáliz, pero sentarse a mi diestra y a mi siniestra mi no me toca otorgarlo, sino a aquellos para quienes mi Padre lo ha dispuesto.

Y oyéndolo los diez se enojaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, llamándolos a sí, les dijo:

-Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones las subyugan, y que los grandes imperan sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; al contrario; el que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser primero, sea vuestro siervo. Como el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de todos.

Al salir de Jericó le seguía una muchedumbre numerosa. Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, oyeron que pasaba Jesús y comenzaron a gritar, diciendo:

-¡Señor, ten piedad de nosotros, hijo de David!

La multitud les reprendía para hacerles callar, pero ellos gritaban con más fuerza diciendo:

-¡Señor, ten piedad de nosotros, hijo de David!

Se paró Jesús, y llamándoles les dijo:

-¿Qué queréis?

Dijéronle: -Señor, que se abran nuestros ojos.

Compadecido Jesús, tocó sus ojos y al instante recobraron la vista y seguían en pos de él.

(S. Mateo cap. XXI) Cuando, próximos a Jerusalén, llegaron a Betfagé , junto al Monte de los Olivos, envió Jesús a dos discípulos, diciéndoles:

-Id a la aldea que está frente a vosotros y luego encontraréis una borrica, atada, y con ella el pollino; soltadlos y traedlos. Y si algo os dijeren, diréis: El Señor los necesita, y al instante los dejarán.

Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el Profeta: Decid a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, manso y montado sobre un asno, un pollino hijo de borrica.

Fueron los discípulos e hicieron como les había mandado Jesús; y trajeron la borrica y el pollino, y pusieron sobre éste los mantos, y encima de ellos montó Jesús. La numerosísima muchedumbre extendía sus mantos por el camino, mientras que otros, cortando ramas de árboles, lo echaban también para alfombrarlo. La multitud que le precedía y la que le seguía gritaba, diciendo:

-Hosanna al hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Y cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y decía:

-¿Quién es este?

Y la muchedumbre respondía:

-Éste es Jesús, el profeta de Nazaret.

Entró Jesús en el Templo de Dios, y arrojó de allí a cuantos vendían y compraban en el Templo, y derribó las mesas de los cambistas, y los asientos de los vendedores de palomas, diciéndoles:

-Está escrito: mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.

Y se llegaban a Él ciegos y cojos en el Templo, y los curó. Y viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que hacía, y los niños que gritaban en el Templo, y decían: Hosanna el hijo de David, se indignaron y le dijeron:

-¿Oyes lo que estos dicen?
 Respondióles Jesús: ¿De la boca de los niños y de los que maman he hecho salir la alabanza?

-Sí. ¿No habéis leído jamás?:
 Y dejándolas, salió de la ciudad, a Betania, donde pasó la noche. Y volviendo a la ciudad muy de mañana, sintió hambre. Viendo una higuera cerca del camino, se fue a ella; pero no halló en ella más que hojas y dijo:
 -Que jamás nazca fruto de ti.
 Y la higuera se secó al instante. Viendo esto los discípulos se maravillaron y dijeron:
 -¿Cómo de repente se ha secado la higuera?
 Respondióles Jesús:
 -En verdad os digo que si tuvierais fe y no dudareis, no solo haréis esto, sino que si dijereis a este monte: -Quítate y échate en el mar, lo haría. Todo cuanto con fe pidierais en la oración, lo recibiréis.
 Entrando en el Templo, se le acercaron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo mientras enseñaba, diciendo:
 ¿Con qué poder haces tales cosas? ¿Quién te ha dado tal poder?
 Respondióles Jesús y les dijo:
 -Voy a haceros también yo una pregunta y si me contestáis os diré con qué poder hago tales cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde procedía? ¿Del cielo o de los hombres?
 Ellos comenzaron a pensar entre sí. -Sí decimos que del cielo, nos dirá: ¿Pues porque no habéis creído en él? Si decimos que de los hombres, tememos a la muchedumbre, pues todos tienen a Juan por profeta. Y respondieron a Jesús:
 -No sabemos.
 Dijoles El a su vez:
 -Pues tampoco os digo yo con qué poder hago yo estas cosas. ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llegándose al mayor le dijo: -Hijo, ve hoy a trabajar en la viña, el respondió: -No quiero. Pero después se arrepintió y fue. Y llegándose al segundo; le habló del mismo modo, y él respondió: -Voy, señor; pero no fue. ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre?
 Respondieronle: -el primero.
 Dijoles Jesús:
 -En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos. Porque vino Juan a vosotros por el camino de la justicia, y no habéis creído en él, mientras que los publicanos y las meretrices creyeron en él. Pero vosotros, aún viendo esto no os habéis arrepentido creyendo en él. Oíd otra parábola: Había un padre de familia que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a unos viñadores, partiendo luego a tierras extrañas. Cuando se acercaba el tiempo de los frutos, envió sus criados a los viñadores para percibir su parte. Pero los viñadores cogieron a los siervos y a uno le atormentaron, a otro le mataron, a otro le apedrearon. De nuevo les envió otros siervos en mayor número que los primeros e hicieron con ellos lo mismo. Finalmente, les envió su hijo diciendo: -Siquiera respetarán que es mi hijo. Pero los viñadores cuando vieron al hijo se dijeron: -Es el heredero; a matarlo y tendremos la herencia. Y cogiéndole, le sacaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña ¿qué hará con los viñadores?
 Le respondieron:
 -Hará padecer de mala muerte a los malvados, y arrendará la viña a otros que le entreguen los frutos a su tiempo.
 Jesús les respondió:
 -¿No habéis leído alguna vez en las Escrituras: La piedra que los edificadores habían rechazado, esa fue hecha cabeza de esquina; del Señor viene esto, y es admirable a nuestros ojos? Por esto os digo que os será quitado el reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos. Y el que cayere sobre esta piedra se quebrantará, y aquel sobre quien ella cayere será pulverizado.
 Y oyendo los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos sus parábolas, entendieron que de ellos hablaba. Y queriendo apoderarse de él temieron a la muchedumbre que le tenía por profeta.

(S. Mateo, Cap. XXII) Tomó Jesús de nuevo la palabra, y les habló en parábolas,

diciendo:

-El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó el banquete de bodas de su hijo. Y envió a sus criados para llamar a los invitados, pero estos no quisieron venir. De nuevo envió otros siervos, ordenándoles: Decid a los invitados: mi comida está preparada, los becerros y cebones muertos, todo está a punto, venid a las bodas. Pero ellos, desdeñosos, se fueron, quien a su campo, quien a su negocio. Los otros, cogiendo a los siervos, los ultrajaron y les dieron muerte. El rey, montado en cólera, envió sus ejércitos, hizo matar a aquellos asesinos y dio su ciudad a las llamas. Después dijo a sus siervos: el banquete está dispuesto, pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis, llamadlos a las bodas. Salieron a los caminos los siervos y reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas quedó llena de convidados. Entrando el rey para ver a los convidados, vio allí a un hombre que no llevaba traje de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda? Y él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus servidores: -Atadle de pies y manos, y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Entonces se retiraron los fariseos y celebraron consejo sobre cómo le cogerían en alguna cosa. Y le enviaron discípulos suyos con herodianos para decirle:

-Maestro, sabemos que eres sincero, y que con verdad enseñas el camino de Dios, y que no te da cuidado de nadie y que no tienes acepción de personas. Dinos, pues, tu parecer: ¿Es lícito pagar tributo al César, o no?

Jesús, conociendo su malicia, dijo:

-¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo.

Ellos le mostraron un denario. El les preguntó: -¿De quién es esta imagen y esta inscripción?

Le contestaron: -Del César.

Dijoles entonces:

-Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Y al oírle se quedaron maravillados, y dejándole, se fueron. Aquel día se acercaron a él los saduceos, que niegan la resurrección, y le interrogaron: -Maestro, Moisés dice: "Si uno muere sin tener hijos, el hermano tomará su mujer para dar descendencia a su hermano" Había entre nosotros siete hermanos; y habiéndose casado el primero, murió sin descendencia y dejó la mujer a su hermano; igualmente el segundo y el tercero, hasta los siete. Después de todos, murió la mujer. Ahora bien, en la resurrección, ¿de cuál de los siete será la mujer? Porque los siete la han tenido.

Y respondiendo Jesús, les dijo:

-Estáis en un error, y ni conocéis las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como ángeles en el cielo. Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que Dios ha dicho: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.

Y la muchedumbre, oyéndole, se maravillaba de su doctrina.

Los fariseos, oyendo, que había hecho enmudecer a los saduceos, se juntaron en torno a él, y le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: -Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?

Él les dijo:

-Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos conceptos penden toda la Ley y los Profetas.

Reunidos los fariseos, les preguntó Jesús:

-¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo?

Dijeron ellos: -De David.

Les replicó:

-Pues, ¿cómo David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies"? Si, pues, David le llama Señor ¿cómo es hijo suyo?

Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió nadie desde entonces a preguntarle más.

(S. Mateo, cap. XXIII) Entonces Jesús habló a la muchedumbre y a sus

discípulos, diciendo:

-En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no les imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los otros; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Ensanchan sus filacterias y alargan los flecos; gustan de los primeros asientos en los banquetes y de las primeras sillas en las sinagogas; y de los saludos en las plazas y de ser llamados por los hombres Rabbi. Pero vosotros no os hagáis llamar Rabbi, porque uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni os hagáis llamar Doctores, porque uno sólo es vuestro Doctor: Cristo. El más grande de vosotros sea vuestro servidor. El que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros, ni permitís entrar a los que querrán entrar. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un sólo prosélito, y luego de hecho, lo hacéis hijo de la gehenna dos veces más que vosotros! ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: -Si uno jura por el Templo no es nada; pero si jura por el oro del Templo, queda obligado! ¡Insensatos y ciegos! ¿Qué vale más, el oro o el Templo que santifica el oro? Si alguno jura por el altar, eso no es nada; pero si jura por la ofrenda que está sobre él, ese queda obligado. Ciegos, ¿qué es más, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Pues el que jura por el altar jura por él y por lo que está en él. Y el que jura por el Templo, jura por él y por quien lo habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por él que en él se sienta. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!, hipócritas, que diezmáis la menta, el anís y el comino, y no os cuidáis de lo más grave de la Ley: la justicia, la misericordia y la buena fe. Bien sería hacer aquello, pero sin omitir esto. Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el vaso, que por dentro están llenos de rapiñas y codicias! Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa y el plato, y también por fuera. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, mas por dentro llenos de huesos de muertos y de toda suerte de inmundicias. Así también vosotros, por fuera parecéis justos, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas que edificáis sepulcros a los Profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: -Sí hubiéramos vivido nosotros en tiempos de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los Profetas. Ya con esto os dais por hijos de los que mataron a los Profetas. Colmad, pues, la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna? Para esto os envío yo Profetas, sabios y escribas, y a los unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el Templo y el altar. En verdad os digo que todo caerá sobre esta generación. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no quisiste! He aquí que vuestra casa quedará desierta. Porque en verdad os digo que no me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

(S. Mateo, cap. XXIV) Saliendo Jesús del Templo, se le acercaron sus discípulos y le mostraron la construcción del Templo, y Él les dijo:

-¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra.

Y sentándose en el Monte de los Olivos, llegaron a Él aparte unos discípulos diciendo: -Dinos cuando será todo esto, y cual la señal de tu venida y de la consumación del mundo.

Y Jesús les respondió:

-Cuidad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: -Yo soy el Mesías; y engañarán a muchos. Oiréis hablar de guerras y de rumores guerreros; pero no os turbéis, porque es preciso que esto suceda, mas no es aún el fin. Se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá hambre y terremotos en diversos lugares; pero todo esto es el comienzo de los dolores. Entonces os entregarán a los tomentos y os matarán, y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán

muchos, y unos a otros se harán traición y se aborrecerán; y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, y por el exceso de maldad se enfriará la caridad de muchos, mas el que persevere hasta el fin, ése será salvo. Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin. Cuando viereis, pues, la abominación de la desolación predicha por el Profeta Daniel en el lugar Santo (el que leyere entienda) entonces los que están en Judea, huyan a los montes; el que esté en el terrado no baje a tomar nada de su casa y el que esté en el campo no vuelva atrás en busca de su manto. ¡Ay de las que estuvieran encinta y de las que críen en aquellos días! Orad para que vuestra huida no tenga lugar en invierno ni en sábado. Porque habrá entonces una tan gran tribulación, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá, y si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; mas por amor de los elegidos se acortarán los días aquellos. Entonces, si alguno os dijere: -Aquí o allí está el Mesías, no le creáis porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si fuera posible, aún a los mismos elegidos. Mirad que os lo digo de antemano. Si os dicen, pues, -Aquí está, en el desierto, no salgáis, aquí está, en un escondite, no lo creáis, porque como el relámpago, que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre. Donde está el cadáver allí se reúnen los buitres. Pero luego, en seguida, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo y las columnas del cielo se conmoverán. Y entonces aparecerá el estandarte del Hijo del Hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará sus ángeles con poderosa trompeta y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro. Aprended de la semejanza de la higuera: cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estío se acerca; así vosotros también, cuando veáis todas estas cosas, entended que está próximo, a las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. De aquel día y hora, nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sólo el Padre. Porque como en los días de Noé, así será la aparición del Hijo del Hombre. En los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca; pero ellos no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos; así será a la venida del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos en el campo, uno será tomado y otro será dejado. Dos molerán en la muela, una será tomada y otra será dejada. Velad, pues, porque no sabéis cuando llegará vuestro Señor. Pensad bien que si el padre de familia supiera en qué vigilia vendría el ladrón, velaría y no permitiría horadar su casa. Por eso vosotros habéis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis puede venir el Hijo del Hombre. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien constituyó su amo sobre la servidumbre para darle provisiones a su tiempo? Dichoso el siervo a quien, al venir su amo, hallare que hace así. En verdad os digo que lo pondrá sobre toda su hacienda. Pero si el mal siervo dijera para sus adentros: -Mi amo tardará, y comenzase a golpear a sus compañeros, y a comer y a beber con borrachos vendrá el amo el día que menos lo espera y a la hora que no sabe, y le hará azotar, y lo echará con los hipócritas; allí habrá llanto y crujir de dientes.

(S. Mateo, cap. XXV) Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes; las necias al tomar las lámparas no tomaron consigo aceite, mientras que las prudentes tomaron aceite en las alcuzas juntamente con sus lámparas. Como el esposo tardaba, se adormilaron y durmieron. A la media noche se oyó un clamoreo: -Ahí está el esposo, salid a su encuentro. Se despertaron entonces todas las vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Las necias dijeron a las prudentes: -Dadnos aceite del vuestro, porque se nos apagan las lámparas. Pero las prudentes respondieron: -No, porque podría ser que no bastase para nosotras y vosotras; id más bien a la tienda y compradlo. Pero mientras fueran a comprarlo llegó el esposo y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Llegaron más tarde las otras vírgenes, diciendo: -Señor, Señor, ábrenos. Pero él respondió: -En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues que no sabéis el día ni la hora. Porque es como uno que al emprender un viaje llama a sus siervos y les entrega su hacienda, dando a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad, y se va. Luego el que había recibido cinco talentos se fue y negoció con

ellos y ganó otras cinco. Asimismo el de los dos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno se fue, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su amo. Pasado mucho tiempo vuelve el amo de aquellos siervos y les toma cuentas. Y llegando el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco diciendo: -Señor, tú me has dado cinco talentos, mira, pues, otros cinco que he ganado. Y su amo le dice: -Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. Llegó el de los dos talentos y le dijo: -Señor, dos talentos me has dado, mira otras dos que gané. Díjole su amo: -Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. Se acercó también el que había recibido un solo talento y dijo: -Señor, tuve en cuenta que eres hombre duro, que quieres cosechar donde no has sembrado y recoger donde no has esparcido, y temiendo, me fui y escondí tu talento en la tierra; aquí lo tienes. Respondióle su amo: -Siervo malo y haragán, ¿con que sabías que yo quiero cosechar donde no sembré y recoger donde no esparcí? Debías, pues, entregar mi dinero a los banqueros para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez; porque al que tiene se le dará y abundará, pero a quien no tiene, aún lo que tiene se le quitará. Y a ese siervo inútil, echadlo a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: -Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis, preso y vinisteis a verme. Y le responderán los justos: Señor ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a Tí? Y el Rey les dirá: -En verdad os digo, que cuantas veces lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Y dirá a los de su izquierda: -Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber; fui peregrino y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Ellos responderán diciendo: -Señor ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino o enfermo, o en prisión, y no te socorrimos? él les contestará diciendo: -En verdad os digo, que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis. E irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.

(S. Mateo, cap. XXVI) Y aconteció que cuando Jesús hubo terminado estos discursos, dijo a sus discípulos:

-Sabéis que dentro de dos días es la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para que lo crucifiquen.

Se reunieron por entonces los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio del pontífice, que se llamaba Caifás y se consultaron sobre cómo apoderarse de Jesús con un engaño para darle muerte. Pero se decían: -Que no sea durante la fiesta, no vaya a alborotarse el pueblo.

Hallándose Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, se llegó a él una mujer con un frasco de alabastro lleno de costoso unguento, y lo derramó sobre su cabeza, mientras estaba recostado a la mesa. Al verlo se enojaron sus discípulos y dijeron:

-¿A qué este derroche? Podría haberse vendido a gran precio y dar lo a los pobres.

Dándose Jesús cuenta de esto les dijo:

-¿Por qué molestáis a esta mujer? Una buena obra es la que conmigo ha hecho. Porque pobres en todo tiempo los tenéis con vosotros. Con derramar ella este unguento sobre mi cuerpo me ha ungido para mi sepultura. En verdad os digo, donde quiera que sea predicado el evangelio en todo el mundo, se hablará también de lo que ha hecho ésta para memoria suya.

Entonces se fue uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: -¿Qué me dais, y yo os lo entrego? Y se convinieron en treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba la ocasión para entregarlo. El día primero de ácidos se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: -¿Dónde quieres que preparemos para comer la Pascua? Él les dijo:

-Id a la ciudad, a casa de Fulano y decidle: -el Maestro dice: Mi tiempo está próximo, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos.

Y los discípulos hicieron como Jesús les ordenó y prepararon la Pascua. Llegada la tarde se puso en la mesa con los doce, y mientras comían, les dijo:

-En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.

Y muy entristecidos, comenzaron a decirle cada uno: ¿Soy yo, Señor? -Él respondió:

-El que conmigo mete la mano en el plato, ese me entregará. El Hijo del Hombre sigue su camino, como de Él está escrito; pero desdichado de aquel por quien el Hijo del Hombre será entregado; mejor le fuera a ése no haber nacido.

Tomó la palabra Judas, el que le iba a entregar, y dijo: -¿Soy yo acaso, Rabbi? Y Él le contestó:

-Tú lo has dicho.

Mientras comían, Jesús tomó el pan, y bendiciéndolo lo partió y dándosela a los discípulos, dijo:

-Tomad y comed, este es mi cuerpo.

Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dio, diciendo:

-Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados. Yo os digo que no beberé de este fruto de la vid, hasta el día que lo beba con vosotros de nuevo en el reino de mi Padre.

Y dichos los himnos, salieron camino del Monte de los Olivos. Entonces les dijo Jesús:

-Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque escrito está: “Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas de la manada”. Pero después de resucitado os predeciré a Galilea.

Tomó Pedro la palabra y le dijo: -Aunque todos se escandalizasen de Tí, yo jamás me escandalizaré. Respondióle Jesús:

-En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.

Dijole Pedro:

-Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y lo mismo dijeron todos los discípulos. Entonces vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo:

-Sentaos aquí, mientras yo voy allá a orar.

Y tomando a Pedro y a los hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo:

-Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí, y velad con migo.

-Y yendo un poco más allá, se postró sobre su rostro orando y diciendo:

-Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú.

Y viniendo a los discípulos los encontró dormidos, y dijo a Pedro:

-¿De modo que no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.

De nuevo, por segunda vez, se fue a orar diciendo:

-Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.

Y volviendo otra vez los encontró dormidos; tenían los ojos cargados. Y dejándolos de nuevo se fue a orar por tercera vez, diciendo aun las mismas palabras. Luego vino a los discípulos y les dijo:

-Dormid ya y descansad, que ya se acerca la hora, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; ya llega el que me va a entregar.

Aún estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce, y con él una gran turba, armada de espadas y garrotes, enviada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. El que lo iba a entregar les dio una señal, diciendo: -Aquel a quien yo besare, ese es, prendedle. Y al instante, acercándose a Jesús, dijo:

-Salve, Rabbi. Y le besó. Jesús le dijo:

-Amigo, ¿a qué vienes?

Entonces se adelantaron, y pusieron las manos sobre Jesús, apoderándose de Él. Uno de los que estaban con Jesús extendió la mano, y sacando la espada hirió a un siervo del pontífice, y le cortó una oreja. Jesús entonces le dijo:

-Vuelve la espada a la vaina, pues quién toma la espada a espada morirá. ¿O crees que no puedo yo rogar a mí Padre, que me enviaría luego doce legiones de ángeles? ¿Como van a cumplirse las Escrituras de que así conviene que sea?

Entonces dijo Jesús a la turba:

-¿Como a un ladrón habéis salido con espadas y garrotes a prenderme? Todos los días

me sentaba en el Templo para enseñar y no me prendisteis. Pero todo esto sucedió para que se cumpliesen las Escrituras de los Profetas.

Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron.

Los que prendieron a Jesús le llevaron a casa de Caifás, el Pontífice donde los escribas y los ancianos se hablan reunidos. Pedro le siguió de lejos, hasta el palacio del Pontífice, y entrando, se sentó con los servidores para ver en qué paraba la cosa.

Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarle a muerte, pero no los hallaban, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. Al fin se presentaron dos que dijeron: -Éste ha dicho: Yo puedo destruir el Templo de Dios, y en tres días reedificarlo.

Levantándose entonces el Pontífice, le dijo: -¿Nada respondes? ¿Qué dices a lo que estos testifican contra Tí? Pero Jesús callaba. Y el Pontífice le dijo: -Te conjuro por Dios vivo; da si eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios.

Díjole Jesús:

-Tú lo has dicho. Y yo os digo que un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Padre y venir sobre las nubes del cielo.

Entonces el Pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo: -Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?

Ellos respondieron: -Reo es de muerte. Entonces empezaron a escupirle el rostro y a darle puñetazos, y otros le herían en la cara, diciendo:

-Profetiza, Cristo, quien te hirió.

Entretanto Pedro estaba sentado en el atrio, y se le acercó una sierva, diciendo: -Tú también estabas con Jesús de Galilea. Él negó ante todos, diciendo:

-No sé lo que dices. Pero cuando salía hacia la puerta, le vio otra sierva y dijo a los circunstantes: -También éste estaba con Jesús el Nazareno. Y de nuevo negó con juramento: No conozco a este hombre. Poco después se llegaron a él los que allí estaban, y le dijeron: -Cierto que tú eres de los suyos, pues tu mismo hablar te descubre. Entonces comenzó él a mal decir y a jurar: -Yo no conozco a ese hombre. Y al instante cantó el gallo. Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: "Antes de que cante el gallo me negarás tres veces". Y saliendo fuera, lloró amargamente.

(S. Mateo, cap. XXVII, 1-10) Llegada la mañana todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús para quitarle la vida; y atado le llevaron al Procurador Pilato.

Viendo entonces Judas, el que le había entregado, como era condenado, se arrepintió, y devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos diciendo: -He pecado entregando sangre inocente. Dijeron ellos: -¿A nosotros qué? Viéraslo tú.

Y arrojando las monedas de plata al Templo, se retiró, fue y se ahorcó. Los príncipes de los sacerdotes tomaron las monedas de plata y dijeron: -No es lícito echarlas al tesoro, puesto que son precio de sangre. Y resolvieron en consejo comprar con ellas el campo del alfarero para sepultura de peregrinos. Por esto aquel campo se llamó Campo de Sangre, hasta el día de hoy.

El evangelista San Marcos habla menos de Judas que San Mateo. Por esto me ha parecido que no interesa repetir lo que está dicho. Y me abstengo de copiar ningún texto del segundo evangelista. Tampoco he creído encontrar nada que tenga relación indirecta con Judas en los pasajes en que San Marcos aporta algunos hechos, o detalles, no tratados en San Mateo.

Casi puede decirse lo mismo del último de los sinópticos, San Lucas, del que reproduzco únicamente los dos pasajes siguientes:

(S. Lucas, cap. XIX, 11) Oyendo ellos esto, añadió Jesús una parábola, por cuanto estaba próximo a Jerusalén, y les parecía que el reino de Dios iba a manifestarse luego.

(S. Lucas, cap. XIX, 1-6) Estaba cerca la fiesta de los Acimos, que se llama la Pascua. Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban como quitarle de en medio, pero temían al pueblo. Entró Satanás en Judas, llamado Iscariote, que era de los doce, y fue a tratar con los príncipes de los sacerdotes y los oficiales sobre la manera de entregárselo. Ellos se alegraron, y convinieron con él en darle el dinero. Y puestos de acuerdo, buscaban ocasión para entregárselo sin ruido.

En el evangelista San Juan encontramos un buen número de referencias que, directa o indirectamente, nos servirán para las consideraciones posteriores.

Es curioso que San Juan sólo se refiera a cinco de las vocaciones apostólicas.

(S. Juan, cap. VI, 52-71) Disputaban entre sí los judíos diciendo: -¿Cómo puede este darnos a comer su carne? Jesús les dijo:

-En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre vivo, y yo vivo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí. Éste es el pan bajado del cielo, no como el pan que comieron los padres y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.

Esto lo dijo enseñando en una sinagoga de Cafarnaúm. Luego de haberle oído, muchos de sus discípulos dijeron: -¡Qué duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? Conociendo Jesús que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo:

-¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué será cuando veáis al Hijo del Hombre subir allí donde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida; pero hay algunos de vosotros que no creen.

Porque sabía Jesús desde el principio quienes eran los que no creían, y quién era el que le había de entregar. Y decía:

-Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le ha sido dado de mi Padre.

Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y ya no le seguían. Entonces dijo Jesús a los doce:

-¿Queréis iros vosotros también?

Respondió Simón Pedro: -Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el santo de Dios.

Respondióle Jesús:

-¿No he elegido yo a los doce? Y uno de ellos es un diablo.

Hablaba de Judas Iscariote, porque éste, uno de los doce, había de entregarle.

(S. Juan, cap. VII) Después de esto andaba Jesús por Galilea, pues no quería ir a Judea, porque los judíos le buscaban para darle muerte. Estaba cerca de la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos. Dijéronle sus hermanos: -Sal de aquí y vete a Judea, para que tus discípulos vean las obras que haces; nadie hace estas cosas en secreto, si pretende manifestarse. Puesto que eso haces, muéstrate al mundo. Pues ni sus hermanos creían en Él. Jesús les dijo:

-Mí tiempo no ha llegado aún, pero vuestro tiempo está pronto. El mundo no puede aborreceros a vosotros, pero a mí me aborrece, porque yo doy testimonio contra él de que sus obras son malas. Vosotros subid a la fiesta; yo no subo a esa fiesta porque aún no se ha cumplido mi tiempo.

Habiendo dicho esto, se quedó en Galilea. Una vez que sus hermanos subieron a la fiesta, entonces subió Él también, no manifestamente, sino en secreto. Y los judíos le buscaban en la fiesta y decían: -¿Dónde está ese?

Y había entre la muchedumbre gran cuchicheo acerca de Él. Unos decían: Es bueno. Pero otros decían: No; seduce a las masas. Sin embargo nadie hablaba libremente de Él por temor a los judíos. Mediada ya la fiesta, subió Jesús al Templo y enseñaba. Admirábanse

los judíos, diciendo: -¿Cómo es que éste, no habiendo estudiado, sabe letras? Y Jesús les respondió, y dijo:

-Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Quien quiera hacer la voluntad de Él conocerá si mi doctrina es de Dios, o si es mía. El que de sí mismo habla busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ese es veraz, y no hay en él injusticia. ¿No os dio Moisés la Ley? Y ninguno de vosotros cumple la Ley. ¿Por qué buscáis darme muerte?

La muchedumbre respondió: -Tú estás poseído del demonio. ¿Quién busca darte muerte? Respondió Jesús y les dijo

-Una obra he hecho, y todos os maravilláis. Moisés os dio la circuncisión (no que proceda de Moisés, sino de los padres) y vosotros circuncidáis a un hombre en sábado. Sí circuncidáis en sábado, para que no quede incumplida la ley de Moisés, ¿por qué os irritáis contra mí porque he curado del todo a un hombre en sábado? No juzguéis según las apariencias, juzgad según justicia.

Decían, pues, algunos de Jerusalén: -¿No es éste a quien buscan para matar? Y está hablando libremente, ¿y no le dicen nada? ¿Será que de verdad habrán reconocido las autoridades que es el Mesías? Porque de éste sabemos de dónde viene; mas del Mesías, cuando venga, nadie sabrá de donde viene. Y Jesús, enseñando en el Templo, gritó y dijo:

-Vosotros me conocéis y sabéis de donde soy; y yo no he venido de mí mismo; pero el que me ha enviado es veraz, aunque vosotros no le conocéis. Yo le conozco porque procedo de Él, y Él me ha enviado.

-Buscaban, pues, prenderle, pero nadie le puso las manos porque aún no había llegado su hora. Muchos de la muchedumbre creyeron en Él y decían: -el Mesías, cuando venga, ¿hará más milagros de los que éste hace? Oyeron los fariseos a la muchedumbre que cuchicheaba acerca de Él, y enviaron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos alguaciles para que le prendiesen. Dijo entonces Jesús:

-Aún estaré con vosotros un poco de tiempo, y me iré al que me ha enviado. Me buscaréis y no me hallaréis, y a donde yo voy vosotros no podéis venir.

Dijéronse entonces los judíos: -¿A dónde quiere ir éste, que nosotros no le hayamos de hallar? ¿Acaso quiere ir a la dispersión de los gentiles y enseñarles a ellos? ¿Qué es lo que dice: Me buscaréis y no me hallaréis, y a donde yo voy vosotros no podéis venir?

El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó, diciendo:

-Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno.

Esto dijo del espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado. De la muchedumbre, algunos que escuchaban sus palabras, decían: -Verdaderamente que es éste el Profeta. Otros decían: -Este es el Mesías. Pero otros replicaban: -¿Acaso el Mesías puede venir de Galilea? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Mesías?

Y se originó un desacuerdo entre la multitud por su causa. Algunos de ellos quisieron apoderarse de Él, pero nadie le puso las manos. Volvieron, pues, los alguaciles a los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, y estos les dijeron: -¿Por qué no le habéis traído? Respondieron los alguaciles: -Jamás hombre alguno habló como éste. Pero los fariseos les replicaron: -¿Es qué también vosotros os habéis dejado engañar? ¿Acaso alguno de los magistrados o de los fariseos ha creído en Él? Pero esta gente ignora la ley y son unos malditos.

Les dijo Nicodemo, el que había ido antes a Él, y que era uno de ellos: -¿Acaso nuestra ley condena a un hombre antes de oírle y sin averiguar lo que hizo?

Le respondieron, y dijeron: ¿También tú eres de Galilea? Investiga y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno. Y se fueron cada uno a su casa.

(S. Juan, cap. XI, 45-57) Muchos de aquellos judíos que habían venido a Marta y vieron lo que había hecho, creyeron en Él. Pero algunos de ellos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús (resurrección de Lázaro). Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión, y dijeron:

-¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era Sumo Sacerdote aquel año, les dijo: -Vosotros no sabéis nada. ¿No

comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo, y no que perezca todo el pueblo? Y no dijo esto de sí mismo, sino que como era Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno a todos los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel día tomaron la resolución de matarle.

Jesús, pues, ya no andaba en público entre los judíos, antes se fue a una ciudad llamada Efrén, y allí moró con sus discípulos. Estaba próxima la Pascua de los judíos, y muchos subían del campo a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban, pues, a Jesús, y unos a otros se decían en el Templo: -¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? Pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que si alguno supiese donde estaba, lo indicase, a fin de echarle mano.

(S. Juan, cap. XII, 1-19) Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Y le dispusieron allí una cena; y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con Él. Y María, tomando una libra de unguento de nardo legítimo, de gran valor, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó del olor del unguento. Y Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que había de entregarle, dijo: -¿Por qué este unguento no se vendió en trescientos denarios, para darlo a los pobres? Esto decía, no por amor a los pobres, sino porque era ladrón, y, llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban. Pero Jesús dijo:

-Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre.

Una gran muchedumbre de judíos supo que estaba aquí, y vinieron, no sólo por Jesús, sino por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Habían resuelto los príncipes de los sacerdotes matar a Lázaro, pues por él muchos judíos se iban y creían en Jesús. Al día siguiente, la numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramos de palmeras, y salieron a su encuentro gritando: -¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel.

Y habiendo Jesús encontrado un pollino, montó sobre él, según está escrito: "No temas, hija de Sión, he aquí que viene tu rey montado sobre un pollino de asna". Esto no lo entendieron desde luego los discípulos, pero cuando fue glorificado Jesús, entonces se acordaron de que de Él estaban escritas estas cosas que ellos habían leído. Y le rendía testimonio la muchedumbre que estaba con Él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y lo resucitó de entre los muertos. Por esto le salió al encuentro la multitud, porque habían oído que había hecho este milagro. Entretanto, los fariseos se decían entre sí: -Ya veis que no adelantamos nada; he aquí que todo el mundo se va en pos de Él.

(S. Juan, Cap. XIII, 1-30) Antes de la fiesta de Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, hasta el fin extremadamente los amó. Y comenzada la cena, como el diablo hubiese puesto ya en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, con saber que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, y que había salido de Dios y a Él volvía, se levantó de la mesa, se quitó los vestidos y tomando una toalla se la ciñó; luego echó agua en una jofaina, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a enjuagárselos con la toalla que tenía ceñida. Llegó, pues, a Simón Pedro, que le dijo: -Señor ¿Tú lavarme a mí los pies? Respondió Jesús, y le dijo:

-Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, lo sabrás después.

Dijole Pedro: -Jamás me lavarás tú los pies. Le contestó Jesús:

-Si no te los lavo, no tendrás parte conmigo.

Simón Pedro le dijo: -Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo:

-El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio; y vosotros estáis limpios, pero no todos. Porque sabía quién le había de entregar, y por esto dijo: "No todos estáis limpios". Y cuando les hubo lavado los pies, y tomando sus vestidos, y puéstose de nuevo a la mesa, les dijo:

-¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro,

también habéis de lavaros los pies los unos a los otros. Porque yo os he dado el ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho. En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado mayor que quien le envió. Si esto aprendéis seréis dichosos si lo practicáis. No lo digo de todos vosotros; yo sé a quienes escogí, mas lo digo para que se cumpla la Escritura: “el que come mi pan, levantó contra mí su calcañar”. Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que soy yo. En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a quien me ha enviado.

Habiendo dicho esto, se turbó Judas en su espíritu, y demostrándolo, dijo:

-En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará. Se miraban los discípulos unos a otros, sin saber de quién hablaba. Uno de ellos, el amado de Jesús, estaba recostado ante el pecho de Jesús. Simón Pedro le hizo una señal diciéndole: -Pregúntale de quien habla. El que estaba recostado ante el pecho de Jesús, le dijo: -Señor, ¿quién es ese? Y Jesús le contestó:

-Aquel a quien yo mojado le dé un bocado.

Y mojado un bocado, lo tomó y se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satanás. Jesús le dijo:

-Lo que has de hacer, hazlo pronto.

Ninguno de los recostados conocía a qué propósito decía aquello. Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le decía Jesús: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o que diese algo a los pobres. Y él, tomando el bocado, se salió luego; era de noche.

(S. Juan, cap. XVIII, 1-12) Diciendo esto salió Jesús con sus discípulos al otro lado del Torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. Y Judas, el que le había de traicionar, conocía el sitio, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. Judas, pues, tomando la cohorte y los alguaciles de los pontífices y fariseos, vino allí con linternas, y hachas, y armas. Conociendo, pues, Jesús todo lo que iba a sucederle, salió y les dijo:

-¿A quién buscáis?

Respondieronle: -A Jesús Nazareno. Él les dijo:

-Yo soy.

Y Judas, el traidor, estaba con ellos. Así que les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra. Otra vez les preguntó:

-¿A quién buscáis?

Ellos dijeron: -A Jesús Nazareno. Respondió Jesús:

-Ya os dije que yo soy; si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a estos.

-Para que se cumpliese la palabra que había dicho: “De los que me diste no se perdió ninguno”. Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del Pontífice, cortándole la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco. Pero Jesús dijo a Pedro:

-Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dio mi Padre, ¿no lo he de beber?

La cohorte, pues, y el tribuno y los alguaciles de los judíos se apoderaron de Jesús y le ataron.

Finalmente, en el libro “Actos de los Apóstoles”, de San Lucas, en sus primeras páginas, encontramos la referencia siguiente:

Capítulo 1, 1-16) En el primer libro, ¡oh caro Teófilo! traté de todo lo que Jesús hizo y enseñó, hasta el día en que fue levantado al cielo, una vez que, movido por el Espíritu Santo, tomó sus disposiciones acerca de los Apóstoles que se había elegido; a los cuales, después de su pasión se dejó ver en muchas ocasiones, apareciéndoseles durante cuarenta días, y hablándoles del reino de Dios; y comiendo con ellos, les mandó no apartarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre, que de mí habéis escuchado; porque Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo. Y los reunidos le preguntaban: -Señor, ¿es ahora cuando vas a establecer el reino de Israel? él les dijo:

-No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá

sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría, y hasta los extremos de la tierra.

Diciendo esto, y viéndolo ellos, se elevó, y una nube le ocultó a sus ojos. Y estando mirando al cielo, fija la vista en Él, que se iba, he aquí que dos varones con hábito blanco se les pusieron delante y les dijeron: -Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá así, del modo que le habéis visto ir al cielo.

Entonces se volvieron del monte llamado Olivete a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado. Y cuando hubieron llegado, subieron al piso alto, en donde permanecían Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes, y Judas de Santiago. Todos estos perseveraban unánimes en la oración, con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y los hermanos de éste. En aquellos días se levantó Pedro, en medio de los hermanos, que eran en conjunto unas ciento veinte personas, y dijo:

-Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura, que por boca de David había predicho el Espíritu Santo acerca de Judas, que fue el guía de los que prendieron a Jesús; y era contado entre nosotros, habiendo tenido parte en este ministerio. Éste adquirió un campo con el precio de su iniquidad, pero, precipitándose, reventó y todas sus entrañas se derramaron; y fue público a todos los habitantes de Jerusalén, tanto que el campo se llamó en su lengua Haceldama, que quiere decir Campo de Sangre. Pues está escrito en el Libro de los Salmos: “Quede desierta su morada, y que no haya quien habite en ella, otro se alce con su cargo”. Ahora, pues, conviene que de todos los varones que nos han acompañado todo el tiempo que vivió entre nosotros el Señor Jesús, a partir del Bautismo de Juan, hasta el día en que fue tomado de entre nosotros, uno de ellos sea testigo con nosotros de la resurrección.

Y fueron presentados dos; José, por sobrenombre Barsaba; llamado Justo, y Matías. Y orando dijeron:

-Tú, Señor, que conoces los corazones, muestra a cuál de estos dos escoges para ocupar el lugar de este ministerio y el apostolado de que prevaricó Judas, para irse a su lugar.

Y echaron suertes sobre ellos, y cayó la suerte sobre Matías que quedó agregado a los doce Apóstoles.

Esto es todo lo que sabemos de Judas: lo que nos dicen los textos sagrados.

Si el objetivo de la Escritura fuese solamente el “enterarnos”, de los hechos que ocurrieron, como sucede con las historias que nos relatan los hechos pasados, ya no podría añadirse nada más. Lo seguro es lo que se ha transcrito, y se acabó. Todo lo que quiera añadirse, tanto si procede de la leyenda como de la imaginación, es pura literatura, que no pueden tener otro valor que el de la calidad literaria del que lo escribía.

Pero el Nuevo Testamento no nos ha sido dado para que podamos satisfacer una curiosidad histórica, sino para que hagamos de él la Vida de nuestra vida. Todo lo que en él se cuenta nos afecta a cada uno de una manera personal y directa. Todo tiene “un sentido”. Este sentido lo captamos de dos maneras distintas, aunque ambas proceden del mismo agente, que es el Espíritu Santo. Un primer sentido, que podemos llamar “universal” es el que propone la Iglesia en la interpretación de los textos sagrados; y el otro sentido, el “particular”, es el que cada uno percibe en su meditación.

El “sentido universal” dado por la Iglesia, tiene la ventaja de que es “seguro”, cosa que no ocurre con el “sentido particular”. No hay más que recordar todas las herejías y cismas, que provienen de interpretaciones particulares de la Escritura.

Quizá alguno diga: Si ello es así, lo mejor será abstenerse de hacer ninguna interpretación particular. Este razonamiento (¡) es tan absurdo como sería el siguiente: Como con el manejo del fuego puedo quemarme, lo mejor es no manejar fuego para nada. No tenemos más remedio que manejar constantemente el fuego, con todos sus peligros y con todas las quemaduras que padecemos, si no queremos volver a la caverna más cavernícola; y de la misma manera hemos de hacer interpretaciones particulares de la Escritura, si queremos ser cristianos. Todo está en la manera.

Así como el fuego de un alto-horno, o de una locomotora, ha de ser manejado por

técnicos expertos y solventes, pero las cerillas y los mecheros las puede encender cualquier persona normal que haya salido de la infancia; así también las interpretaciones escriturísticas comprometidas y delicadas, conviene que las hagan, no solamente personas autorizadas, sino que además vengan refrendadas por la autoridad religiosa, perfectamente definida y establecida, que para este menester cuenta con una asistencia especial de lo alto. Pero, aquellas interpretaciones de “menor cuantía” que encajan con las múltiples situaciones particulares y personales del vivir normal de cada uno, y que representen estímulos para la virtud y frenos para el pecado, debe hacerlas cada uno por su cuenta, por la razón elementalísima de que aquella situación particular y personal no se había dado nunca, ni se dará, exactamente igual.

Todo es cosa de criterio. Si se llega a una interpretación particular que conduce a aflojar las exigencias generales de la interpretación universal, lo menos que puede decirse es que aquella interpretación particular es sospechosa. Pero cuando en una situación particular se aspira a los Dones del Espíritu Santo con objeto de determinar la propia voluntad de acuerdo con el Mensaje evangélico, sabemos que el Espíritu Santo nunca defrauda a quien le invoca con corazón limpio, y podemos confiar en que la meditación es fecunda si nos conduce a un mayor vencimiento de las concupiscencias, y a hacernos más y más semejantes a Jesús, nuestro modelo. Siempre, claro está, con el ánimo plenamente dispuesto a aceptar el sagrado magisterio.

De la misma manera que nos es indispensable manejar constantemente pequeñas cantidades de fuego para vivir como civilizados, y ordinariamente no nos abrasamos (y aún las quemaduras son útiles para perfeccionarnos en el manejo del fuego) así también hemos de manejar los textos sagrados para perfeccionar nuestro cristianismo.

Estas consideraciones que acabo de hacer justifican el que yo haya escrito las páginas que van a continuación y las que he escrito antes. Sin ninguna intención de modificar nada. Sin más objetivo que aprovechar la enseñanza evangélica en mi vida personal de redimido por Cristo. Sin inventar nada, ni tener en cuenta más de lo que está en los libros sagrados, sin intentar hacerles decir lo que no dicen ni silenciar lo que dicen.

Por la convicción firmísima del bien que a mí me han hecho (y me hacen) estas consideraciones sobre Judas, y por pensar que quizá otros también puedan beneficiarse, es por lo que las someto a los amigos a los que van dirigidas, esperando que entre todos puedan expurgarse de las incorrecciones que contengan.

Ruego a Dios que nadie se quemé, sino que todos puedan percibir en estas consideraciones el calor dulce y ardiente de las llamas de Amor de Cristo.



CAPITULO TERCERO

EL APOSTOL

Me parece que antes de fijarme en el Apóstol Judas Iscariote, convendrá poner la atención en el Colegio Apostólico, para poderle situar correctamente en su lugar. Y por encima del Colegio Apostólico pensar en su fundador y modelador, que fue el mismo Jesús. Para ello voy a centrar mi atención en diversos aspectos.

LA MANERA. En la manera de ingresar en el Colegio Apostólico hay algo que es común a los doce: todos fueron llamados. Hay una enorme diferencia entre que a uno le llamen, para lo que sea, o que uno se presente espontáneamente, para lo que sea.

De los Apóstoles sabemos qué **TODOS** fueron Llamados. Y sabemos también que otros se presentaron ellos mismos, pero ninguno tuvo éxito. No conocemos pormenores del trato que tuvo lugar, pero creo que lo que sabemos es más que suficiente para podernos hacer una idea. Voy a empezar por los que fueron “despedidos”.

En primer lugar veo a aquellos que se ofrecieron a seguirle por todas partes, pero les bastó enterarse de que el Hijo del Hombre no poseía ni una piedra dónde reclinar su cabeza para echarse atrás. Se ve que, planteado así el asunto, la resolución fue rápida. No interesa. Mal negocio.

En el caso del joven rico ya poseemos más detalles, del máximo interés. El joven empezó llamando Maestro a Jesús. Y a continuación vino la conocidísima pregunta.

Al llamarle Maestro puso de manifiesto que en Jesús no veía más que esto: un Maestro de Israel, como había muchos otros, y tal como se hacían llamar entonces los escribas y los fariseos. Si hubiera mirado a Jesús como Mesías (aunque hubiera sido un Mesías a ras del suelo, tal como lo esperaban todos) no le hubiera llamado Maestro, sino Señor. Ya que, espontáneamente, el tratamiento que se da es siempre el máximo, si a la persona le corresponde más de uno. Jesús, pues, interpelado como Maestro contestó lo mismo que le habría contestado cualquier Maestro de Israel:

-Cumple los Mandamientos.

Como esto ya lo sabía (o al menos se lo figuraba) quiso ir más allá. Y fue entonces cuando el Señor quiso marcar el salto que separaba el Antiguo del Nuevo Testamento. Ya que a los que quieran ser de “los suyos” Jesús les da el Mandamiento de aspirar a la perfección: “Sed perfectos como el Padre”. Y le dijo:

-Si quieres ser perfecto (esto es: si quieres ser de “los míos”) vende lo que tienes, dalo a los pobres, y sígueme.

Y todos sabemos que aquel joven (¡excelente muchacho!) puesto a escoger entre el Viejo Testamento y el Nuevo, se quedó con el Viejo (¡tan joven!). Jesús le vio marchar con pena; pero es muy interesante observar que no hizo el menor esfuerzo para retenerle, rebajando algo del último precio que le había dado. Y el joven se fue a continuar cumpliendo los diez Mandamientos de la Ley de Moisés y.... no entró en el cristianismo.

Puede suponerse, con todo fundamento, que este fue el trato previo que Jesús estableció con todos los que le siguieron; al menos, los Apóstoles. Pedro, después de la decrepita escena del joven rico, dijo taxativamente:

-Nosotros lo hemos dejado todo para seguirte.

¡Quién sabe si Zaqueo, el hombrecito, se quedó en tierra sin embarcarse con Jesús, porque, con todo y dar mucho, no lo dio **TODO**!

Jesús no puso (ni pone) ninguna “cuota” para apuntarse en su partido. Tengan mucho, o tengan poco, a todos les exige lo mismo: que lo dejen **TODO**. Esto lo ilustró espléndidamente cuando hizo el elogio de la pobrecilla que metió su monedita en el cepillo del Templo de Jerusalén.

También me parece que es oportuno el recordar aquí unos hechos que se relatan en el Nuevo Testamento, de los cuales no se suele hablar nunca, ni exponerlos ni comentarlos; y que para mí son los más estremecedores, después de las escenas de la Pasión. San Lucas los relata, en “HECHOS DE LOS APÓSTOLES”, en estos términos:

“La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propio cosa alguna, antes todo lo tenían en común. Los Apóstoles atestiguaban con gran poder la Resurrección del Señor Jesús, y todos los fieles gozaban del favor del pueblo. No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían, y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los Apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad. José, el llamado por los Apóstoles Bernabé, que significa hijo de la consolación, levita, chipriota de naturaleza, que poseía un campo, lo vendió y llevó el precio, y lo depositó a los pies de los Apóstoles.

Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira, su mujer, vendió un campo y retuvo una parte del precio, siendo sabedora de ello también su mujer, y llevó el resto a depositarlo a los pies de los apóstoles. Díjole Pedro:

-Ananías, ¿por qué se ha apoderado Satanás de tu corazón, moviéndote a engañar al Espíritu Santo, reteniendo una parte del precio del campo? ¿Acaso sin venderlo no lo tenías para ti, y vendido, no quedaba a tu disposición el precio? ¿Por qué has hecho tal cosa? No has mentado a los hombres, sino a Dios.

Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Se apoderó de cuantos lo supieron un temor grande. Luego los jóvenes se levantaron, y envolviéndolo, lo llevaron y le dieron sepultura. Pasadas tres horas entró la mujer, ignorante de lo sucedido, y Pedro le dirigió la palabra:

-Dime si habéis vendido en tanto el campo.

Dijo ella: -Sí, en tanto. Y Pedro a ella:

-¿Por qué os habéis concertado en tentar al Espíritu Santo? Mira, los pies de los que han sepultado a tu marido están ya a la puerta, y esos te llevarán a ti. Cayó al instante a sus pies y expiró. Entrando los jóvenes, la hallaron muerta y la sacaron, dándole sepultura con su marido. Gran temor se apoderó de toda la Iglesia y de cuantos oían tales cosas.

En el Antiguo Testamento no son escasas las fulminaciones provocadas por los pecados o las infidelidades de los israelitas. Pero en el Nuevo Testamento, desde la Encarnación hasta hoy, no se conoce otro.

En cierta ocasión los hijos de Zebedeo propusieron a Jesús que mandara caer fuego del cielo sobre una ciudad que no había querido recibirles, y Jesús les dijo únicamente:

-No sabéis de qué espíritu sois...

En estos últimos veinte siglos, y en el seno del cristianismo, ha habido toda clase de crímenes, sacrilegios, blasfemias, traiciones, infidelidades... y nunca, que se sepa, nadie ha sido fulminado. Y no cabe duda de que la “Azaña” de Ananías y Safira se ha producido muchas veces, corregida y aumentada, y los pecadores han continuado viviendo...

Impresiona, además, la actitud de Pedro, con una decisión, una seguridad y un aplomo, que se le ve lleno del Espíritu Santo. Son los primeros pasos del Pontífice Supremo dando leyes a la Iglesia, más que con palabras, con hechos. ¡Y qué hechos!

Repito que esto me remueve las entrañas cada vez que pienso en ello, y me sorprende que se mantenga en el mayor silencio este episodio que, para mí, es uno de los puntos clave del Nuevo Testamento. En cierta ocasión se me ocurrió el ir preguntando a “gente de Misa” si sabían quiénes eran Ananías y Safira, con un resultado totalmente negativo. Alguno, para quedar bien (¡) me dijo: -¡Oh! Sabe usted... como en el Antiguo Testamento hay tantos personajes, uno tiene que confundirse a la fuerza...

Pido que se mi excuse por esta digresión, que no considero, sin embargo, que esté

totalmente fuera de lugar.

Aparte de los Apóstoles, había los llamados ‘discípulos’, de los que sabemos bien poca cosa. Sabemos que existían, que en cierta ocasión el Señor envió en ‘misión’ a setenta y dos, que estaban presentes cuando el Espíritu Santo inauguró la Iglesia Santa el día de Pentecostés; me parece que no conocemos más que el nombre de uno de ellos, el llamado Cleofás, de los dos que caminaban hacia Emaús el mismo día de la Resurrección. A veces se me ha ocurrido pensar que los discípulos, que no asistieron a la Santa Cena, pero sí a la recepción del Espíritu Santo, representaban la parte laical de la Iglesia.

Carecemos de noticias referentes al trato que hacía Jesús con los discípulos para ser aceptados como tales, pero no creo equivocarme al suponer que aceptaban la fórmula cristiana de negarse a sí mismos, tomar su cruz, y seguir a Cristo.

Por la forma progresiva con que Jesús fue exponiendo su Mensaje (Buena Nueva) a los Apóstoles y al pueblo, según refieren los Evangelios, no podemos suponer que Él expusiera su doctrina antes de pedir la adhesión de los Apóstoles... Al menos, en los casos particulares que nos cuenta San Juan y los Sinópticos se ve que no fue así.

Jesús se presentó a algunos como taumaturgo; no así a Mateo, al que bastó verle y ser llamado, para seguirle. Jesús no les pedía la adhesión a una doctrina, o a un ideal, o a un programa..., sino a su Persona. Un acto de fe y de confianza. Y ésta fue la gloria de los Apóstoles: el haber seguido a Jesús dejándolo todo, y sin saber casi nada de qué se trataba. Claro está que cada Apóstol, en su fuero interno, debió hacer conjeturas y cábalas de que “aquello” terminaría así o terminaría asá, pero tuvieron el aguante suficiente para permanecer a su lado cuando los hechos ocurrían al revés de lo que ellos habían previsto.

Podemos suponer, pues, que el común denominador en la “vocación” (o llamada) a los Apóstoles consistió en estos dos aspectos: 1º de orden externo (dejarlo todo), y 2º de orden interno; seguir a Jesús por la adhesión a su persona, sin saber dónde iba ni dónde les llevaría.

LAS CIRCUNSTANCIAS. Excepto para los hermanos Pedro y Andrés, y Santiago y Juan, que entraron por parejas en el Colegio Apostólico, las circunstancias, el lugar, la fecha, la ocasión, etc. de cada uno de ellos debieron ser diferentes de cada uno de los otros. Los contados casos en que los Evangelios nos detallan tales circunstancias, son suficientemente conocidos de todos para que no sea necesario insistir sobre ellos. Lo malo (para nuestro caso) es que no nos dicen absolutamente nada de Judas, que es el que aquí nos interesa. Y hemos de conformarnos con esta ignorancia episódica, que, por otra parte, no afecta a lo que nos interesa fundamentalmente.

Claro está que nos gustaría saber quién era Judas, cuáles fueron sus andanzas anteriores, y todos los antecedentes posibles, pero hay que tener en cuenta que la única Persona interesante en los Evangelios es Nuestro Señor Jesucristo, ya que sin él, todos los demás (incluso la Santa Virgen) no habrían significado nada que les distinguiera de la cantidad innumerable de seres humanos que nos vamos arrastrando por la corteza terrestre desde la creación hasta el fin del mundo.

De la multitud de palabras que debieron salir de la boca de Judas, no nos han llegado más que las cuatro o cinco que cerraron el trato con los deicidas, y las dos (tan repugnantes como el beso) pronunciadas en el momento más infame de la traición.

Por lo tanto, podemos afirmar que en el aspecto positivo no sabemos casi nada. Pero en lo negativo, creo que podemos llegar a alguna conclusión. Una, y me parece de importancia, es que no debió ocurrir nada excepcional, que destacase y llamase la atención,

cuando Jesús le llamó para que le siguiera. El silencio de los evangelistas lo considero como la mejor prueba. Otra, se refiere a su procedencia: Keriot, que era una pequeña población al sur de Judea. En cierta ocasión se le nombra así: Judas, hijo de Simón de Keriot. Esto quiere decir que la familia debía estar arraigada en aquella localidad.

Seguramente que Judas era uno de los Doce que no era galileo, ya que inmediatamente después de la Ascensión, el ángel llama galileos a los once restantes que estaban absortos mirando al cielo, y es la primera vez que se les designa así. El que Judas fuese originario de la Judea no quiere decir que necesariamente tuviese que pertenecer a la tribu de Judá, aunque se le puede tener por muy probable que lo fuera, tanto por el nombre que llevaba, como por algunas consideraciones que se han hecho en páginas precedentes.

Las Evangelios no se cuidan de señalar las ascendencias de los personajes que figuran en sus narraciones, excepto Nuestro Señor, del que se precisa que, por la carne, era de la tribu de Judá y familia de David. El que Jesús y Judas pertenecieran a una misma tribu, añade una gota más a la copa de la traición, y esto, para mí, es otro indicio que me inclina a suponerle descendiente de Judá. ¿Y por qué no de David, que los tenía (los descendientes) por millares y millares, y para todos los gustos?

En la relación de San Mateo, al Apóstol Simón se le designa como El Cananeo. Hay que suponer que este apodo se refería más a la geografía que a la sangre, ya que parece fuera de toda duda que el Señor escogió a los Doce exclusivamente entre hombres del “pueblo escogido”.

Un detalle que me parece muy interesante es que entre los Apóstoles no se dio ninguna deserción formal; el mismo Judas, cuando se ahorcó todavía era de los Doce.

EL MAESTRO Y SU MÉTODO. No podemos suponer (sin blasfemar) que Jesús se hubiera propuesto algo superior a sus posibilidades, y que le hubiera conducido al fracaso. Digo esto pensando en su papel de Maestro de los Discípulos, ya que en los Evangelios se nos cuenta lo que hizo, pero no hay ninguna referencia acerca de lo que quería hacer. Pero yo estoy segurísimo (por exigencia de mi Fe) de que lo que hizo fue exactamente lo que quería hacer.

Si Él se hubiera propuesto un magisterio tal que los discípulos hubieran salido instruidos (cuanto más, mejor) en las verdades fundamentales de la revelación, no cabe duda de que los resultados fueron bastante menos que medianos. Todos los textos evangélicos insisten, una y otra vez, en que no entendían nada de la que Jesús les decía. El mismo Maestro, al lavarles los pies durante la Santa Cena, les dijo: -”Esto que yo hago ahora vosotros no lo podéis comprender”.

También dijo en otra ocasión que hablaba en parábolas para que los que le oyesen no le entendieran. Esto, dicho así, desconcierta totalmente, ya que hablar a la gente con objeto de no ser comprendido parece que no tiene sentido alguno razonable.

Los Evangelios nos han transmitido un número considerable de las palabras que pronunció Jesús, y en ellas encontramos el alimento principal de nuestra Fe. Pero téngase en cuenta que si uno las pronuncia TODAS en voz alta, sin atropellarse, ni vocalizando demasiado despacio, se emplea en ello unas dos horas. ¡Y Jesús convivió con sus Apóstoles más de veinte mil (20.000) horas! Esta convivencia no tenía por objeto ningún trabajo determinado que les ocupara su tiempo; no. No hacían otra cosa que estar juntos.

A base de mi experiencia personal, en una vida que ya es bastante larga, se me hace difícil pensar (o imaginar) cual podría ser el tema habitual de conversación entre ellos. Al final de esta convivencia, todavía no sabían los Apóstoles con quien trataban. Cuando Jesús les preguntó:

-¿Quien dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?

Ellos le contestaron contándole las habladurías que habían escuchado: que si Juan el Bautista, que si Elías, que si algún otro Profeta... Y cuando después vuelve a preguntarles: -¿Y vosotros qué decís? Todos callaron. Hasta que Pedro (con palabras que no eran suyas)

le contestó: -Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Dijo Esto, pero no tenía la menor idea de las palabras que acababa de pronunciar. La prueba evidente es que inmediatamente después, cuando Jesús anuncia su Pasión, Pedro le increpa, diciéndole que se quite todo aquello de la cabeza, que no puede ser, ¡no faltaba más!... y hasta donde llegó la cosa nos da una idea las palabras terribles que hubo de dirigirle el Señor:

-¡Apártate de mí, Satanás, que me escandalizas!

El hecho cierto es que no sabían: 1° Que Jesús no era el Mesías conquistador que esperaba Israel, sino el mismo Dios hecho Hombre. 2° Que, por consiguiente, su tarea no era la de establecer la dominación y el imperio de Israel, sino la redención de la humanidad, mediante su propio sacrificio. 3° Que ellos, los Apóstoles, no eran solamente los últimos eslabones de la cadena de la Antigua Alianza establecida por Yavé con Abraham, Isaac y Jacob (cadena que empezó con doce y terminó con doce) sino que eran los cimientos (exactamente) de la Nueva Alianza que establecía el mismo Dios hecho Hombre con toda la Humanidad.

Es ciertísimo que de todo esto les habló Jesús, y no solamente les habló de esto, sino que todas sus palabras y hechos carecen de sentido si no se refieren a esto. Pero no es menos cierto que ellos no entendieron nada, ¡ni jota! Claro está que, por lo que se refiere a los Apóstoles, pueden encontrarse explicaciones diversas. La primera que suele presentarse es la de que eran gente de poca cultura. También puede encontrarse una explicación en la parábola del Psico-analista con que empieza el capítulo primero de estas notas. Incluso podría hablarse que, teniendo a Jesús por Profeta, todos sabían que la especialidad de los Profetas consistía en decir las cosas con imágenes y figuras que únicamente podían entender algunos especialistas.

Pero... ¿y Jesús? ¿Quería, o no quería, que los Apóstoles tuvieran, respecto de Él lo que (de Descartes para acá) llamamos ideas claras y distintas? Que es lo que se proponen todos los maestros en todos los discípulos en todas las materias... Si se contestara esta pregunta afirmativamente, no habría más remedio que declarar a Jesús fracasado como Maestro. Y esto (ya lo he escrito pocas líneas antes) ni lo puedo aceptar, ni puede aceptarlo nadie que afirme que Jesús es Dios.

Entonces, si no fue para instruirles, ¿qué se propuso Jesús con su larga convivencia con ellos? Tengo para mí que la pedagogía del Señor hay que considerarla como una progresión que se va realizando en etapas sucesivas. Lo mismo que pasa con el cristianismo a lo largo de la historia. Él quería que los Apóstoles le reconocieran como Hombre-Dios y estuvieran dispuestos a dar la vida como testimonio de esta Fe; esto es evidente. Pero era (y es) un trago demasiado fuerte para tomarlo sin un entrenamiento adecuado. No estaban preparados para ello, a pesar de mil quinientos años de Antiguo Testamento.

Es cierto que todos esperaban al Mesías, que emularía a David, y al mismo Moisés, y a todos los Profetas. Un gran hombre, más grande y poderoso que ningún otro, pero no podían pasar de aquí. A nadie le había podido pasar por la mente que se trataría del mismo Dios hecho Hombre: Esto iba más allá, muchísimo más allá de lo que la mente humana hubiera podido imaginar nunca. La primera etapa, pues, duró desde el principio de su vida pública hasta la resurrección de Lázaro, y se caracterizó por los tres aspectos siguientes:

1° Los prodigios y milagros que hacía, de los que los Evangelios nos cuentan algunos, pero que debieron ser muchísimos.

2° Una enseñanza doctrinal referente al Reino de Dios, principalmente en parábolas; y unas normas y preceptos que habían de chocar necesariamente con todo el complejo mental de los que le escuchaban, empezando por declarar bienaventurados a los que se tenían (y se tienen) por malaventurados.

3° Una vida sin ningún fulgor de los que se esperaban en el "Libertador de Israel".

4° Una delicadeza, una mansedumbre, un amor, una bondad, y una rectitud que robaban el corazón de los que se acercaban a Él sin prejuicios.

Y si Él se manifestó así, es porque en sus designios había de manifestarse así. La adhesión de los Apóstoles hacia su Persona no había de empezar siendo una adhesión de la mente, sino del corazón. Una fe en el hombre; en el Hijo del Hombre. La Fe en el Hombre-Dios ya vendría después de la Resurrección y de Pentecostés. No sabían nada de lo que traían entre manos, pero los milagros y la bondad de Jesús los retenían a su lado, y

no sentían el menor deseo de dejarle. Creían en aquel Hombre, y eso era un principio de fe (“poca fe” les dice Jesús en la tempestad apaciguada), y poca esperanza, que no iba más allá de un mesianismo que había de implantar el imperio de Israel. Y por encima de todo, le amaban. Eran, en suma, una fe, una esperanza y caridad elementales, pero necesarias para llegar a la Fe, la Esperanza y la Caridad teologales.

Si nos fijamos en los milagros de Jesús, podemos preguntarnos qué era lo que se proponía al hacerlos. Nos damos cuenta en seguida de que todos los que hizo antes de la resurrección de Lázaro, no eran fuera de serie, si se exceptúan los casos de endemoniados, a los que me referiré enseguida. Quiero decir que en Israel sabían que los antiguos Profetas hacían milagros como aquellos, y por eso los testigos de los milagros de Jesús solían reaccionar diciendo: -Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros. Las multiplicaciones de los panes y peces tenían antecedentes en la multiplicación del aceite, de Eliseo, y sobre todo en el maná de Moisés; tampoco era la primera vez que se resucitaba a los muertos en Israel; los leprosos limpiados y las enfermedades curadas tampoco eran una novedad; y la misma tempestad apaciguada quedaba muy por debajo del milagro de Josué, cuando hizo parar el sol.

En cambio, no hizo ningún milagro, ni uno sólo, por el estilo de los prodigios obrados en tiempos pasados, que determinaron las grandes victorias de Israel, tales como las plagas de Egipto, o la toma de Jericó, o hacer descender fuego del cielo, o lluvias de piedras, o invasiones “dirigidas” de tábanos, o desmoralizaciones masivas, como la que dio la victoria a Gedeón,... en una palabra: milagros que sirvieran para aplantar al enemigo. Esto era lo que los judíos esperaban, justificados en sus antecedentes históricos, y de esto Jesús no les dio nada.

No podemos pensar que con los milagros Jesús pretendiera atraerse la adhesión del pueblo a su Persona y a su doctrina, ya que en tal caso habría de hablarse de su fracaso. Pero para los Apóstoles la cosa era diferente. Fue pedagogía directa, que sin explicaciones de cátedra, les hacía ver el poder sin medida de Jesús (¿quién es éste a quien obedecen el mar y los elementos?) y su infinita dulzura. Y así le fueron siguiendo sin desfallecimientos.

Cuando Jesús anunció la Eucaristía (que ahora sabemos muy bien lo que quiso decir, pero tal como lo dijo había motivo para desconcertar a cualquier oyente). Muchos le dejaron. Jesús preguntó a los Doce si ellos no pensaban también en dejarle, y Pedro contestó que “a quien irían, si únicamente Él tenía palabras de vida eterna”. Me parece que si alguien (entonces) hubiera hecho explicar a Pedro cuales eran las palabras de vida eterna de Jesús, Pedro se hubiera visto en un compromiso.

Ésta fue la primera frase, encaminada a conseguir el amor y la adhesión de los Apóstoles a su sagrada Persona humana, reconociendo que era el hombre más amable y más poderoso que había existido. También admiraban su sabiduría, precisamente porque no entendían casi nada de lo que les decía. Esto es lo que Jesús consiguió, y no puedo tener ninguna duda de que fue esto lo que se propuso conseguir.

Ahora en un breve inciso, quiero referirme a los demonios y a los endemoniados. Es para mí muy sorprendente que en el Antiguo Testamento solo en dos ocasiones se hace referencia a la noción de demonio, y al mismo demonio: en la relación de las desventuras de Job se presenta en escena un Satanás que parece en embrión; y en el libro de Tobías aparece otro demonio “enamorado” de Sara, llamado Asmodeo, que es uno de los nombre de la demonología persa. Estos dos libros fueron escritos después de las deportaciones de Babilonia, y no parece temerario suponer alguna influencia de la religión de los persas.

Lo sorprendente es que en el Nuevo Testamento la noción de los demonios es algo corriente y habitual, particularmente en la vida pública de Jesús, que empieza con las tentaciones en el desierto y termina con el poder de las tinieblas en el Calvario. Las referencias del Señor a los demonios son frecuentes, pero no como una novedad que Él revelaba, sino como algo que estaba en la mente de todos; así como los casos de posesión diabólica, que no eran raros, y que no presentan ningún signo de cosa insólita, sino como algo habitual y conocido de todos.

Yo no puedo hacer otra cosa que manifestar mi extrañeza ante un cambio de panorama tan radical en un aspecto de la máxima importancia. Y señalar, de paso, que es muy natural que los milagros de Jesús consistieron en liberar endemoniados (milagros realizados también por los discípulos) no tuvieran precedentes en la Antigua Ley, por la sencilla razón de que en la Antigua Ley no aparecía la noción de demonio, excepto en los dos casos que acabo de indicar.

La segunda fase de la pedagogía progresiva de Jesús creo que empezó con la resurrección de Lázaro y duró hasta el Calvario. Pocas semanas, en total.

Así como en la primera fase se dirigía principalmente a los apóstoles, en la segunda se encara netamente con el pueblo de Israel, precisamente en la Ciudad Santa y sus alrededores. Y así como hasta entonces mandaba que no se divulgaran sus milagros, ni que se hablase de que Él era el Mesías, ahora cambia totalmente de actitud.

Si hubiera acudido a curar a Lázaro cuando le avisaron que estaba enfermo, o le hubiera resucitado recién muerto, ciertamente que se habría tratado de un gran milagro, pero... ¡uno de tantos! Sin embargo, retrasó deliberadamente su ida para hacer un milagro único, que nunca se hizo antes, ni nunca se ha repetido después; resucitar un cadáver que ya se halla en descomposición. Y esto en las afueras de Jerusalén y en una persona conocidísima de todo el mundo.

Con este milagro por delante (que por su magnitud no necesita otro) se lanza “descaradamente” a proclamarse, no solamente el Mesías esperado, sino lo que nadie esperaba, esto es: Hijo de Dios, igual al Padre.

Entrada triunfal en Jerusalén, tan en contraste con sus maneras de antes. Barrida de los mercaderes del Templo, cuando esperaban que el Mesías les enriquecería a todos. Ataca públicamente, cara a cara y con palabras de una crudeza tal que aún ahora nos sorprenden en su boca, a todas las “fuerzas vivas” de los judíos. Los cepos que le ponen para cazarle sirven únicamente para mayor confusión de los “listos”, lo que les exaspera aún más que las mismas injurias. No es menester forzar la imaginación para tener una idea de los hechos y de las palabras de aquellos seis o siete días que precedieron a su muerte, ya que entre todos los Evangelios nos lo han transmitido ampliamente.

En su primera subida a Jerusalén ya nos cuenta San Juan que los judíos “de orden” querían matarle, y que por esto Él se mantuvo alejado de la Ciudad de David hasta que llegase su hora. Aquellos sentimientos lejanos, ahora Jesús los exacerba hasta el paroxismo. Puede decirse que cada palabra y cada gesto de Jesús eran un haz de leña lanzado al fuego que los devoraba por dentro.

Pero, ¿por qué querían matarle? Ya que la “blasfemia” proferida por Jesús al decir que Él era Dios fue solamente el pretexto para condenarle a la cruz, pero las ganas de eliminarle eran muy anteriores. Me parece que no basta con decir que eran malos, pérfidos o envidiosos, o hipócritas, etc. Sin duda alguna que todo esto es verdad, pero con toda seguridad había otras motivos. Voy a tratar de explorar algo este terreno, empezando por afirmar que no todos los judíos pensaban igual en este asunto; y ver si puedo clasificarlos. Me parece que, a estos efectos, podemos subdividir en tres grupos a las personas que vivían en Palestina en los tiempos de la vida pública de Jesús:

Primer grupo: Los Apóstoles, los discípulos y las piadosas mujeres, todos los que estaban junto al Maestro y convivían con Él, más o menos intensamente.

Segundo grupo: Aquellos que le conocían por referencias, e incluso le habían visto y oído alguna vez, pero que estaban cerca de Él “socialmente”; quiero referirme a los que ahora designamos con palabras de multitud, plebe, turbas, masas...

Tercer grupo: Los bienestantes y distinguidos, tanto en el terreno religioso como en el intelectual (que eran una sola cosa) y que además eran los que detentaban el poder económico y político (esto último bajo el Gobernador romano) y que los Evangelios designan con los nombres de Príncipes de los sacerdotes, Escribas, Fariseos y Saduceos.

De los del primer grupo ya he hablado en las líneas anteriores, diciendo que Jesús les había robado el corazón, y que por encima de todo le amaban, sin pensar demasiado en el sentido que tenían la Persona, las palabras y los hechos del Maestro. El corazón les llevaba y no necesitaban nada más.

Los indicados en el segundo grupo eran gente de poca personalidad, que se dejan llevar por impresiones momentáneas en unos casos, o por cabezallas en otras; y que fácilmente se ponen al lado de los que mandan, cuando estos mandan con pocas contemplaciones y con mano dura. Los de este grupo formaban “el pueblo” que aclamaba a Jesús en su triunfo del Domingo de Ramos, y ellos mismos eran el “pueblo” que al viernes siguiente clamaba a Pilatos para que mandara crucificar a Jesús.

Los del tercer grupo, si tuvieron algún contacto con Jesús, fue poco ameno; y por su cultura y su ambiente vital, eran inclinados a mirar el pro y el contra de cualquier negocio, principalmente en relación con sus intereses económicos o políticos. Si esperaban y deseaban el Mesías prometido era principalmente para que consolidara e incrementara su situación de privilegiados, ya que, ¿quien, sino ellos, habían de constituir su Corte? Pues bien, el designio premeditado y calculado de eliminar a Jesús no se puede atribuir, ni por un momento, a los del segundo grupo, sino a los del tercero. Y Jesús, sabiéndolo, se enfrenta con ellos con toda crudeza, y con una carencia total de “prudencia”, que diríamos ahora. Por parte de Jesús la cosa era clarísima: iba a la muerte, y se esforzaba para que hubiese el mínimo de confusionismo posible.

Y volvemos a lo mismo de antes: ¿por qué los del tercer grupo querían la muerte de Jesús? Repito que eran hipócritas, mentirosos, explotadores del débil... y todo cuanto de ellos dijo Jesús públicamente, y que con tanta fidelidad nos han transmitido los evangelistas; y eso ya era bastante para despertar sentimientos de venganza en ellos. Pero me parece que únicamente esto no habría bastado a decidirse a tomarlo tan por la tremenda. Vamos por partes

Aquel Jesús, según ellos, no podía ser el Mesías que esperaban:

1° Por su procedencia de Nazaret, que era donde todos creían que había nacido.

2° Porque predicaba unas doctrinas que no eran las que ellos enseñaban, sino que, en muchos aspectos, se contradecían violentamente.

3° Porque no respetaba las leyes sabáticas, tal como ellos las entendían.

4° Porque afirmaba que el reino de Dios tanto era para el judío como para el incircunciso.

5° Porque no hacía ningún caso del orden establecido, ni de lo que preconizaban las “eminencias” de Israel, sino que se presentaba como si tuviera derecho a trastornarlo todo.

6° Porque todo lo que decía y obraba era incoherente, sin pies ni cabeza, ni daba solución a ninguno de los problemas que, según ellos, eran los fundamentales de aquel tiempo. Si hubieran utilizado el lenguaje de ahora, habrían dicho que el Señor hacía “crítica negativa”, y

7° Porque Jesús no hacía ningún caso de los poderes que ellos habían recibido del mismo Yavé a través de su Ley.

Se dirá: ¿Y los milagros? Porque eran numerosos y patentes para todos y ellos lo sabían, y algunos incluso habían sido testigos. Solamente podían dar una explicación (que era la que daban), diciendo que los hacía por arte diabólica, ya que todos tenían referencias de los prodigios que obraban los magos de la Caldea. Porque, para ellos, los milagros de Jesús no eran de ninguna utilidad para implantar el Imperio de Israel, y solamente podían servir para dificultarlo, embobando al pueblo. Y aquí hemos llegado, me parece, al punto más grave y a lo que tenían mayor pánico: que arrastrase tras Él a todo el pueblo imbécil e inculto, y los desplazase a ellos, que se tenían por los depositarios y los intérpretes de la Ley y de la tradición. Todo lo más santo y sagrado de Israel corría el peligro de hundirse en el abismo, si ellos no se apresuraban a remediarlo. Y como remedio, lo que se dice: remedio, no veían más que uno (que por otra parte era el más eficaz): quitarle la vida. “Conviene que un hombre muera para la salvación del pueblo.

LA CONVIVENCIA DE LOS APÓSTOLES ¿En qué se ocupaban los Apóstoles, mientras estuvieron en compañía de Jesús? En los Evangelios no se nos dice nada de esto, y todo hace suponer que no se dedicaban a ninguna clase de actividad de las que ahora llamaríamos “productivas”.

Es cierto que acompañaban al Maestro en sus desplazamientos de un lugar a otro,

pero aún esta actividad viajera fue de poco volumen. Sí se mira un mapa de Palestina con los itinerarios de Jesús, (que están perfectamente establecidos) uno se percata en seguida de que debían andar muy despacio, con frecuentes paradas, para recorrerlo en dos años y medio, poco más a menos.

La preparación y el consumo de alimentos debieron ser de una simplificación extrema, y no debemos pensar que era en estos menesteres en los que empleaban sus jornadas. Ni pescar los que eran pescadores, ni cazar (si había entre ellos algún “aficionado”), ni cultivar la tierra, ni comprar y vender en los mercados... ¿qué hacían?

De San Pablo sabemos que era el predicador infatigable, que aprovechaba todas las horas y lugares para su ministerio, con tal que encontrara quien quisiera escucharle, y que, además, trabajaba en su oficio de tejedor, hasta el punto de poder decir (y escribir) que siempre se había ganado el sustento con el trabajo de sus manos.

Los Apóstoles no predicaban, ya que esto quedaba reservado para el Maestro, ni trabajaban,... y vuelvo a preguntar: ¿qué hacían? Como hombres de su raza ribereños del Mediterráneo, seguramente que hablaban por los codos, y el tema central de sus habladurías era el asunto que llevaban entre manos, particularmente cuando Jesús no estaba cerca. Algo nos dicen los Evangelios de estas conversaciones: que hacían planes y cábalas sobre los magníficos papeles que iban a desempeñar en el Imperio de Israel, y que Jesús más de una vez les reprendía, sin que ellos se dieran nunca cuenta del sentido de tales reprensiones.

Jesús sabía perfectamente que sus reprimendas solamente surtirían efecto después de Pentecostés; mientras tanto... no se enteraban de nada. Cuando les envió en “misión” les dio muchas instrucciones respecto a su comportamiento, pero cuando les indica lo que han de predicar, se limita a mandarles que digan únicamente: “Preparaos, que el Reino de Dios está a las puertas”. A su retorno se mostraron maravillados de los milagros y prodigios que habían obrado, pero de su “predicación” no dijeron ni una palabra.

Supongo que los comentarios sobre los milagros anteriores, sobre los prodigios que lógicamente esperaban que Jesús obraría cuando la “cosa” fuese en serio, debían ocuparles la mayor parte del tiempo. Y como consecuencia inevitable, hablar del papel que cada uno se atribuía para el momento del triunfo. Ya he dicho que los Evangelios transmiten más de una de estas escenas, pero quiero fijarme de una manera particular en la “gestión” que hizo la mujer de Zebedeo, madre de dos Apóstoles tan distinguidos por Jesús, como eran Santiago el Mayor y Juan, cuando estaban cerca de Jerusalén, en los últimos días de la vida mortal del Salvador.

Está fuera de duda (para mí) que no se trató de algo espontáneo que se le ocurrió en aquel momento, sino que fue el acto final de un complot tramado entre ella y los hijos, por los que tanta predilección manifestaba el Maestro, y de una manera particularísima, por Juan.

En aquella última ida a Jerusalén todos estaban seguros de que la implantación del reino era inminente (lo dice con toda claridad San Lucas), y esta seguridad se fundamentaba: Primero, en su certidumbre del poder total de Jesús, derivada de la cantidad enorme de prodigios de todas clases, que habían visto sus ojos y tocado con sus manos. Su voluntad tenía dominio sobre todo, y solamente hacía falta que Él dijera: “¡Ahora!”, para que lo que esperaban fuera un hecho. Segundo, en su ignorancia completa acerca de la naturaleza y sentido sobrenatural del “Reino”, pues aunque Jesús les había prevenido y manifestado repetidamente, ellos no se habían enterado, y se mantenían firmes en su concepción mesiánica, tal como lo profesaban todos en el pueblo de Israel.

En aquellos momentos la cuestión de los futuros “enchufes” debía ser la principal de sus preocupaciones. Santiago y Juan, pensando con razón que tales habladurías no resolvían nada, pensaron (¡qué vivos!) ganarles por mano a todos los demás. Y como seguramente les daba vergüenza plantearlo descaradamente a Jesús ellos mismos, debieron buscar la colaboración de su madre, la que seguramente no ofreció ninguna resistencia, prestándose a “mirar por sus hijos” inmediatamente. La relación evangélica la he transcrito antes íntegramente, para que no haya necesidad de reproducirla aquí. Además, es uno de los pasajes evangélicos más conocidos.

Desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén en el día de los Ramos hasta la preparación de la Santa Cena encuentro algo que me llama la atención en los textos evangélicos, que con tanta meticulosidad nos transmiten los menores detalles. Y es que me parece que todo aquel enfrentarse violentamente con los jerifaltes de los judíos lo hiciera Jesús, El solo. Ninguna referencia a los suyos; en estas jornadas todo va de cara a “los otros”. Realiza abiertamente lo que ahora llamaríamos una provocación. No necesita que nadie le guarde las espaldas, ni siquiera que le haga compañía. Estoy seguro de que no iba solo; lo que digo es que la relación evangélica da esta impresión, sobre todo dentro de Jerusalén y durante las horas del día. Por las noches y los amaneceres todos iban juntos y tenían sus coloquios. Creo firmemente que durante el día ni uno solo se despistaba, ya que todos querían estar presentes al iniciarse el acto final, que había de producirse de un momento a otro, con todas las maravillas que cada uno presuponía.

Lo que pasaba era que todo sucedía de la única manera que ninguno de ellos había previsto, a pesar de las repetidas predicciones de Jesús, y esto debía dejarles desconcertados y encogidos. Claro está que tratarían de explicárselo a su manera, pero sin salir, ni por asomo, de la idea mesiánica corriente en Israel. Quizá pensaban que aquel enfrentarse con los poderosos tenía por objeto hacer más patente su triunfo, que iba a producirse inminentemente, no sabían cómo, pero que no podía ser de otra manera. Y ya lo tenían al alcance de la mano.

Ellos (creo) esperaban una señal de ataque para lanzarse con los ojos cerrados a... lo que fuese, mientras fuese algo espectacular y prodigioso, y (sobre todo) por “la tremenda”. A mí me da el vértigo ver a Pedro, el pescador de agua dulce, empuñar la espada y arremeter desafortunadamente, él solo contra una multitud de soldados y gente armada aquella noche del jueves, en Getsemaní.

Ahora sabemos que el triunfo de Jesús fue de otra manera, pero esto no tiene gracia. Ellos podían esperarlo todo, menos lo que pasó. Cierto, y muy cierto, que Jesús lo habría predicho con toda claridad y precisión. Pero no es menos cierto que Él afirmaba que hablaba con enigmas, y ¿cómo podían ellos diferenciar lo enigmático y lo preciso y categórico?

El hecho es que ninguno de los Apóstoles (ni Juan, el que reclinaba su cabeza sobre el pecho de Jesús) había sacado gran provecho de los años pasados en contacto personal, íntimo, y constante con el Maestro, en orden a enterarse de los tres aspectos grandiosos y únicos de aquella Presencia: Primero: Aquel hombre, Jesús, que se llamaba a sí mismo el Hijo del Hombre, era Dios; el mismo Dios, sin restricción alguna. Segundo: la Redención (el triunfo mesiánico) no era solo para Israel, sino para toda la humanidad. Y tercero: el triunfo no se realizaría como todos los triunfos conocidos hasta entonces, a base del aplastamiento de los enemigos y la apoteosis subsiguiente del vencedor, sino mediante el aplastamiento, la humillación más abyecta y la muerte más ignominiosa del Gran Triunfador.

Quizá algún lector de estas líneas piense que estoy tratando con excesiva desconsideración a los Apóstoles, aquellas figuras grandiosas sobre las que edificó la Iglesia en que nos cobijamos, y que son nuestros inestimables precursores en la Fe.

Para contestarles, les diré que uno de los Santos de Dios que más amo y venero es S. Agustín de Hipona, ya que fue a través de sus escritos que recibí la sacudida de la Gracia. Pero, ¿qué admiro y estimo en San Agustín? ¿Toda su vida y toda su obra? ¡Dios me libre! Hasta los treinta y tres años fue “un bala” que no había por donde cogerlo... Un perfecto ejemplar de hombre desedificante, para no emplear otra palabra más sonora. Y (precisamente) aquella miseria que era el Agustín -sin Cristo- me magnifica y sublima la grandeza del Agustín -cristificado. Aquellos materiales innobles, bien enterrados, fueron la base y los cimientos, sobre los que se levantó la construcción solidísima de su santidad. No puedo olvidar la Palabra de Cristo: “Hay más alegría en el cielo por un pecador que ha hecho penitencia que por noventa y nueve justos”.

La verdadera grandeza de los Apóstoles empezó en Pentecostés, y ahí sí que hay que tributarles reverencia y admiración. Antes de la fecha de la fundación de la Iglesia Santa, me parece que buscará inútilmente quien quiera encontrar en sus hechos y en sus palabras

algo de admirable y digno de imitación. Quizá alguien diga: -¿Y el dejarlo todo y seguir a Jesús, no tuvo valor alguno? Yo diré que veo en su gesto un valor parecido al de tantos otros israelitas que lo dejaron todo, incluso la vida, para seguir a los falsos mesías que proliferaron con tanta abundancia por aquellos tiempos.

En todo esto que escribo, que algunos seguramente encontrarán, exagerado e irreverente, me complazco en ver una muestra dulcísima de la delicadeza pedagógica de Nuestro Señor. Supongamos, por un momento, que los que mantuvieron un largo contacto personal con Jesús hubieran “sacado” unos conocimientos precisos, y unos magníficos y ardorosos impulsos (dejando de lado, como siempre, a la Santísima Virgen). ¿Cómo podrían ser modelo y ejemplo para los que hemos venido después? Nuestros desfallecimientos estarían llenos de justificaciones: -¡Claro! podríamos decir, como yo he tenido la mala pata de no haber conocido personalmente a Jesús... Pero (¡alabado sea Jesús por siempre!) las cosas fueron como fueron; y mientras la Luz (que era y es Cristo) se manifestó en este mundo, en carne mortal, o resucitado, fue el tiempo (¡oh paradoja!) que los místicos denominan “la noche oscura”, pues nadie veía ni comprendía nada. El alba esplendorosa y radiante no empezó hasta Pentecostés.

Todo esto, que ha de parecer absurdo y estafalario a los que creen en un Dios-Uno, por el estilo del de los mahometanos, de los judíos, o de los filósofos griegos, toma unas proporciones inenarrables, fascinantes y deslumbradoras, cuando se contempla en ello la obra maravillosa del Dios-Trinitario.

¡Arrodillémonos!

¿Y Judas de Keriot, que? Porque parece que lo he perdido de vista... En realidad no he dejado de referirme a él. Cada vez que he nombrado a los Apóstoles me he referido también a Judas, que era uno de ellos. Uno de tantos, ni más ni menos que los otros... hasta aquella mañana del Jueves Santo (o en la hora que fuese) cuando tomó la decisión de entregar a Jesús en manos de los judíos. La misma escena del vaso de perfume derramado sobre Jesús en Betania, en la que San Juan pone en boca de Judas las conocidas palabras de que se habría podido dar su importe a los necesitados, los demás evangelistas cuentan que esto lo dijeron “los Apóstoles” y ¡claro está! San Juan tenía razón, porque uno de los Apóstoles era Judas.

San Juan consigna también en otro lugar (que he transcrito) que Judas era ladrón. Y no seré ciertamente yo quien se atreva a contradecirle. Pero ser ladrón (me parece) se puede tomar de diversas maneras, desde un extremo, que es el de aquel hombre que hace del robar la razón de su existencia y de su vivir, hasta el otro extremo (en el que entramos todos) que consiste en apropiarse de bienes ajenos tales como un papel de fumar, un mondadientes, una fruta en el árbol,... Acepto (no tengo más remedio que aceptarlo, puesto que lo afirma San Juan) que Judas era ladrón; pero creo que lo era de una manera que se aproxima más al extremo señalado en segundo lugar que al que he indicado primero. Si Judas hubiera sido un ladrón profesional, tendría que añadir que era imbécil e idiota, pues no otra cosa sería el gastar dos años largos para poder sustraer un poco de “calderilla” de la mustia bolsa del Colegio Apostólico. Mi impresión es que Judas lo que quería era apoderarse del Ministerio de Hacienda del Reino de Dios, y en este aspecto creo que San Juan tenía toda la razón. Lo que pasa es que (entre nosotros) a los que aspiran a Ministros de Hacienda para su propio medro no les solemos calificar de ladrones...

De la traición de Judas hablaré en el próximo Capítulo. En éste solamente he querido fijarme (siguiendo los textos evangélicos) en el ambiente que se respiraba entre los Apóstoles y observar que hasta llegar a los últimos acontecimientos Judas fue uno de tantos, sin ninguna particularidad que le hiciera remarcar, en uno o en otro sentido.

La prueba definitiva de esto la veo precisamente en los acontecimientos de la Santa Cena. Cuando Jesús anunció la traición con su contundente: -En verdad, en verdad os digo... todos quedaron asombrados y aterrados. ¿Seré yo? El mismo San Juan cuenta la escena con el máximo detalle, y es sobradamente conocida para que sea menester repetirla. Lo que quiero decir es que si se hubiera sabido que Judas era ladrón “al por mayor” o hubiera sido hombre de mirada turbia y perversa, o reservado y taciturno, o arisco, o cicatero, o cualquiera otro indicio siniestro, que no hay manera humana de disimular después de una

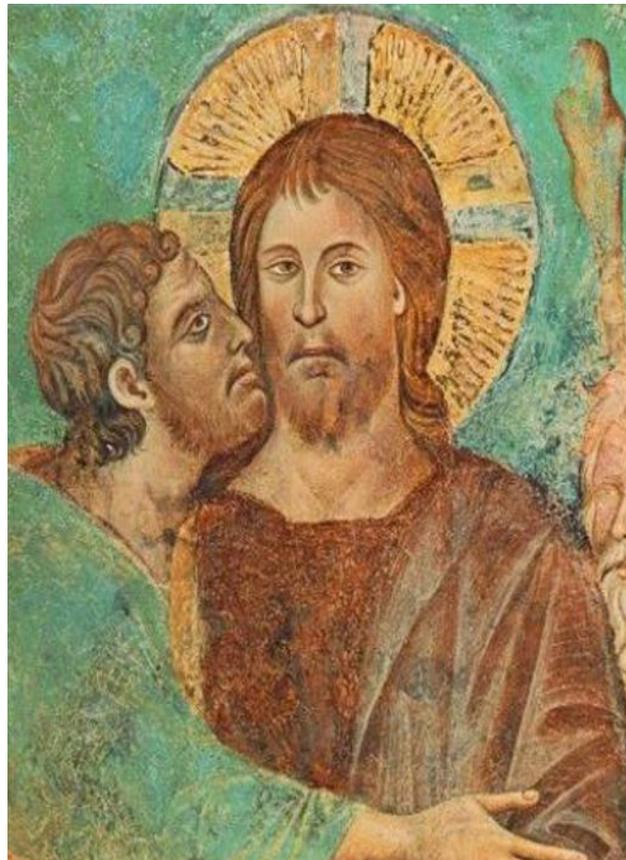
convivencia de veinticuatro horas cada día durante más de dos años, entonces carecería de sentido la perplejidad de los Apóstoles; todos habrían dicho (o pensado) en seguida: -¡Claro! Este debe ser Judas el Tenebroso... y sabemos con toda certeza que nadie pensó en él.

Quizá alguien piense que estoy esforzándome en “descargar” a Judas, y que trato de justificarlo. Yo me atrevo a rogarle que demore el juzgar mis intenciones hasta llegar a la última página. A mí entender tan recusable es quererlo “lavar” del crimen espantoso que cometió, como tratar de tizarlo con todas las fechorías imaginables. No quiero hacer (¡Dios me libre de ello!) Ni de abogado defensor ni de fiscal. Trato de encontrar la verdad que en este caso no es tarea difícil, ya que se parte de la máxima expresión de la Verdad, que es el Evangelio. El peligro grave (gravísimo) aparece cuando al Evangelio se le añaden cosas que no dice, o se le escamotean cosas que dice. Entonces todo se entenebrece.

Hace unos cuantos años apareció una representación del drama de Judas, en forma de película alemana, que era una versión de la tragedia griega clásica, en la que el héroe (Judas) lucha contra el destino que le han trazado los dioses (fátum). En ella aparece Judas; desde su concepción, como destinado a ser el traidor de Jesús y toda la ficción cinematográfica, desde el principio al fin, pone de manifiesto los esfuerzos, muchas veces heroicos, del niño, del adolescente, del joven y del adulto, para ser noble y leal, que se estrellan constantemente ante un muro liso de piedra, que le obliga, a pesar suyo, a traicionar siempre, siempre, siempre... y el suicidio aparece como una necesidad, como una víctima reclamada por un dios implacable, que juega con sus criaturas como un gato con un ratoncillo; se mata como la única liberación posible para el traidor que no quería serlo.

Comprendo que quien haya leído la Introducción y haya soportado la lectura hasta aquí, se diga que el mal trago que allí se prometía, no se ve en parte alguna; y que todo lo expuesto hasta ahora (más o menos interesante) no presenta ninguno de los síntomas revulsivos prometidos.

Es verdad. La “purga” empieza en el próximo Capítulo y la revulsión hay que buscarla en el último.



CAPITULO CUARTO

IV.- EL TRAIADOR

Son bastantes las categorías de maldades con que los hombres podemos dañarnos los unos a los otros. Por ejemplo:

Robar. Teóricamente se dice que es la acción de aquel que se apropia indebidamente unos bienes que pertenecen a otro. En la práctica no se acostumbra a mirar como robo más que el caso de que uno que tiene pocos bienes (o no tiene ninguno) se apodere indebidamente de algo que pertenece a otro que está en “buena posición” (más o menos).

Difamar. Consiste (teóricamente) en propagar hechos o palabras, o intenciones, que pueden perjudicar la buena fama de otra persona, tanto si son verdaderos como si no lo son. En el segundo caso, a la difamación se añade la calumnia. Pero, prácticamente, no se considera difamación más que lo que “los malos” cuentan de “los buenos”. Todo lo que “los buenos” cuentan de otros buenos y particularmente lo que cuentan de “los malos”, no pasa nunca de la categoría de inocente comentario.

Maltratar. Cuando uno que tiene más fuerza (física, moral o económica) abusa de otro que tiene menos. Aquí también cabrían distinciones entre la teoría y la práctica.

Así podríamos pasar revista a otras maldades, pero no es este el lugar más adecuado para hacerlo. Vamos a fijarnos en lo que nos interesa:

La Traición. Se llama traidor al que hace mal uso de la confianza que otro depositó en él.

La confianza puede ser: EXPLÍCITA, si se ha manifestado de palabra o por escrito, o por estarse investido de cargos (o encargos) de confianza. Un ejemplo de esto puede ser cuando un Apoderado de un Banco se aprovecha de su cargo para su beneficio particular. Es IMPLÍCITA la confianza que mutuamente nos hacemos las civilizados (más o menos) para poder convivir tranquilamente. Así, por ejemplo, cuando uno ataca a otro por la espalda, se dice que ha obrado a traición.

La voluntad de traicionar puede aparecer: A PRIORI, cuando el traidor busca la confianza del traicionado precisamente para traicionarle. Tal es el caso de los “agentes secretos” que mantienen los servicios de espionaje de todos los países: y A POSTERIORI, por ejemplo, cuando un cónyuge es infiel al otro después de años de fidelidad y buena avenencia.

Las causas de la traición pueden ser: INTERNAS, cuando obedecen impulsos de orden íntimo y personal; y EXTERNAS, si vienen determinadas por presiones, sugerencias o coacciones de otras personas, o de las circunstancias. Pero, en general, serán mixtas, ya que las presiones externas no pueden obligar a traicionar si no encuentran alguna resonancia dentro del traidor; y los impulsos internos inducen a la traición casi siempre, y principalmente, por las ventajas externas que el traidor espera como fruto de su traición.

Hay traidores POR ACCIÓN y POR OMISIÓN, y tan graves y devastadoras pueden ser las unas como las otras.

Habrán traiciones que no pasarán de PROYECTO (pensamiento) y su gravedad no trasciende del fuero de la conciencia. Las traiciones de hecho pueden ser: de palabra, de obra, y de palabra y obra.

Se puede traicionar a la propia conciencia, o a personas naturales, o a personas jurídicas, o a unos ideales, o al mismo Dios.

Serán CONSCIENTES (más o menos) cuando aparezcan como el acto final de una lucha interna netamente planteada entre fidelidad y traición, y con plena conciencia se toma la resolución de traicionar. Son INCONSCIENTES las que se hacen sin discernir, como algo que carece de importancia, y que lo hace todo el mundo.....

Pero podemos afirmar que en todos los casos la traición presupone una falsa escala de valores en la mente o en la voluntad del traidor: cuando se anteponen los valores materiales, o las pasiones desviadas, o los valores morales y sobrenaturales.

Después de lo que se ha indicado, podemos establecer una lista no exhaustiva, de CAUSAS que determinan situaciones de traición:

POR SOBERBIA, en diversos aspectos:

- a) por envidia
- b) por rencor
- c) por venganza
- d) por odio
- e) por vanidad

POR DINERO, y sus alrededores:

- a) afán de poder
- b) temor a perder una situación

POR SENSUALIDAD:

- a) lujuria
- b) gozar de los sentidos

POR MIEDO, en sus múltiples formas:

- a) miedo de perder y miedo de no ganar
- b) miedo del presente y miedo del futuro
- c) miedo de realidades y miedo imaginario
- d) miedo de los “de arriba” y miedo de los “de abajo”

POR IGNORANCIA:

- a) raquitismo mental
- b) buena fe sorprendida
- c) no estar “al tanto”

POR PSEUDO-AFECTO; todas las variantes del “paternalismo”

POR EMOCIONALIDAD

POR TESTARUDEZ

POR ENCARECIMIENTO DE CIRCUNSTANCIAS.

Hasta aquí he considerado al traidor como una persona natural, pero generalmente son más graves las traiciones colectivas, tanto por su volumen como por sus repercusiones en el ambiente general debilitando la conciencia de cada individuo, ya que nadie se siente responsable de la culpa, y casi todos se encuentran a gusto en el goce de las ventajas a plazo corto que todas las traiciones suelen llevar consigo. Por ejemplo: una Comunidad religiosa que traiciona el “espíritu” de su Fundador a base de lo que se suele llamar “mitigaciones”.

Una entidad que no puede traicionar nunca (mírese como se mire, y haga lo que haga) es la que llamamos “la Masa”, por la razón elemental de que nunca ha tomado sobre sí ningún compromiso, ni nadie ha podido depositar en ella ninguna confianza.

En las entidades orgánicas ya es diferente, pues se basan en pactos, y en ellas siempre es cuestión de dirigentes y de dirigidos, cualquiera que sea la manera de designarse los dirigentes. Pero la actitud de los dirigidos diferirá radicalmente de “especie” según que se trate de entidades a las que se pertenece libremente, tales como una sociedad recreativa, o la misma Iglesia Católica; o en el caso de entidades de las que se forma parte obligatoriamente tales como el Municipio o el Estado. En ambos casos, sin embargo, las traiciones de los

dirigidos son, como es natural, de mucha menos importancia que las traiciones de los dirigentes.

Piénsese en la traición del último Kaiser de Alemania, cuando declaró que los tratados entre naciones eran “papeles mojados” y mandó que sus ejércitos invadieran Francia en 1914. Esta traición de un dirigente arrastró consigo (dicen) más de catorce millones de muertos, y una cantidad incalculable de ruinas, de dolor, y de miseria, junto con el aplastamiento (temporal) de Alemania.

Ya se comprende que el profundizar en el estudio de estos temas podría ser muy interesante, especialmente con vistas a lo que se denominan “responsabilidades colectivas”, pero como aquí trato de Judas, que fue un caso de traición netamente individual no ampliaré esta ligerísima referencia a lo colectivo, ya que me será suficiente para referirme de pasada a la traición del pueblo judío, por la parte de influencia que hubiera podido tener en la infidelidad del Apóstol malogrado.

Las causas y las formas de las traiciones colectivas, en general, se parecerán mucho a las que se han indicado en páginas anteriores para las traiciones individuales, y por esto no las repito ahora. Basta repasarlas para darse cuenta de ellas.

LA TRAICIÓN DEL PUEBLO JUDÍO. Puede decirse con toda propiedad que el pueblo judío traicionó a Dios por su pretendida fidelidad a Dios.

Por los testimonios evangélicos y otros, sabemos que en aquellos tiempos, el mecanismo de la colectividad religiosa de Israel era bastante parecido al de la actual colectividad religiosa católica: por una parte, los fieles, cuyo cometido principal era el de hacer, decir y pensar lo que les mandaban pensar, decir y hacer los Grandes. Y en esto consistía (y consiste) la fidelidad de los fieles.

Los Grandes eran los Doctores de la Ley, los Escribas y los Príncipes de los Sacerdotes, que ahora designamos con los nombres de Doctores en Teología, Doctores en Derecho Canónico y Jerarquía. Este paralelismo no quiere decir (¡Dios me libre!) ningún sentido peyorativo, sino simplemente indicativo. Quiero, decir tan solo que estos (que he designado como los Grandes) eran los que sabían y los que mandaban, y, por tanto, los responsables de la colectividad.

En el Drama de la Pasión (y por parte de los judíos) los actores fueron exclusivamente los Príncipes de los Sacerdotes, los Doctores de la Ley y los Escribas (fuesen de la secta que fuesen: fariseos, saduceos... es igual). Los (digamos) fieles no tuvieron otro papel que el de “comparsas”, y todos sabemos muy bien lo que esta palabra quiere significar.

Es interesante fijarnos en que Jesús dirigía sus milagros y sus delicadezas a estos “comparsas”, y, en cambio, los Grandes eran tratados casi siempre con aspereza, cuando no les injuriaba con expresiones durísimas, como se hace constar en los Evangelios, y algunas de las cuales he transcrito en el Capítulo Segundo.

La pedagogía que Jesús empleaba con el pueblo iba encaminada a que no la entendieran entonces (no la entendían ni los mismos Apóstoles), y la que empleaba con los Grandes conducía derechamente a que le rechazaran.

A primera vista la conducta de Jesús podría parecer contradictoria, si supusiéramos que lo que Él quería era que el pueblo de Israel le siguiera. Ya que sí quería esto, hizo todo lo contrario de lo que hubiera debido hacer. Y sería blasfemo suponer un error tan descomunal en quien es la Sabiduría infinita. ¿Por qué, pues obró en la forma que lo hizo?

Téngase en cuenta que las profecías mesiánicas que podríamos designar como las del Apoteosis de Israel eran las más antiguas y enigmáticas, mientras que las que se referían al Varón de Dolores eran mucho más posteriores y contundentes. Parece que hubieran debido prevalecer éstas sobre aquellas, pero no podemos olvidar que los exégetas de entonces carecían de las luces sobrenaturales que nos aportó la Redención, y, en cambio, las tres concupiscencias funcionaban a sus anchas. Tomaron las profecías enigmáticas como si fuesen clarísimas, y las clarísimas como si fuesen enigmáticas. Y añadiendo esto a su afán

de poder, su nacionalismo exacerbado y el deseo de riquezas y de “buena vida”, llegaron a la concepción mesiánica que tenían (que para ellos era dogma de fe, pues estaban seguros de que ahí estaba lo esencial de “sus” criterios religiosos) y que era exactamente todo lo contrario de lo que podían ver en Jesús.

Lo que me impresiona es ver que nadie, o casi nadie (¿Samuel...?) tenía en Israel una idea más o menos clara del Mesías. Ni de que la liberación exigía el sacrificio, ni de que el Mesías fuese el mismo Dios. Y para mí es todavía más impresionante el que en estos tiempos los judíos que hay por todo el mundo y que quieren ser fieles al Antiguo Testamento (y yo creo que lo son) siguen pensando exactamente igual que aquellos, y el Cristianismo (que ellos llaman el Gran Cisma) lo consideran como la mayor calamidad que ha caído sobre los descendientes de Jacob.

Pero todavía se nos plantea otro problema. Sabemos por Isaías, y por el mismo Jesús, que estaba previsto de antemano que El Enviado había de padecer ignominiosamente, y morir para el rescate de muchos. Pero me parece que no era suficiente con que El Enviado viniera dispuesto a padecer, si no encontraba que también estaban preparados los que debían atormentarle. A mí, personalmente, me es imposible imaginar qué sentido habría podido tener la Redención si los judíos no hubieran rehusado a Jesús y se hubieran “convertido” todos a su doctrina, rodeándole de la veneración de todos los de su sangre, hasta morir de viejo. Ahora nos damos cuenta de que pensar, siquiera levemente, en esta “solución” nos produce cierto malestar.

Pero si la Redención exigía necesariamente, por una parte, la muerte del Justo, no cabe duda, por otra parte, de que exigía a los que matarían al Justo. Y si todos estamos conformes en que el pueblo judío fue el escogido para que en su seno naciera el Redentor, me parece que también hemos de estar conformes en que fue escogido asimismo (y principalmente) para que lo matara, ya que la Redención no es el fruto exclusivo de la Encarnación, sino que se deriva fundamentalmente de la Muerte y la Resurrección.

La vida pública de Jesús yo no podría entenderla si se me dijera que lo que Él pretendía era “convertir” a todos sus paisanos, pero es clarísima si lo que quería era poner en contraste la naturaleza concupiscente de todos los hombres con la sobrenaturaleza que Él nos traía del Cielo, segurísimo de que los que tenían el poder le atormentarían y le harían morir sin saber lo que hacían. Por esto Él profetizó que a “los justos” les pasaría lo mismo que al Justo: la persecución y la muerte. Aquí sí que podemos hablar de una “constante histórica”: Cuando Cristo (o los cristos bautizados) irrumpen en un pequeño número van con Él, pero el mundo ne-ce-sa-ria-men-te le persigue (o los persigue) y le elimina, a pretexto del bien del pueblo, del orden público, de las santas tradiciones, etc., etc. Este fenómeno de incomprensión y de persecución que se produce siempre que aparece algún Santo “de verdad” entre los hombres, debió alcanzar su grado máximo con la presencia del Santo de los Santos.

Rehusó totalmente cualquier especie de determinismo que hubiera mermado la libertad y la responsabilidad de cualquiera de los que intervinieron en la Pasión de Jesús. Pero me parece ver una trama espesa de causas segundas (desde Abraham) que desembocan en aquel desenlace, que a mi entender era inevitable; no en razón de las personas que intervinieron (Anás, Pilatos, Herodes, Antipas, Judas...) sino en razón del mundo que les tocó “encarnar” a estos, pero que otros habrían encarnado igual, con sólo diferencias de detalle. La lucha no se entabló entre Jesús y unos cuantos que pudieron hacer, o dejar de hacer, sino entre Jesús y “el mundo”, que no podía hacer otra cosa que lo que hizo con Jesús, y que sigue haciendo con los que mantienen perenne en la tierra la permanencia de Jesús entre nosotros hasta la consumación de los siglos: los santos.

Quizá una de las causas de la decidida actitud de los judíos frente a Jesús pueda encontrarse en la carencia del menor indicio, directo o indirecto, en el Antiguo Testamento, de que el Mesías sería el mismo Dios, sin ser personalmente Yavé. Las mismas palabras de la Escritura que Jesús citó para justificar su divinidad: “Sois dioses” no parecen suficientes, ni en sí mismas, ni por el contexto en que están situadas, ni siquiera por la realidad posterior, ya que los que hemos creído que Jesús es Dios no ha sido por estas palabras ni por otras, ni siquiera por su Pasión y su Muerte, sino por su Resurrección. Empezando por los Apóstoles, y remachado magníficamente por San Pablo. Y los judíos no sabían ni podían suponer la auto-Resurrección de Jesús, ni se halla el menor rastro “claro” de ella en las profecías.

Los Grandes de Israel veían en Jesús:

1º -Que hacía muchos milagros y prodigios, que no eran, de ninguna utilidad para la liberación del “pueblo escogido”.

2º -Que explicaba muchas cosas que nadie entendía, ni los Apóstoles (ni las entendemos ahora, me parece). Lo único que aparecía clarísimo era que su predicación no era como la de los Escribas, que eran los intérpretes oficiales, patentados, y exclusivos, de la Ley.

3º -Que no buscaba la adhesión de la “masa”, antes bien la rehuía cuando se producía espontáneamente, ni tampoco la de los Grandes, si no que los maltrataba y ofendía cuando se presentaba la ocasión para ello. Entonces,... ¿qué podía proponerse? ¿Qué planes podían ser los suyos?

Es muy natural que le mirasen como un perfecto perturbador de sus maquinaciones, y nadie puede negar que lo era realmente. Ellos le acusaban de perturbador del pueblo, pero esto es siempre una manera de hablar de los que mandan, que dicen que van contra el pueblo los que van contra ellos. Y por “razón de Estado” (¡naturalmente!) lo mejor era eliminarle. Cosa que ya tenían decidida desde hacía tiempo.

Jesús, sin embargo (que hacía lo que quería, no lo olvidemos) procedía con cautela, huyendo de cualquier manifestación, tumultuaria, y mandando que no se hablase de Él como Mesías. Esta norma de conducta duró desde el principio de su vida pública hasta la resurrección de Lázaro. A partir de este momento ya no anda con cautelas, ni habla con expresiones enigmáticas, ni escurriendo el bulto. Ni mucho menos con deseos de arreglar las cosas “por las buenas”. Habla claramente en el Templo de Jerusalén, presentándose como Hijo de Dios el que hasta entonces siempre se designaba a sí mismo como Hijo del Hombre, y no perdiendo ocasión de hacer quedar mal a los Grandes, ya sea mediante el ridículo al desbaratar los lazos que le tienden, ya sea maltratándoles públicamente con palabras que los evangelistas nos han transmitido, y que los Grandes habían de considerar necesariamente como injurias graves a la autoridad.

Para “los buenos” (que siempre son los que mandan, y definen el bien y el mal a través de las leyes que dictan) el “gran delito” consiste en no hacerle el juego, y los que no se ponen en su órbita son declarados “malos”, demagogos, alborotadores del pueblo, etc. etc. renovándose el ciclo si “la tortilla” da la vuelta. Este hecho universal (cuya última versión cuando escribo estas líneas es la de Fidel Castro en Cuba) no podía sino repetirse en el caso de Jesús.

La gota (enorme) que hizo desbordar el vaso fue la afirmación de Jesús de que Él era Hijo de Dios, igual al Padre. La blasfemia no era ninguna blasfemia conocida y corriente, sino la máxima, la nunca oída, la inconcebible. Y la Ley, en cuanto a esto era contundente y categórica: El blasfemo ha de ser eliminado del pueblo, y morirá apedreado por todos.

¿En qué consistió, pues, la traición de los Grandes de Israel?

Si eran malévolos con Jesús, parece que Jesús, por su parte y desde el primer momento, tampoco hizo el menor gesto para ganarse su benevolencia.

Si ellos eran los intérpretes oficiales de la Ley y de los Profetas, y Jesús se manifestaba casi siempre al revés de sus dictámenes, era normal que no le aceptaran.

Si ellos eran los ejecutores de la Ley, y la Ley mandaba que los blasfemos fuesen eliminados del pueblo de Yavé, habrían faltado a su deber si no hubieran condenado a Jesús a la última pena. Repito que ellos no sabían más que lo que sabían, y no lo que sabemos ahora.

¿En qué traicionaron, pues?

Porque si Jesús no hubiera sido más que un impostor, aficionado a la magia y a los juegos de mano (cómo tantos que han sido, que son y que serán) el proceder de los que le persiguieron no solamente no habría sido reprehensible, sino elogioso, como lo es casi siempre el cumplimiento del deber.

Sucedió, sin embargo, que aquel pseudo-impostor era el mismo Dios. Pero ¿cómo podían saberlo los Grandes, si Jesús hacía todo lo que podía para disimularlo, y ni los mismos apóstoles se habían dado cuenta de ello? Aquel hombre, Jesús, era tan hombre que

nada le diferenciaba de los demás hombres. En todo era igual; en todo (me parece) menos en una cosa: en los ojos, ya que los ojos son las únicas ventanitas por las que lo interior inmaterial del hombre se asoma al exterior.

Los hombres, egoístas por naturaleza, raramente, nos miramos los ojos unos a otros, si no es de manera esquiva, cuando “el otro” no nos mira; pues sentimos molestia si nos miran y vergüenza si se dan cuenta que los miramos. Pero esto no ocurre siempre así: cuando dos personas se quieren mutuamente se miran precisamente los ojos, y sonríen. Y es tan intensa la mirada y efusiva la sonrisa cuanto es grande la corriente afectiva que les une. ¡Dichosa Virgen María que tantas y tantas horas pudo deslumbrarse asomada al pozo sin fondo del Amor, por las ventanitas pequeñas e inmensas de los ojos de Jesús infante, adolescente y adulto!

Para captar algo del misterio de Jesús es indispensable partir de un primer movimiento de sorpresa. ¿Qué pasa? ¡Éste no es como todos! Y mirarle los ojos.

Jesús miraba, miraba, miraba,... extendiendo su mirada divina hacia todos, buscando unos ojos que le miraran los suyos, para que pudiera circular la corriente infinita de su Amor divino, y removerlos hasta el Corazón inmenso. Y solo veía ojos que buscaban algo en la basura del suelo, o que le miraban los pies, o las manos, o los vestidos, o cualquier otro aspecto en que era igual, exactamente igual, que todos los demás hombres. Y el contacto con Jesús solamente les servía para negarle.

El único de los Grandes que miró los ojos de Jesús sin demasiados prejuicios, fue Nicodemo; y aunque el hecho tuvo lugar durante la noche y con poca luz, quedó fuertemente removido en su interior. Tan removido que pudo atreverse primero a no quererle condenar ni oírle, y después a honrar su memoria y su cuerpo difunto.

La única acusación de traición que yo me atrevería a lanzar contra los Grandes de Israel es la de haber juzgado sin juicio, a la ligera, basados en su suficiencia. Si Yavé les había hecho conocer (en la medida adecuada a aquel pueblo, y no más) su Ley y sus designios a través de Moisés y de los demás Profetas y Caudillos del pueblo, y obrando maravillas patentes e innumerables, fue, en un aspecto principal para que estuvieran segurísimos de que Yavé era el Omnipotente, que podía manifestar su voluntad y su poder de las maneras más sorprendentes e inesperadas, donde fuera y como fuera, aunque no comprendieran nada y les pareciera un puro absurdo. Esta fidelidad fue el grandísimo mérito de Abraham y de los Patriarcas y Profetas. Los contemporáneos de Jesús ponían toda su atención en la letra de la Ley, pero descuidaban su espíritu, que vivificaba la Ley, y era su alma. Como si la Ley hubiera sido dada para obligar a Dios con los hombres, y no al revés.

Su traición consistió en negar (con su actuación) que Dios tuviera poder suficiente para realizar la maravilla que se estaba obrando en Jesús. Y esta sigue siendo la traición del pueblo judío desde el Calvario hasta ahora: poner límites al poder del Todopoderoso. Acusaron de blasfemo al Hombre-Dios porque ellos llevaban en el corazón la blasfemia de creerse jueces de Dios. Éste, éste me parece que fue su gran pecado y su traición.

Todas las religiones que los hombres hemos fabricado a lo largo de la Historia tienen un común denominador que puede expresarse así: El hombre crea dioses a su imagen y semejanza para que le sirvan. Cuando Dios irrumpe en la Historia, empieza por revelar que hay un solo Dios que ha hecho al hombre a su imagen y semejanza para que le sirva a Él. Lo mismo que en las falsas religiones, pero al revés.

Esta lección elemental (y fundamental) de las relaciones humano-divinas, ni la entendieron los judíos ni la hemos aprendido los cristianos, excepto los Santos. Por esto (principalmente; no únicamente) las cosas anduvieron como anduvieron durante la Pasión. Y van como van después de la Pasión.

LA TRAICIÓN DE LOS APÓSTOLES. Durante las doce horas tenebrosas que van de la medianoche al mediodía del Viernes Santo, todos los que de cerca o de lejos tuvieron relaciones de afecto con Jesús, le abandonaron miserablemente, excepto la Santísima Virgen. De esto estoy segurísimo, aunque no tengamos prueba ninguna.

Unos traicionaron por acción: los Grandes de los judíos, como hemos visto, y Judas, como veremos enseguida; y los Once Apóstoles por omisión.

Desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén hasta la Oración en el Huerto de los Olivos, sabemos (por las relaciones evangélicas) que iban todos juntos con Jesús, y le acompañaban cada noche a Betania. Pero la misma relación evangélica (ya lo dije antes) da la impresión de que Jesús estaba solo en sus “choques” con los Escribas y Fariseos, y en su predicación en el Templo. Seguramente que los Apóstoles no andaban lejos, pero a cierta distancia, entre la muchedumbre, “a ver qué pasa”. Esperando en cada momento “el golpe” que no podía tardar ni podía fallar.

La solemnidad que Jesús dio a la Santa Cena debió llenarles el corazón de alegría y de esperanza (una esperanza muy poco teológica y muy judaica). Es cierto que Jesús les habló con una precisión y una claridad que aún hoy nos deslumbra, pero no es menos cierto que ellos entonces no lo entendieron ni lo podían entender, como dijo el mismo Jesús al lavarles los pies. Y como lo demuestran las intervenciones incoherentes de Pedro, de Felipe y de otros, transmitidas por los Evangelios. Su mismo sueño, pesado y fuerte, tumbados en tierra, en Getsemaní, demuestran bien a las claras que no era angustia lo que sentían, sino una buena digestión que buscaba reparar fuerzas para los grandes acontecimientos triumfales que, sin duda alguna ocurrirían al día siguiente. Las repetidas advertencias de Jesús no sirvieron para nada...

...hasta que llegaron los soldados y gente armada.

Con ojos soñolientos, aunque muy bien abiertos, vieron las primeras escenas del drama, que debieron entusiasmarles. Jesús pronuncia una sola palabra y los derriba a todos por tierra. ¡Formidable! ¡Así; así! Y Pedro que se lanza él solo contra todos....

Pero nada más....

Después, el anti-prodigio, la negación de todo. Jesús aparece como el ínfimo impotente de la Creación. Y se deja atar, maltratar, y conducir mansamente, como un cordero.

Terminó el sueño, y empieza el pánico.

Lo único que nos dicen los evangelistas es que “se dispersaron”.

De dos (Pedro y Juan) nos cuentan algo, y ya nos fijaremos en ellos después.

La traición de los Apóstoles tuvo un primer aspecto que podemos designar como material, y fue su desbandada tan pronto como se vio que iban mal dadas. El mismo Felipe, que días antes quería ir a morir con Él, le abandona cuando todavía no era cuestión de vida y de muerte. La escena fue vergonzosa.

Y junto con la traición material, la traición moral: dejarle solo. Como un fracasado total, que no pudo encontrar ni un solo entendimiento, ni una sola voluntad que concordara con la suya. No hay duda alguna de que todo esto destaca la grandiosidad extra-humana de Jesús y pone de relieve su divinidad. Ya que por una parte, el pueblo que lleva su sangre le repudia y le reclama esta sangre hasta la última gota tendiéndole sobre un madero y cosiéndole con clavos; y, por otra parte, los que Él mismo había escogido para ser sus amigos, le abandonan todos y le dejan solo.

La lucha grandiosa y única se entabla entre Uno solo, limpiamente solo, contra TODOS, con la circunstancia estremecedora de que las armas del que va solo son la debilidad y la mansedumbre, frente a las armas de destrucción física y moral de toda clase y de toda procedencia que acumuló contra Él toda la humanidad, que si no estábamos presentes “allí” todos teníamos nuestros representantes.

Si el “pueblo escogido” le hubiera jaleado, o hubiera permanecido neutral, o

indiferente, y si los discípulos hubieran formado el cuadro a su alrededor, el triunfo del Triunfador habría sido menos esplendoroso. Para triunfar así no es menester ser Dios; esto los hombres también sabemos hacerlo. En verdad, Jesús sabía lo que hacía. Esto, sin embargo, no amengua la responsabilidad en que incurrieron los unos y los otros.

Seguramente que las Apóstoles no se encerraron ni se escondieron al menos hasta la tarde, cuando todo quedó consumado. Aprovechándose de que Jerusalén se hallaba invadido por la multitud innumerable de los que acudían a celebrar la Pascua, pudieron pasar desapercibidos, e ir de una parte a otra sin llamar la atención, siguiendo de lejos las idas y venidas de Jesús.

Cada nueva escena del Gran Drama debió irles aplastando más y más. El “prodigio” no aparecía, y cuando Jesús exhaló el postrer suspiro pensarían también (si eran capaces de pensar algo) que todo estaba consumado, dando a las últimas palabras de Jesús un sentido opuesto al de su grandiosidad trascendente.

El prodigio cósmico, inenarrable, infinito, de Dios dejándose matar por los hombres, era demasiado grande y lo tenían demasiado cerca para que pudieran, no digo verlo, sino ni siquiera sospecharlo, y tomaron la Gran Victoria como si fuera el fracaso definitivo, como lo confirman las palabras “desinfladas” de los discípulos que iban a Emaüs. ¡Y eso que entonces ya se corría la voz de que había resucitado!

Fijémonos por un momento en la traición de Pedro, que no fue solo por omisión, sino también por acción.

De Juan lo único que sabemos es que facilitó la entrada de Pedro en el atrio de la casa señorial de Anás. No hay indicios ni de su permanencia allí ni de si se marchó, ni de lo que hizo ni de lo que dijo. Por esto, de momento, lo juntaremos a los otros nueve. Y no habrá porque hablar más de él, aunque sabemos que en los momentos culminantes estuvo presente al pie de la Cruz, con la Santísima virgen.

La presencia de Pedro en aquel lugar pudo deberse a una de las tres causas siguientes, o a dos, o a todas juntas:

1º.-Por pura curiosidad, para ver que haría Jesús. Sin ninguna decisión ni determinación previas ni precisas.

2º.-Por “farolear” ante los demás apóstoles (que debían andar “camuflados” por los alrededores) presumiendo de que él era más valiente que nadie.

1º.- Por comodismo. En Palestina, por Pascua, las noches son muy frescas, y allí había una lumbre excelente....

Y debía contar con hacerse el sueco para pasar desapercibido.

Toda esta miseria minúscula presenta un contraste tan enorme con la grandiosidad trágica y gloriosa de aquellas horas únicas de la historia del mundo, que no hay más remedio que fijarnos en ello, aunque solo sea de paso y rápidamente.

Aquel Viernes Santo fue ciertamente el apoteosis (aparente) del poder de las tinieblas, en que todas las miserias humanas exultaron en su repugnante actividad para revolcarse sobre la humanidad de Jesús, no ahorrándole ninguna afrenta, ni ningún mal trato, como si fuera un guiñapo infecto. Todo lo humano quedó degradado y envilecido; en la parte moral, todos (a excepción de María), todos llevaron allí el testimonio de su degradación, y en la parte material, el cuerpo de Jesús fue envilecido hasta el paroxismo delirante. La derrota de lo humano fue total. El cuerpo humano más perfecto, convertido en algo que había que comparar con un gusano de estiércol, cubierto de salivas y de cuajarones de sangre; y el alma humana bailando el aquelarre y revolcándose en sus concupiscencias sobre este Cuerpo. La consideración de este espectáculo repugnante, grandioso y sublime nos hace caer de rodillas ante la sabiduría infinita y la omnipotencia de Dios.

El “éxito de Dios” necesitaba como cimientos y como pedestal el fracaso del hombre. Incluso del Hombre-Dios, como hombre.

Terminaron las medias tintas. Lo humano, en tanto que humano, es pura negatividad, y no sirve más que para asesinar a Cristo, después de traicionarle. Y aparece la fórmula sapientísima: -Quien quiera ser de los míos, niéguese a sí mismo,... Negar la negatividad para poder entrar de alguna manera, en lo positivo, que reside únicamente en Dios. Se dirá, quizá, que esto no es posible, pues no podemos suicidarnos.... Miremos, ciegos, miremos toda la trayectoria....

Aquel cuerpo humano de Jesús, envilecido y degradado por los hombres de la manera más repugnante y abominable, fue como la crisálida del cuerpo humano resucitado más maravilloso y glorioso, que queda fuera y lejos de toda imaginación. Y este triunfo de Dios sobre la traición, la derrota y la muerte, quiere Dios que sea también nuestro triunfo. ¿De qué manera? Mediante esto tan grande (lo más grandioso del mundo) y tan olvidado, que es el Bautismo.

El Bautismo es la herencia que el Hombre-Dios dejó en la tierra a los que quieran negarse a sí mismos, morir místicamente en la Cruz de Cristo, y seguirle en su vida gloriosa de resucitado. Jesús resucitado solamente permaneció cuarenta días entre “los suyos”; pero después de Pentecostés, los bautizados conscientes (que si lo son verdaderamente, son Santos) son el testimonio permanente en la historia del triunfo de Jesús, y proclaman incesantemente que la muerte es la Vida, y que la vida es la muerte.

¿Qué tiene que ver todo esto con la traición de Pedro, cuando negó la Vida? Es para percatarnos de la armonía y la precisión del hecho (tan desconcertante a primera vista) de que Jesús designara como Cabeza y fundador humano de su Iglesia a aquel de los Apóstoles vivientes que le había traicionado de la manera más escandalosa.

El negarse a sí mismo, el morir místicamente a todo cuanto significa atractivos “razonables” del vivir humano (que es el acto previo a la recepción del Bautismo de adultos, y por lo tanto para ser cristiano) será tanto más hacedero cuanto menor sea el aprecio que uno experimenta hacia sí mismo. Quién nunca haya rato un plato, ni haya “patinado en grande” tendrá más dificultades para negarse a sí mismo. Aquí vuelvo a referirme a la frase tan luminosa del Señor cuando asegura que hay más gozo en el cielo, por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve que no la han necesitado...

Pedro llegó al fondo de la abyección y de la miseria humana. Reniega de Jesús con imprecaciones, juramentos y maldiciones, en un ridículo espantoso. Él, el que más muestras de predilección había recibido de Jesús; que le había visto en el Tabor, y que tenía la promesa de ser “la Piedra” y el depositario de “las Llaves”.

Seguramente que su vuelta en sí fue cosa de segundos. Acababa de consumir la abyección abominable, cantó el gallo. Aquellos sonidos que le entraban por los oídos debieron recorrer todo su ser como un latigazo inmenso. Y después... después: ¡Lo inenarrable! Jesús desecho, escupido, atado de manos, que pasa y le mira. No; no está bien dicho esto: Hay que decir. Jesús que pasa y se miran... porque el rayo estalló entre las dos miradas. Y en aquel momento empezó el dulcísimo llanto de Pedro, que ya no cesará más que con su vida. ¡Qué bien dispuesto quedó, desde entonces, para negarse a sí mismo y terminar con el Pedro “farolero” presumido y fanfarrón!

Después de esto, que no se me atribuya lo que no he dicho, ni he querido, ni he podido decir. O sea: que la grandeza del cristiano será proporcional a las abyecciones en que haya caído, y que, por consiguiente hay que pecar fuerte para ser buen cristiano. Esto es abominable.

Lo que importa es contestar a la pregunta que constantemente se formulaba San Agustín: ¿Quién soy yo, y quién es Dios? La respuesta llegará a cada uno por su camino particular. Para percibir el olor de la propia naturaleza excrementicia, unos habrán de proyectarla fuera como Pedro; otros, como Teresa del Niño Jesús, lo percibirán internamente, y aceptarán gozosos la muerte mística sin necesidad de haber aireado la propia putrefacción. Lo que importa a cada uno es tomar conciencia de su extrema miseria para aceptar como el máximo honor esta muerte mística bautismal, para entrar en la vida sobrehumana de Jesús resucitado.

¡Oh maravilla de la sabiduría de Jesús, que no quiso cimentar su iglesia sobre lo que los hombres apreciamos, sino sobre la debilidad humana cuando se nutre de la grandiosidad del Amor de Dios! ¡Bendito sea por los siglos! Ya que, precisamente, a aquel que se tiene por el más indigno, viene Él y le dice: -Abrazate a Mí en la Cruz, y Yo te haré el más digno.

JUDAS DE KERIOT. Con temor y con temblor me acerco a este infeliz hermano, para intentar entrever lo que pueda del secreto de su alma.

¿Qué complejo mental se elaboró en tu interior, para obrar como lo hiciese?

No quiero culparte a Tí sólo, de la muerte del Justo, para descargar a mí, no. Sé muy bien que la culpabilidad por el crimen del Calvario es de orden cósmico, y en ella también yo tengo mi parte, tú no fuiste más que mi representante y mi mandatario.

La primera cosa que me estremece y me oprime la garganta al hablar de Judas es el pensar que, entre todos los Apóstoles, fue el que mayor trato tuvo con la Santísima Virgen, aparte el trato ininterrumpido que, como los demás, tuvo constantemente con Jesús durante más de dos años.

Aunque los Evangelios no lo consignan explícitamente, me parece que no puede dudarse de que María no debía andar muy lejos de Jesús durante su vida pública. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer? Aparte de los motivos sobrenaturales y trascendentes que le hacían buscar la proximidad de su Hijo, existía su función maternal, que le haría velar sobre los mil y un detalles inherentes a las necesidades de la vida (aunque sea una vida tan simplificada como debió ser la de Jesús y sus Apóstoles) y que las madres, no solamente las resuelven cuando se presentan, sino que con una intuición maravillosa saben preverlas antes de que nadie piense en ellas.

Y Judas, por su oficio de ecónomo, debió ser el que más contacto tuvo con ella. Yo no puedo dudar, ni nadie, de que la proximidad y el trato personal de la Virgen se manifestaba como una avalancha de paz de gozo, de pureza transparente y de armonía por encima (sin medida) de cuanto cabe imaginar. ¡Y Judas fue el que traicionó!

¡Qué misterio, Dios mío, qué misterio!

Cuando Judas fue “llamado” (no sabemos nada del Cuando ni del como) ¿por que se decidió a seguir a Jesús?.

No tengo ninguna duda de que, como los otros once, debió hacerlo impulsado por un doble sentimiento. Primero, por el atractivo personal de Jesús y por sus obras. Segundo por pensar que podría ser “el Libertador de Israel” que todos esperaban por aquellos tiempos. No sabemos cuál era su profesión, ni los bienes de que disponía, ni nada. Sabemos únicamente que, como los demás, lo dejó todo y siguió a Jesús en las idas y venidas que nos cuentan los Evangelios, y en las que no nos cuentan.

Ahora podemos preguntarnos: -¿Por qué, y con qué fin, Jesús juntó a su alrededor aquellos doce hombres, que no se separarían de Él hasta Getsemaní? Y aún podemos añadir otra pregunta: -¿La finalidad principal podía referirse a los tiempos de la vida pública, o después?

Creo que así como de la sangre de los doce hijos de Jacob Dios suscitó un pueblo innumerable (a través del destierro y del desierto, no lo olvidemos) para que diera testimonio al mundo de que no hay más que un solo Dios, que ha creado al hombre a su imagen y semejanza para que le sirva tal como Dios quiere ser servido, manifestando principalmente, su poder absoluto, como fundamento pedagógico, así Jesús escogió a doce de la sangre de Jacob (la pequeña grey) para que preparados por una pedagogía del Amor, fuesen aptos para recibir el Espíritu Santo y engendrar (en su Iglesia) un pueblo universal, que ya no sería de Hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, sino de Hijos de Dios. Del Dios-Único, ciertamente, pero que por ser Amor en su esencia es Uno y Tres, que creó a los hombres por Amor y para el Amor. Lo cual, no niega la primitiva revelación, que representó unos primeros pasos, pero que la deja tan atrás que se pierde de vista; con una distancia mucho mayor de la que separa un hacha de sílice de una bomba de hidrógeno.

El pueblo de la promesa, el conquistador del mundo, fue ciertamente el pueblo judío, pero reducido, de momento, aquellos doce que, no por la sangre del prepucio, sino por el agua del Bautismo y por el espíritu, engendraría las legiones incontables de Hijos de Dios, que negándose a sí mismo y abrazados a la Cruz de Cristo, irían progresivamente conquistando todos los hombres y todos los pueblos, no a base de matar, sino de dar la propia vida, como Jesús.

De esto, ahora, al cabo de veinte siglos, podemos hablar, y algunos (los Santos) lo pueden vivir. Pero los Apóstoles ciertamente (ya se lo decía Jesús) no lo podían entender. Pues si no podían entender esto ¿qué cosa podía hacerles entender Jesús? Me parece que la respuesta categórica es esta: -NADA. Y de hecho, Jesús no se dirige nunca al entendimiento de los Apóstoles, sino a su corazón.

Así como, la Santísima Virgen guardaba en su corazón los hechos y las palabras de Jesús (sin que sepamos hasta que punto lo entendía antes de Pentecostés) también Jesús dirigía sus palabras a los Apóstoles, no para que las entendieran si no para que las guardaran en su corazón, hasta que el Espíritu se las recordase todas y las llenara de sabiduría, de entendimiento, de ciencia, de fortaleza, de consejo, de piedad y de temor de Dios. Estos dones del Espíritu no podían “funcionar” en tiempos de Jesús como funcionan ahora, y por esto se abstuvo de hacer ni decir nada que los presupusiera. Me parece que esta verdad teológica se olvida con demasiada frecuencia en los comentarios de las relaciones de Jesús con sus Apóstoles durante su vida mortal. Considérese solamente el contraste total entre el “tratamiento” empleado por Jesús con sus Apóstoles antes de Pentecostés con el que empleó (todo lo excepcionalmente que se quiera) con Pablo, el Apóstol por antonomasia, cuando ya estaba en funciones el Espíritu que procede del Padre y del Hijo. Nuevo y definitivo “tratamiento” que fue seguramente Pedro el que lo “estrenó”, a la salida del Cenáculo.

Esto creo que ya permite contestar a la segunda pregunta que hice antes. Y decir que Jesús no preparaba a los Apóstoles para ningún cometido particular antes de Pentecostés (ésta era tarea suya de Jesús, exclusivamente) sino para después, cuando ya pudieran ser instrumentos libres y conscientes del Espíritu.

Y pasemos ahora a la primera pregunta que formulé: ¿Qué sentido tenía, y qué se proponía la pedagogía empleada por Jesús con sus Apóstoles? Tengamos en cuenta que los milagros y las palabras de Jesús no se dirigían al “pueblo” como destinatario principal, sino a los Apóstoles. La prueba es que

no sirvieron para casi nada en el “pueblo”, de no ser así habría quedado algún rastro y no se ve ninguno. La expansión de la Iglesia que se describe en “Actos de los Apóstoles” nunca hace referencia a nada que pudiera parecer una levadura dejada en algún lugar o en algunas personas por los milagros y las palabras de Jesús. Y Jesús esto lo sabía de antemano.

Lo que Él se proponía era ponerles en la situación previa para recibir la Fe teologal, respetando siempre la libertad de los Apóstoles, hasta el paroxismo: que no negasen en su corazón la posibilidad de que Él pudiese ser Hijo de Dios, igual que el Padre. Todo lo demás ya vendría después progresivamente.

Como sea que los argumentos filosóficos y teológicos no habrían servido para nada (deliberadamente los escogió de poca cultura y de una rudeza a toda prueba) prodigó delante de sus ojos los prodigios y los milagros para que ellos, al menos creyesen en sus obras y en su poder único y fuera de toda medida. Y esto junto con una mansedumbre y una humildad de corazón en un trato, que jamás habrían comprendido a base de explicaciones. Y que tampoco comprendieron con los hechos, pero lo vivieron, que era lo fundamental. Resultando, pues, una fe en aquel hombre único que no les permitía negarle nada, ni siquiera cuando Él decía que Él y Dios eran una misma cosa, ni cuando decía que la condición previa para la Vida era que comiesen su carne y bebieran su sangre. No entendían nada, pero no negaban. Y ya bastaba, por entonces.

Esta disposición de no negar (por las razones que fuese) que Jesús pudiese ser Hijo del Padre y Dios como Él era la que habría convenido al pueblo judío si hubiera sido fiel, pero el pueblo judío conducido por los Grandes tomó la actitud de negarlo rotundamente, y... pasó lo que pasó. La única porción (tan pequeña) de Israel que no negó a Cristo fueron los Doce... menos uno.

Es admirable la paciencia y solicitud manifestada por Jesús en aquellos dos años largos que empleó en esta tarea, aparentemente indigna de la Sabiduría infinita y de la omnipotencia de Dios. Particularmente si se compara con los métodos conductores y expeditivos empleados por Yavé hasta entonces para hacer entrar la letra con sangre en aquellos pueblos. ¡Y cuán cierto es que la letra mata, ya que fundados en la letra mataron al mismo Dios!

Pero el tiempo de tratarles como esclavos (el único trato posible hasta entonces) ya había terminado y empezaba la era de la libertad de los hijos de Dios, iniciada en la encarnación con los hechos más insólitos para aquellas cervices... y para muchas de las de ahora: ¡Dios que respeta y se somete a la libertad de una doncellita! Precisamente una de las criaturas menos libres pues siempre era otro (padre, hermano,...) quien disponía de ellas. Puede decirse que la liberación de la humanidad a que tendía (para gloria del Padre) todo el proceso Encarnación-Redención se inició previamente por la redención (con minúsculas) de toda una mitad de la especie humana: la parte femenina, que había caído en la máxima opresión y el máximo envilecimiento.

Puede decirse, pues, que Jesús se aplicó fundamentalmente a educar la libertad de los Apóstoles, a base de una actitud y de un obrar que entonces era incomprensible, y hoy también. Fijémonos en su Persona, en el hablar, en el vestir, en el presentarse,... no habla nada que pudiera ejercer una presión psicológica sobre los que estaban en contacto con Él, todo lo contrario de lo que siempre han hecho (y hacen) los que se creen personajes importantes, que se emperifollan con atuendos insólitos y diferentes, que se mueven con aire ceremonioso, hablan con énfasis, y dicen siempre cosas muy importantes, para que todos les tengan por seres excepcionales...

En el trato de Jesús con sus Apóstoles no podemos encontrar ni la más leve traza de nada de esto. Para mantener el decoro de su rango el Hijo del Hombre no dispone ni de una piedra donde poder reclinar

su cabeza.

¿Y los prodigios? No podemos por menos de constatar una diferencia esencial entre los milagros de Jesús y los prodigios de la magia, brujerías, encantamientos, hipnotismo, espiritismo,... de todos los tiempos, y es ésta: todas las brujerías buscan (explícita o implícitamente, directa o indirectamente) un dominio sobre una voluntad ajena, como una especie de posesión diabólica para hacerse amar, o para conocer secretos y para forzar voluntades,... mientras que Jesús se dedicaba únicamente a liberar oprimidos por toda clase de diablos (propios o figurados) o librándoles de esclavitudes temporales, como la lepra, la ceguera, la parálisis,... y hasta la muerte. Y nunca, nunca aparece que al liberarles de la esclavitud que padecían, intenten ni siquiera la leve insinuación de que ahora podían servirle a él. No, Jesús los liberaba para la libertad como después nos dice San Pablo en frase estremecedora y grandiosa.

Jesús quiso manifestar su divinidad haciendo ver con hechos a los Apóstoles que Él dominaba todas las fuerzas de la creación, pero que había una (y una sola) que le respetaba (y la respetaba) hasta límites inconcebibles: La libertad humana, Jesús quiso (y quiere) dominar por Amor, y los hombres no concebimos otro dominio que POR TEMOR... de lo que sea.

No pude haber la menor duda de que Jesús amaba a sus Apóstoles, ni de que estos, a su manera, también le amaban a Él. Judas también, sí, también.

Hasta la última semana de la vida mortal de Jesús no encontramos nada en los relatos evangélicos que puedan indicar un comportamiento singular de Judas en relación con lo que decían, hacían, o pensaban los demás apóstoles.

Cuando aquella desbandada de discípulos, con ocasión del anuncio antropofágico de la Eucaristía, judas aguantó firme como los otros once, y si su adhesión hubiera sido precaria, aquella era una ocasión excelente para dejarles sin quedar demasiado mal, ni delante de su propia conciencia ni delante de los demás: uno de tantos.

En el trato recíproco con los Apóstoles tampoco se encuentra nada que haga suponer que era huraño, o retraído, o mal carado, o enredador, o turbio,... en grado especial. Debía ser todo esto y muchas cosas más en grado normal, como los otros.

Por esto la traición de Judas no podemos buscarla como un proceso lento que viene de lejos y va madurando poco a poco como una fruta hasta el momento que se desprende del árbol. No, nada de esto. Fue más bien como una especie de explosión. Pensado y hecho como dicen en Valencia.

La primera cosa que hay que destacar para seguir el proceso interno de Judas durante la última estancia en Jerusalén, es el hecho de que su traición fue algo puramente individual, que la pensó, la planeó y la realizó él sólo, sin la más mínima intervención por parte de los demás Apóstoles. Esto pudo venir motivado por varias causas solas o combinadas:

1º Por no fiarse de ninguno de los demás.

2º Por miedo a que lo contaran a Jesús.

3º Por temor a tener que compartir las ventajas que esperaba obtener de su “combinación”.

Vamos ahora a entrar de lleno en la traición de Judas. Para no repetir lo que ya he indicado referente a los diferentes móviles y formas de traición, ruego al lector que dé un vistazo a páginas 90 a 94, pues voy a referirme directamente a lo que allí expuse.

De lo primero que nos percatamos es de qué se trató de una traición explícita y a posteriori. Esto es seguro, no hay que insistir.

En cuanto a las causas que le indujeron a la traición, hemos de convenir, en primer lugar, que fueron principalmente de orden interno, ya que las circunstancias externas fueron las mismas para los demás apóstoles, y a ninguno de ellos se le ocurrió nada semejante.

Referente a los motivos personales que pudieron inducirle a su fechoría empezamos por fijarnos en aquellos que (con toda fuerza) no pudieron intervenir como elementos determinantes principalmente. Procedemos, pues, por eliminación.

No fue por miedo a los judíos, pues sabía por experiencia que Jesús poseía un poder sin medida que lo dominaba todo. No por envidia de Jesús, ni por rencor, o por venganza, o por odio. Tampoco fue por testarudez, ni por la sorpresa de una situación inesperada. Descartados también cualesquiera motivos de raíz sexual, O que fuera fruto de una distracción? o de no estar al tanto.

Quedan por considerar como motivos que pudieron “empujarle” a la traición los siguientes: Por dinero, por ignorancia (o estrechez mental) por vanidad, o por pseudo-afecto. Vamos a analizarlos sucesivamente.

Existe el hecho innegable de que Judas trató con los Grandes de Israel sobre la manera de conducirles a un lugar donde podrían apoderarse de Jesús, indefenso y por sorpresa, sin escándalo, y que por este “servicio” le dieron (y él tomó) treinta monedas de plata. Todo esto es un hecho segurísimo. Lo que ya no es tan seguro es la conclusión a que generalmente se suele llegar, y que puede formularse así: Si Judas cobró dinero por su traición es que él no pretendía otra cosa que hacerse con aquel dinero; y ya no hay que preocuparse más de esto. Me parece que esto, así, peca de ligereza y de pereza mental.

Lo primero que hay que determinar es si las treinta monedas fueron un incidente en un proceso más complejo, o si fueron el determinante principal, por no decir el único. Esta última posición si nos fijamos en otros hechos consignados en los mismos Evangelios no puede sostenerse.

En primer lugar, treinta monedas de plata eran una cantidad exigua, que no podía resolver ningún problema a Judas, en caso de que lo hubiera tenido (una deuda, un “compromiso”, un capricho,...) y sabemos que no los tenía, porque después los tiró, y en segundo lugar, sabía sin lugar a dudas que si los Grandes querían apoderarse de Jesús era, ni más ni menos, que para matarle, y tenían poder material y

legal para hacerlo.

Si por una obnubilación total y por un embotamiento completo de todas las fibras sensibles del corazón de Judas, éste, en verdad, hubiera traicionado a Jesús solamente por verse dueño de treinta monedas de plata, la conclusión del “negocio” le hubiera dejado, no solamente tranquilo, sino plenamente satisfecho, como pasa siempre que uno llega al final de un asunto que ha ido siguiendo el curso planeado y previsto. La rabia y la desesperación no se producen cuando todo ha ido como uno quería, sino cuando todo ha salido al revés.

Basta releer lo que consigna San Mateo (y los otros) referente a la post-traición, para estar seguros de que en la mente de Judas no había solamente la codicia de las treinta monedas, sino algo de dimensiones mucho mayores; tan grande debía ser, que al no conseguirlo, no solamente no se consoló con las treinta monedas, sino que las tiró, y ni siquiera la vida le fue tolerable. Lo que pretendía (y no consiguió) era tan importante, que Judas le daba un valor superior al de lo que todos solemos apreciar más, que es la propia vida. ¿Qué podía ser?

Descartado el dinero contante y sonante como motivo fundamental y único de la traición de Judas, me fijaré en otros motivos posibles, que antes señalé, que son: ignorancia (o estrechez mental), vanidad y pseudo-afecto. De la misma manera que no creo que fue únicamente el dinero lo que le impulsó a la traición, tampoco creo que fue uno solo de estos motivos, sino todos a la vez.

Fijémonos primero en la ignorancia. Es evidente que ni él ni ninguno de los demás Apóstoles, tenía la menor idea del proceso mesiánico tal como había de llevarlo a término el Salvador auténtico. En esto, y fundamentándome en las relaciones evangélicas, ya insistí antes para que sea necesario repetirlo ahora. Pero el no saber una cosa no es la peor ignorancia. La ignorancia máxima consiste en estar seguro de que una cosa es blanca, cuando en realidad es negra. Este ignorante es mucho más peligroso que aquel que no sabe si la cosa es blanca o negra. Es, precisamente, el caso del error.

Es aquí donde creo ver una actitud mental diferente entre Judas y los demás Apóstoles, que determinó el diverso comportamiento de uno y de otros en las horas supremas de la vida de Jesús. Y de la de ellos. Y de la humanidad.

Todos eran ignorantes de los designios de Dios en lo que se refería al “Salvador”, pero todos creían saber algo. Lo que sabían los Once debía ser tan poca cosa que no tenía volumen suficiente para permitirles negar nada de lo que Jesús hacía o decía. No entendían nada, pero lo que veían en Él, y lo que sentían en su corazón era suficiente para llevarles a declarar que únicamente Él tenía palabras de “vida eterna”, sin que supieran casi nada de lo que estas palabras querían expresar, como lo demuestra su actitud en acontecimientos posteriores. No entendían casi nada de Jesús, pero le amaban y no le negaban nada. Éste fue su mérito, y éste era precisamente el cimiento y base que Jesús “trabajó” para que el Espíritu pudiera construir la Iglesia sobre material humano.

Tengo la convicción (que no puedo demostrar categóricamente) de que Judas era el más instruido de todos. El hecho de que llevara las cuentas puede ser un indicio. El pertenecer a la tribu de Judá que era la “crema” de Israel, puede ser otro. Y ya sabemos que en aquellos tiempos y lugares la instrucción se refería principalmente a los conocimientos rabínicos concernientes a la Ley. Y debía estar seguro de lo que estaban seguros los Escribas de entonces y los de ahora. O sea: que el Mesías sería un hombre, y solamente un hombre.

Judas amaba a Jesús como los demás, y en cada hecho y en cada palabra de Jesús veía únicamente una confirmación y una referencia (tan retorcidas y alegóricas como se quiera) a su obsesión. Recuérdese la parábola del psico-analista.

Los milagros y prodigios que veía en Jesús le daban la certidumbre de que estaba con un Profeta de más categoría que los antiguos. Veía que cuando llegara la hora H podría mantener un ejército sin intendencias multiplicando los panes y los peces, veía que de la misma manera que apaciguaba las tempestades, las podía provocar con rayos, truenos y piedras sobre los ejércitos “enemigos”, veía que ninguno de los suyos quedaría herido ni muerto, pues Él los curaría o resucitaría, y sus victorias y sus conquistas debían dejar muy atrás a las de los romanos. Esto no podía dudarse, ya que las pruebas que tenían eran más que suficientes para hacer callar al más exigente. Nunca Yavé había dado tanto poder a un solo hombre. Y cuando subieron por última vez a Jerusalén (lo consigna el Evangelio) todos estaban convencidos de que entonces iban a empezar las horas decisivas, cuando los judíos de todas partes se concentraban en la Ciudad Santa para la Pascua.

Pero para Judas, Jesús no era, no podía ser, más que un hombre. Ciertamente, un hombre elegido por Yavé, como antes había escogido a David, lleno del Espíritu de Yavé, hijo de Yavé si se quiere, pero en sentido metafórico (ya que entre los judíos existe un aforismo que dice que: Yavé no tiene mujer ni hijo). Todas las palabras de Jesús sobre su consubstancialidad con el Padre, Judas las refería a su obsesión. Y en su cabeza no había lugar para otra idea. En él la ignorancia se convertiría netamente en error, al estar segurísimo de que las cosas eran (y tenían que ser) tal como él las pensaba.

Junto al error obsesionado, que lo cerraba herméticamente a la verdad, podemos añadir la estrechez mental, semejante a la del que sale del Bachillerato y cree que lo sabe todo, y puede discutir y opinar sobre todo, y que nadie puede enseñarle nada; exacerbada en Judas por la rudeza e ignorancia de sus compañeros en lo concerniente a la Ley y a la doctrina de los escribas. Esta petulancia y desprecio hacia los demás Apóstoles fue posiblemente otra de las causas que le indujeron a realizar su fechoría sin la complicidad de ninguno de ellos.

La vanidad. Él se tenía seguramente por el más listo de todos (de este mal no creo que haya nadie que esté exento, en más o en menos) y debía esperar que en la etapa triunfal a él le correspondería el papel más importante en la Corte del Mesías. ¡Al menos (¿qué menos?) sería ministro de Hacienda!

Y finalmente, tengo por seguro de que hizo lo que hizo (en buena parte) impulsado por la causa que he designado con el nombre de pseudo-afecto. Voy a tratar de explicarme.

Judas estaba seguro ¡segurísimo! del poder nunca visto que Yavé había otorgado a Jesús, pero no entendía nada de su manera de proceder, como tampoco lo entendían los otros once. Pero así como estos le hacían confianza, Judas veía demasiado claro que Jesús se equivocaba, y que por el camino que los llevaba no llegarían a ninguna parte. Esto, quizá, ya hacía algún tiempo que lo incubaba en su interior, pero se lo guardaba para él.

Cuando la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, seguramente el más entusiasmado fue Judas. ¡Ahora, ahora iba de veras!

Pero esto solamente sirvió para decepcionarle más y más en las jornadas siguientes, ya que según su manera tan natural y tan lógica de considerarlo, Jesús lo hacía todo exactamente al revés de como hubiera debido hacerlo cualquier persona razonable: Primero, personalmente, Jesús en lugar de manifestar

decisión y entusiasmo con que se contagiaron los que le seguían, aparecía como abatido interiormente, y no hablaba más que para presagiar derrotas, sufrimientos, desastres,...y su propia muerte. ¡Esto no podía ser, y no sería! Segundo, en lugar de seguir haciendo milagros y prodigios que enardecieran y encendieran el entusiasmo de los que todavía no le conocían, se dedicaba a increpar y a enfrentarse con todos los que se le ponían por delante. ¡Esto era el colmo!

Ciertamente, Jesús no daba una en el clavo. Había perdido el sentido de la realidad, y se iba a la catástrofe. Menos mal que él, Judas, estaba a su lado y velaría por Él. Él, Judas, era el hombre con talento político y con visión de conjunto que aprovecharía para “buena causa” aquellos poderes inauditos de que Jesús disponía, y de los que Jesús solamente sabía usar en cosas que no servían para nada. Sí, ahora lo veía claro: entre el poder de Jesús y la inteligencia de Judas conquistarían el mundo.

Ahora se sentía más unido a Él que nunca. Sí, sí. Esto debía ser cosa de los dos. Los demás apóstoles eran unos infelices que no entendían nada de nada, y había que dejarlos al margen, pues únicamente servían de estorbo. De momento, en lo que hacía más falta era trazar un plan inteligente para llevar a buen término estos designios.

De todas maneras, el asunto se presentaba bien. En realidad, el que Jesús se enfrentara con los Grandes de Israel representaba una ventaja para Judas, ya que así, en la hora del triunfo (que ahora empezaba a paladear como inevitable) no harían ninguna sombra a Judas. Sí, sí. Era indispensable precipitar los acontecimientos para que el “estallido” coincidiera con la Pascua. Ya que Jesús, por una parte, se mostraba reticente, y no acababa de decidirse, y los judíos, por otra parte, no sabían tampoco como hacerlo para apoderarse de Él, la ocasión era magnífica para matar dos pájaros de un solo tiro. Él, Judas, facilitaría a los judíos (que no querían reconocer a Jesús como a su Mesías) una ocasión para “poner las manos” sobre Jesús lo que necesariamente sería motivo de que se les castigara después por su incredulidad, y al mismo tiempo colocaría a Jesús en un callejón sin salida y no tendría más remedio que convocar las doce (o más) legiones de ángeles de que disponía para un triunfo que sería tanto más espectacular cuanto más apurada y difícil fuese la situación anterior.

Judas se extasiaba ante su propia inteligencia. ¡Qué hermoso era todo aquello!

¡Manos a la obra! Empezó por entrar en tratos con los Grandes, los cuales “picaron” enseguida y ofrecieron dinero. Judas lo aceptó, pensando, que dentro de poco, cuando él estuviera en la cúspide del poder, se los arrojaría a la cara a ellos, que serían los grandes vencidos.

Después, por la tarde, se percató de que Jesús quiere preparar la Pascua con cierta anticipación, según los usos corrientes. Esto le alegró sobremanera, y creyó ver en ello una confirmación de todos sus planes. Ya que Judas sabía muy bien que a Jesús no había que explicarle las cosas para que estuviera enterado, porque tenía el don de leer en las conciencias, y sabía todo lo que pensaban los demás, esto lo sabía por experiencia repetida numerosas veces.

A medida que la Santa Cena avanzaba, e iba tomando aquel tono solemnísimos que conocemos, Judas se iba confirmando más y más, por momentos, en lo acertada y formidable de su maquinación. Dio muy poca importancia a las palabras de Jesús sobre la traición, pues sabía perfectamente que los profetas hablan siempre en lenguaje enigmático, que no hay que tomar al pie de la letra. Pero cuando oyó que Jesús, dirigiéndose a él personalmente le decía:

-Lo que has de hacer, hazlo pronto.

Vio en estas palabras una aprobación total de sus desaforadas y razonables planes. Y no solamente aquellas palabras no le hicieron reflexionar y recapacitar sus designios, sino que estuvo seguro de que los planes de Jesús coincidían con los suyos. Con el corazón palpitante de emoción y de alegría por sentirse un personaje tan importante, y con esperanza rabínica más sólida que el Templo, se lanzó a una aventura que él consideraba la más grandiosa de todas las que se cuentan en las historias.

Todo fue a pedir de boca. Encontró los soldados, los hombres armados, las linternas, las antorchas... ¡todo estaba dispuesto y a punto! ¡A Getsemaní! ¡Qué emoción y qué delirios de grandezas debía atropellarse en su corazón!

Ya han llegado. ¡Formidable! A una palabra de Jesús, todos los que iban a prenderle caen por tierra. Todo iría como Judas había previsto con su inteligencia excepcional.

Pero... ¿Qué pasa? El “crescendo” del poder de Jesús, que entonces no hacía más que empezar, se para en seco. Y Jesús se deja prender como un hombre indefenso cualquiera...

¡Ah, claro está! no era Aquel el lugar, ni eran aquellos los personajes ante los cuales Jesús debía hacer estallar su gloria esplendorosa e irresistible, sino en Jerusalén. Vamos a Jerusalén, a que las inmensas multitudes congregadas para la fiesta contemplen el triunfo de Jesús y de Judas, y empiece la gloria de Israel.

¡Qué lástima debió sentir para los infelices once cuando los vio escapar como tímidos conejos! Él, y únicamente él, el “vivo” el inteligente, el listo, el decidido..., estaría al lado de Jesús en el momento de su triunfo fulminante, para compartir su gloria. ¡Que fueran después la mujer de Zebedeo con sus hijos con confabulaciones para “enchufarse”, que ya sabrían lo que es bueno!

¡Y hacía Jerusalén se ha dicho! Esperando en cada momento el estallido... ¡que no se produciría! ¿Qué pasa?

Pero enseguida lo comprendió todo. ¡Qué inteligencia la suya! no era durante la noche cuando todos duermen, el momento de manifestar el poder maravilloso y deslumbrador, sino en pleno día, cuando todos se hallen presentes. Y Jesús, dejándose conducir de un lado a otro como un cordero hará que aparezca, por contraste, mucho más apoteósico su triunfo. Hay que tener paciencia y esperar un poco a que se levante un día claro y radiante.

Ya amanece. Ya empieza a clarear y la muchedumbre va llenando las calles de la ciudad. Judas no pierde de vista al Profeta ni un instante... ¡y nada!

Todo esto empieza a ser un poco extraño. Los azotes de Jesús le parece que ya no debió haberlos tolerado, pero... ¡quién sabe! debe estar preparando algo ruidoso y atronador.

Cuando la multitud se congrega ante el Pretorio y consigue de Pilatos la sentencia de muerte, el corazón dio un salto en el pecho de Judas. ¡Ahora, ahora es el momento!

Pero Jesús continúa con su actitud apabullada de cordero indefenso, dejando que todos hagan con Él lo que quieran, sin manifestar la más leve reacción. Como si fuera la encarnación de la impotencia. Aquello era muy extraño...

Y le cargan la Cruz, le conducen al lugar de las ejecuciones capitales... como si Jesús no fuera Jesús. Con tantas maravillas que había obrado, sin que hicieran demasiada falta, ahora, cuando era el momento en que no solo eran necesarias, sino indispensables,nada...

Pero ¡quién sabe! Quizá incluso se dejará clavar en la Cruz, para que su triunfo sea más categórico. Sí, seguramente se dejará clavar en la cruz para que su gesto aparezca más insólito y deslumbrador. ¡Muy bien pensado! A Judas esto no se le había ocurrido, pero ahora encuentra que está muy bien pensado.

Efectivamente, Jesús se deja clavar igual que los otros dos que ajusticiaban con Él. Judas observa que Jesús no se retuerce, como hacen todos en este trance, sino que manifiesta una serenidad que para Judas es el gran presagio. Ahora, en pleno mediodía, se producirá el magno acontecimiento. Que ya no podía demorarse más...

Izan la Cruz, y Judas espera febril desde su acecho. Pasa el tiempo, y su fiebre va en aumento. Cuando oye:

-Si eres el Cristo, baja de la Cruz y creemos en Ti.

Judas piensa: -¡Claro, claro! bajará de la Cruz y todos creerán en Él. De un momento a otro

bajará.

Pero los momentos pasan, y Jesús ni se desclava, ni baja, ni nada... Le ve sufrir y apagarse como si de veras estuviera acabándose. No, esto no es posible.

¿Qué grito es éste que acaba de dar? Las entrañas de Judas se revuelven y queda como petrificado. Lo ve y no puede creerlo. ¡Ha muerto! Ahí está: muerto y bien muerto. Queda todavía una partícula de esperanza... ¿Quién sabe si volverá a la vida?

Unas tinieblas densas cubren la tierra, pero Judas no se da cuenta porque todo él es una pura tiniebla.

Después la lanzada en el divino Costado, que Jesús ya no la siente, pero que a Judas le atraviesa de lado a lado, y de arriba a abajo.

Finalmente, ve que le desclavan y le entierran. ¡Todo terminó! Lo que no podía ser, ES. Toda su maquinación, que él creía tan genial y tan conforme a los cánones más acreditados, se ha venido abajo como un castillo de naipes. Porque Jesús podía resucitar a cualquier otro muerto, pero a Él, ¿quién podría resucitarle?

Sin dormir y sin comer desde hacía muchas horas, la gran tensión de nervios le sostuvo hasta entonces. Pero ahora empezaba la distensión, y era incapaz de ordenar la avalancha de pensamientos que convertían su cabeza en un volcán.

Febril, moviéndose como un beodo, iba al azar, sin percibir nada del mundo externo, porque la carga aplastante que llevaba dentro le tenía en una especie de delirio.

De pronto se ve ante la mole magnífica del Templo, que debía haber sido el escenario del triunfo, y siente sonar en su bolso las fatídicas monedas de plata. Entró, y las escupió como un vómito venenoso, según nos cuenta San Mateo. Pero en lugar de apaciguarse, su frenesí va en aumento.

Jesús le ha engañado. Aquel galileo le ha traicionado. ¿Cómo ha sido posible que él, tan inteligente, se haya dejado embaucar durante más de dos años, y hasta el último momento, por aquel impostor imbécil y cobarde? Jesús ha deshecho su vida. Cualquier perspectiva futura le aparece como repugnante y abominable.

Se da cuenta entonces de que se halla en las afueras de Jerusalén, y de que está debajo de un árbol (¿qué árbol, Señor, quizá un olivo, para mayor sarcasmo?).

No lo piensa más (de hecho, no pensaba nada) y de un zarpazo se quita la cuerda que le ceñía la cintura, con movimientos febriles pone unas piedras sobre otras, pasa el lazo corredizo por su cuello, sube encima de las piedras y ata la cuerda a una rama baja bastante resistente para sostener su peso, con un puntapié esparce las piedras que había amontonado, y...

.....

Si yo afirmase rotundamente que los hechos se desarrollaron así, se me podría acusar de temerario con toda razón. Con tanta razón como se podría acusar de temerario al que afirmase rotundamente que las cosas no ocurrieron así.

Lo único que sabemos con certeza es lo que nos cuentan los Evangelios, y que he transcrito anteriormente, tomándolo como base y como punto de partida para todo lo que he escrito en estas páginas.

En primer lugar, he querido mantenerme fiel a la narración evangélica en cuanto a los hechos, en segundo lugar, he buscado el sentido de dicha narración, en lo que hace referencia a las relaciones de Jesús con los Apóstoles en general, y con Judas en particular. Y finalmente, he tratado de evitar toda incoherencia en el comportamiento de Judas, que lo presentara como un caso de fatalismo trágico, que le hiciera nacer predestinado a una vida repugnante, empujado inexorablemente a quedar como una mala

bestia delante de la historia para que los Profetas quedaran bien.

Y si hasta ahora me he fijado en el posible y probable desarrollo de los hechos y de los pensamientos de Judas (encajándolos con la narración evangélica) llega el momento de fijarme de manera especial en la dimensión y en el sentido de su traición.

.....

Judas era judío y era Apóstol de Jesús. En la primera parte de este Capítulo he tratado de analizar rápidamente en que consistió (en su raíz) la traición de los judíos y la de los Apóstoles. Ahora pues, quiero fijarme en la traición de Judas como judío y como miembro del “pueblo escogido”, después en su traición como Apóstol llamado por el mismo Jesús para formar parte de sus escogidos, y finalmente, en la traición de Judas considerado como individuo particular, dotado, como todos, de su propia personalidad.

JUDAS COMO JUDÍO Como ocurre con todos (normalmente) Judas recibió de su propia familia y del pueblo donde nació y se crió, no solamente el lenguaje y los usos y costumbres en el comer y beber, en el vestir, en el expansionarse y divertirse, etc. sino también las tradiciones e ideas transmitidas a través de las generaciones, todo un complejo que podríamos resumir con la frase: la concepción del hombre y del mundo propia de aquel pueblo, que le daban la fisonomía de pueblo.

Aquel pueblo, privilegiado por Dios, invirtió el orden correcto de este privilegio, y creían que todo consistía en manifestar a los demás pueblos de que manera Dios servía los intereses de sus privilegiados, en vez de mostrar cómo los privilegiados servían los intereses de Dios.

La Ley que había recibido la consideraban como si en ella Dios hubiera exprimido y expresado toda su sabiduría y todo su poder, de manera que ni el mismo Dios podría añadir ni cambiar nada. Lo que la Ley no consignaba expresamente sólo podía ser mirado como error (o blasfemia) ya que, de ser verdad, estaría consignado en la Ley, que contenía toda la verdad.

Por otra parte, la Ley era muy precisa, meticulosa y categórica, en el aspecto que podríamos llamar ritualista o externo, pero lo era mucho menos en el aspecto moral o interno. Actualmente todavía se trabaja (sin resultado demasiado satisfactorio) en el intento de elaborar una Teología Judaica, y no me cabe la menor duda de qué ha de ser muy difícil.

Judas, como hijo de aquel pueblo y de aquel tiempo, venía “marcado” por este patrimonio inmaterial de su nación, y seguramente de manera acentuada por ser de la Judea, que se tenía por la “élite” y porque en su territorio estaba la Ciudad Santa de Jerusalén y porque de allí habían salido las figuras más destacadas y gloriosas de los descendientes de Jacob.

Como en los Libros Sagrados no se consideraba que el Libertador sería Hijo de Dios igual al Padre, Judas se negó siempre, con los demás judíos, a aceptar al pie de la letra, y si no rompió con Jesús cuando decía estas cosas (como hicieron los Grandes de Israel) fue porque él era más listo, y estaba seguro de que tales palabras no eran más que imágenes y figuras (que era como hablaban los profetas) pero que no correspondía a ninguna realidad. ¡No faltaba más!

Si los judíos negaban (y niegan) absolutamente que Jesús pudiese ser Hijo de Dios porque la Escritura no decía nada de ello, también tenían que negar que Jesús pudiera ser Mesías súper-hombre que esperaban, porque lo que veían en Jesús no concordaba de ninguna manera con las ideas apriorísticas que en sus elucubraciones ellos atribuían al Salvador de Israel.

Judas compartió con los judíos la primera parte, esto es: el Mesías no es Dios ni puede serlo. Pero en la segunda parte no estuvo con ellos. Aceptó a Jesús como un súper-hombre de la categoría de los antiguos profetas, y aceptó asimismo que podía emplear métodos propios e insospechados con vistas (¡esto siempre!) a implantar el Imperio de Israel. Por esto le siguió hasta el final.

Esta negación total y sistemática de la divinidad de Jesús por parte de Judas fue una parte determinante de su traición, que compartió con los demás miembros del pueblo de que formaba parte.

JUDAS, COMO APÓSTOL. De la relación evangélica se desprende claramente (ya lo hemos visto antes) que la pedagogía que Jesús empleó con sus Apóstoles no se encaminaba a influir en su sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad, temor de Dios,... ya que a estos dones del Espíritu Santo les llegaría su hora en Pentecostés.

Otro aspecto que llama la atención en la pedagogía de Jesús y que la destaca entre todas, es que no empleó el sistema conocido y acreditado (sic) basado en premios y castigos (que es lo mejor que hay para amaestrar a muchas clases de animales) y que constituye “el fondo” de la religión del Antiguo Testamento.

Jesús no hizo más que una sola cosa con los que convivieron con Él: amarlos. Una permanente lección práctica de Amor en sus tres dimensiones de Pobreza, de Humildad y de Sacrificio. Antes de la Encarnación el Amor era “algo”, pero desde entonces el Amor es “alguien”: es Cristo. El Amor ha pasado de ser subjetivo a ser objetivo.

Un solo mandamiento dejó Jesús (porque es Dios, con uno solo tuvo bastante) su Mandamiento Nuevo, nuevo por antonomasia, que será el distintivo que marcará a sus seguidores. Él lo designó siempre con el nombre de Mandamiento Nuevo, y es tan nuevo hoy como el día que fue estrenado, y lo seguirá siendo mientras el mundo sea mundo. Todas las demás cosas nuevas se hacen viejas con el tiempo, pero el Amor de Dios constituye una verdadera novedad cada vez que se manifiesta en sus Santos. Y el mundo nunca podrá acostumbrarse a él.

Jesús, el Hombre-Dios, amó a los suyos con un Amor Total, pero no pretendió (no podía pretender) que los suyos le correspondiesen con un Amor semejante. Se contentaba, de momento, con un amor puramente natural. Ellos se sentían dichosos estando junto a Él. Mejor que nunca, mejor que en ninguna parte. En cuanto su adhesión “intelectual”, no solamente no la estimuló, sino que su esfuerzo (el de Jesús) se encaminaba a hacerles desconfiar de su propia inteligencia (de los Apóstoles), buscando únicamente que no le negaran nada. Esta doble negación era lo único positivo que ellos podían poner, todo lo demás positivo era cosa de Jesús.

Aquí es donde se puso de manifiesto la principal diferencia entre Judas y los demás Apóstoles. Si en un aspecto humano parecía en páginas anteriores que los Apóstoles (en general) traicionaron por haber abandonado al Amigo en los momentos de peligro, en el orden divino de la Redención estuvieron en su lugar, ya que la Redención era obra exclusiva de Dios-Humanado. El papel de los hombres que entraron en contacto con Jesús fue doble:

1°.- Para los que no eran los “suyos” su papel fue maltratarles y atormentarles hasta la muerte. Y no por un fatalismo o un determinismo absurdo, sino porque la doctrina y las obras de Jesús chocaban (y chocan) con los que son “del mundo”, y estos se defienden de la única manera que saben y pueden: maltratando y matando a los enviados del Dueño de la Viña.

2°.- Para “los suyos” el papel consistía en estarse quietos, en no hacer nada. Este no hacer nada era lo único que Jesús esperaba de ellos. No necesitaba en absoluto de su ayuda (por algo era Dios) y cualquier iniciativa para “ayudarle” por parte de los Apóstoles, les habría sido un estorbo. Este no hacer nada cuando Dios se manifiesta fue la disposición exigida, y el mérito de todos, menos de Judas. Este no hacer nada en los momentos en que Dios visita el alma y obra en ella maravillas, es la preconizada por los místicos cristianos de todos los tiempos (que no tiene nada que ver, aunque lo parezca, con la herejía

quietista). El no hacer nada de los Apóstoles en los momentos que Dios quería obrar Él solo, fue un acto meritorio que les puso en disposición de ser los protagonistas de las maravillas que sabemos (y que no sabemos) que Dios obró con ellos después de recibir el Espíritu Santo.

La traición de Judas, como Apóstol, fue, pues, de no estarse quieto en unos momentos en que ninguna iniciativa podía ser válida, a no ser para aumentar los tormentos de Jesús.

JUDAS COMO HOMBRE Judas, como cualquier otro nacido de mujer, tenía su propia personalidad diferente de la de todos los demás hombres, y semejante a la de todos los demás hombres. El hecho de ser judío y de ser Apóstol no anulaba ni destruía el hecho de que él fuera el mismo.

Éste es seguramente el aspecto más interesante para nosotros en la exploración de su interior. Ya que ni el que escribe ni (seguramente) el que lee estas páginas somos judíos ni somos Apóstoles, en el sentido estricto de aquellos Doce que escogió Jesús, pero, en cambio, somos hombres como él, como Judas.

Puede parecer, a primera vista, que entre nosotros y Judas hay una diferencia fundamental, y es que nosotros hemos oído hablar de Jesús como Dios desde que empezamos a hablar, y antes de que supiéramos lo que decíamos ya rezábamos el Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero... y Judas por su parte, nunca había oído nada por el estilo, ni que se le pareciera de lejos. Pero esta diferencia es más aparente que real. Ya que, si por una parte, es muy cierto que sabemos recitar las palabras del “Acto de Contrición”, y otras por el estilo todas muy santas y muy buenas, no es menos cierto, por otra parte, que no ponemos en ello casi ninguna atención, si es que ponemos alguna, y cuando un adulto se pregunta a sí mismo: -¿Qué quiere decir y qué transcendencia tiene el que Jesús sea Dios? me parece que, generalmente, nuestra trayectoria mental debe ser bastante parecida a la de Judas. Pero de eso ya se hablará extensamente en el próximo Capítulo.

Una de las preocupaciones fundamentales de todo hombre adulto normal (y tenemos toda clase de razones válidas para suponer que Judas era adulto cuando fue llamado por Jesús) es la de adquirir o consolidar una situación que le permita mirar la propia vida con cierta estabilidad y con cierta continuidad. Y cuando un adulto, voluntariamente cambia la situación que tiene por otra, siempre lo hace con el designio de mejorar en un sitio o en otro.

Nada sabemos (ni hace falta) de cuál era la situación de Judas cuando la dejó para seguir la llamada de Jesús. La decisión de Judas de dejar lo que tenía (fuese poco o mucho) no debió fundamentarse en promesas deslumbradoras de Jesús, pues sabemos muy bien por el testimonio de los Evangelios que esto Jesús no lo hacía nunca. En cambio, es casi seguro que previamente Jesús obraría algún prodigio en presencia de Judas, o más de uno.

Judas también debía tener como tenemos todos, una experiencia ampliamente suficiente con

personas de toda clase, para saber que las hay que no nos producen más que estorbo, mientras que otras pueden servirnos de mucho. Nos pueden servir tanto más (pensamos generalmente) cuanto más poderosos son. Y si no tenemos trato con las personas más destacadas en el “candelero” no es precisamente por falta de ganas ¡Qué más quisiéramos, que las personas más “elevadas” nos llamaran a compartir su vida. Aunque no nos prometiesen nada, si nos dijeran que nuestro vivir sería en todo lo mismo que el suyo. Pero todas las personas “elevadas” no tienen el mismo atractivo, por ejemplo, los sabios (y en cuanto más sabios, más) me parece que son pocos los que aceptarían vivir su vida de sabios por el gran esfuerzo que habría que hacer y por lo poco divertido que resulta. Los ricos y poderosos, en cambio, ya es otra cosa...

Jesús no se presentaba como rico, cuando insistía en que no era dueño de una piedra donde apoyar la cabeza, ni como sabio, ya que huía de toda “pose” y de todo engolamiento, propios de los sabios “oficiales” (que son los que adquieren esta fama, mientras viven). Tampoco se presentaba como poderoso en el sentido de tener personas bajo su mando, su poder, en frase de los discípulos que iban Emaús, era en palabras y en obras. Dominaba toda la naturaleza: los elementos, la materia, las enfermedades y la muerte, pero manifestaba un respeto inconcebible a la libertad de los hombres. Esto era (y es) algo totalmente desconcertante, pues lo contrario es exactamente lo que siempre se ha visto, desde Caín para acá.

El poder de Jesús era muy diferente del de los pseudo-poderosos de este mundo, a los que basta muchas veces con un acontecimiento de poca importancia para que todo su poder se venga al suelo. El poder de Jesús residía en Él mismo, y se veía que nada ni nadie se lo podría quitar. Las historias antiguas contaban algo parecido de los Profetas, pero ninguno de los vivientes había visto nada que se le pareciese, ni de lejos.

El conocimiento que los judíos tenían de la divinidad era principalmente de orden práctico y experimental. Las filosofías y las teologías no encajaban en la mentalidad de aquel pueblo, de cerviz tan dura. Los exégetas actuales hacen unos equilibrios difícilísimos y complicados para hacer decir a los textos del Antiguo Testamento cosas que a aquella gente no le pudo pasar por la cabeza. Lo principal (por no decir lo único) que ellos sabían experimentalmente de Yavé es que era el Omnipotente, o sea: que su poder no conocía límites, y que los circuncidados que se sometían a su Ley gozaban de toda suerte de bienandanzas, mientras que los que la vulneraban recibían (tarde o temprano) unos castigos terribles.

Con esto ya tenían bastante para ir tirando. Las mismas elucubraciones de los rabinos y de los escribas raramente se referían a esto que ahora llamamos Teología Dogmática. En los mismos textos de los esenios, particularmente en los descubiertos en estos últimos años, nunca se trata de razonamientos, sino de fórmulas y de afirmaciones sibilinas, por el estilo de los aforismos de Hermes y de los parsis, que tanto pueden decirlo todo como pueden no decir nada.

Para la mentalidad de un hombre de hoy y de nuestras latitudes es inconcebible que se pueda seguir durante más de dos años a un “Leader” en constante familiaridad con Él, y no haberle hecho explicar con todos los pelos y señales cual es su “programa” detallado, con qué se cuenta para llevarlo a término, y en qué consistirán los amaneceres victoriosos que se cantan. El “gancho” de que se valen siempre los “leader” es la presentación de un futuro paradisiaco en contraste con una precariedad presente.

Jesús actuó exactamente al revés. Ponía ante los ojos de los que le seguían una serie de maravillas presentes, de manera que cuando habían vuelto en sí del estupor causado por la última, ya los deslumbraba con la siguiente. Lo sabía todo, no solamente lo que los hombres decían, sino también lo que pensaban, y todo lo que pasaba en todas partes, bajo cualquier árbol, como lo había experimentado Natanael. Y además de saberlo todo, lo podía todo, y de esto sus seguidores tenían una experiencia personal y directa.

Un hombre, pues, que lo sabía todo y lo podía todo, tenía que lograr necesariamente, todo lo que se propusiera. Y siendo, como era, judío, ¿qué podía proponerse más grandioso y más conveniente que hacerse dueño del mundo como rey de Israel?

Esto último, sin embargo, Jesús no lo dijo ni lo insinuó nunca, sino todo lo contrario. El futuro lo pintaba siempre con colores sombríos, lleno de sufrimientos, de calamidades y de derrotas. Sí, es cierto que nunca olvidaba añadir que después aparecería la gloria de la resurrección, pero esto carecía de sentido en la mente de los israelitas, que fundados en los textos sagrados negaban la existencia de un alma inmortal y de una vida extra-terrena (Saduceos) o que tenían unas ideas llenas de confusiones, contagiadas de las creencias atrabiliarias de los pueblos vecinos o de los que habían conocido en el exilio (fariseos). Véase como se expuso El Cohelet en el libro sagrado del Eclesiastés, escrito un siglo y medio antes de Cristo:

“Díjeme también acerca del hombre: Dios quiere hacerles ver y conocer que de sí “ s o n como bestias, pues la condición de los hijos de los hombres es la de las bestias, y la “muerte del uno es la muerte de los otros y no hay más que un hálito para todos, y no “tiene el hombre ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Unos y otros van al “mismo lugar, todos han salido del mismo polvo y al polvo vuelven todos.

“¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo, a la “tierra?

“Y vi que no hay para el hombre nada mejor que gozar de su trabajo, pues esta es “ s u parte, ¿y quién le dará a gozar lo que ha de venir?

Me parece que no hay que hacer demasiados esfuerzos de imaginación para hacerse una idea del desconcierto que debía reinar en las cabezas de los Apóstoles. Y Jesús no solamente no hacía nada para aclararlo, sino que hacía cuanto era menester para mantenerles en aquella situación, a fin de que cada vez fueran renunciando más y más a sus propios criterios y cavilaciones, para poner toda su confianza en Él, aun sin comprender nada. Se dirá, quizá, que esto era poco humano, y es verdad. Esto era muy poco humano, porque era divino.

Eran los primeros pasos de una pedagogía de la libertad, que ya no se interrumpiría jamás. Los primeros pasos que dieron los primeros que siguieron a Jesús (los Apóstoles) son los mismos primeros pasos que se dan hoy (ahora mismo, en este momento) los últimos que se lanzan a seguirle. Y consisten, esencialmente, en esto: En reconocer que Jesús es una figura histórica diferente de las otras, que dejan un rastro diferente del que han dejado y dejan todos los demás hombres, que no se le puede considerar como uno de tantos, ni siquiera en relación con las figuras más relevantes de la historia. La figura de Jesús trasciende a todo lo que sabemos y vemos de la naturaleza humana.

El segundo paso empieza cuando uno se plantea esta pregunta : ¿Y si Jesús fuese el mismo Dios hecho hombre? el que contesta rápidamente que SÍ, es posible que haya andado precipitado, y es muy fácil que después se encuentre con problemas que le atormenten, pero es posible que las cosas ocurran de manera muy diferente, cada caso es cada caso. De todas maneras éste no fue el caso de los primeros Apóstoles, los que fundaron la Iglesia.

El que dice NO, puede hacerlo de dos maneras diferentes: una, como San Pablo, con toda buena fe, ya que con los elementos de juicio de que se dispone, se ve así, pero sin cerrarse herméticamente con soberbia, tozudería y obstinación, dispuesto a reconocer su error cuando nuevos elementos de juicio se ofrezcan a su consideración; otra, que consiste en formular un NO radical, absoluto, a la posibilidad de que “otro” hombre pueda ser Dios. Tales son los ateos (cuanto más científicos, peor), los panteístas (que ellos también son Dios)..

Y finalmente, existe la respuesta de los Apóstoles, que podría expresarse así: -No lo sabemos; nos sentimos incapaces de afirmarlo, pero todavía nos sentimos mucho más incapaces de negarlo.

¿Y Judas? ¿Cuál fue la respuesta de Judas? Judas negó en redondo la divinidad de Jesús. “Sabía demasiado” las cosas de su religión para estar segurísimo de que Dios, el Dios único de Israel no podía tener hijos ni nada que se le pareciera; en esto no podía ni soñarse. Pero aceptaba a Jesús como al Profeta y Libertador de Israel; de esto no podía dudar, porque lo veía.

Ahora, quizá, ya podemos entrever cual fue la traición de Judas considerado como hombre, independientemente de los otros aspectos de su personalidad que se han considerado anteriormente.

Jesús no llamó a los Apóstoles como colaboradores, sino como seguidores. Pido al que lee la máxima atención, ya que creo que aquí se encuentra la raíz podrida de la traición de Judas, y de todas las traiciones de todos los cristianos.

Jesús llamó, y sigue llamando, con estas palabras: -Si quieres ser de los míos, niégate a ti mismo toma tu cruz, y sígueme. Éste es el trato; y no hay otro ni puede haber otro. Cuando se ha aceptado conscientemente, y luego se incumple, aparece la traición.

Jesús ha sido el único hombre que no ha necesitado (ni necesita) colaboradores para SU obra, sencillamente porque es Dios y se basta a sí mismo. Él solo venció al mundo, antes incluso de su Pasión y Muerte, como nos lo dejó dicho formalmente con palabras salidas de su boca. Entre los que aparecemos en este mundo vencido por Jesús (y por un exceso de su generosidad y de su incomprensible amor por esta miseria que somos los hombres) Él grita de día y de noche, sin descanso, a todas horas, y llama a los que quieran dejar la esclavitud de los vencidos, y quieran seguirle en su carro triunfal. Por pura generosidad, por don gratuito,... ¡por Gracia!

La primera condición que nos pone a cada uno no puede ser más normal: Negarme a mí mismo, que soy una pura negación, empezando por mi propia vida, que en ella misma no es más que una agonía y una muerte. Negar mi negación es la única manera posible de que yo pueda entrar (por aquello de que: dos negaciones afirman) en el reino de la Luz, de la Verdad,... de todo lo positivo, que solamente puede residir en Dios y en su comunicación.

La traición de Judas, como hombre, fue el no respetar el trato que Jesús estableció con él, de negarse a sí mismo. Él seguía poniendo sus sueños mesiánicos, sus elucubraciones, su talento, su “vista”,... por encima de Jesús, y puede decirse en verdad que, aunque iba con Él, no le seguía. Judas se seguía a sí mismo. Y no podía ir a parar más que al fin desastroso que todos conocemos.

Judas quiso colaborar con Jesús, y aquí radicó su pecado. ¡Qué paradoja! ya que el mismo Jesús nos da como único mandamiento (el suyo, el Nuevo) que colaboremos por amor los unos con los otros, y en esto radica la “marca” de los suyos. Y nos manda que no sigamos a nadie, ni como padre, porque no tenemos más Padre que el que está en los cielos, ni como Maestro, ya que no tenemos otro Maestro que Él. O sea: que hemos de colaborar con todos los hombres, menos con el Hombre-Dios. ¿Quién podrá negar que esto es de una grandiosidad y de una armonía inmensas?

La colaboración con otro puede tomar dos direcciones, que son: de arriba a abajo, y de abajo a arriba. La primera forma aparece cuando aquel con quien colaboramos es más poderoso que yo, y procuro que ponga su poder a la disposición de mis designios, y la segunda es cuando yo me considero superior al otro y quiero que sus designios se sujeten a mi “talento”. Ambas son recusables, y son causa y origen de casi todas las disensiones y disgustos (y sobre todo, “desengaños”) que surgen de las colaboraciones entre los hombres. Existe una tercera forma, maravillosa, que es la que viene presidida por el “Espíritu de Sacrificio”, pero no es este el lugar para explicarla ni para fijarnos en ella, ya que estuvo totalmente ausente en el caso de Judas. Éste quiso colaborar con Jesús en ambas formas nefastas: pretendió que el poder taumatúrgico de Jesús se manifestara cómo y dónde Judas planeaba, y creyendo su “vista” superior a la de Jesús, quiso imponerle su “plan” en la forma que sabemos.

Ahora ya podemos precisar la cuestión en términos más categóricos, y decir: Judas traicionó su Bautismo. Ya que el Bautismo cristiano exige, por parte del bautizado, la decisión firme y el compromiso solemne de negarse a sí mismo, abrazarse a su cruz, y seguir a Jesús, y por parte de Jesús la promesa (que se hace la realidad más tremenda y escalofriante del Universo) de introducirle en su Amor y en el del Padre, que toman como morada el corazón del bautizado, infundiéndole, con la Gracia, las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Amor divino, al tiempo que se recibe el Espíritu Santo con sus dones.

Después de un Bautismo “serio” estas relaciones del hombre con Dios pueden desarrollarse de diversas maneras, y no por “culpa” de Dios, que es siempre fiel, sino por culpa del hombre, que no lo es.

El bautizado puede tomar la actitud correcta de negarse a sí mismo y de no negarle nada a Dios. La traición al Bautismo se produce cuando el bautizado afirma algo “suyo” y lo antepone a lo de Dios. Éste fue el caso de Judas, no queriendo seguir el camino de Jesús, antes bien intentando que Jesús siguiera el camino de Judas.

Aquí podemos preguntarnos cuándo y cómo los Apóstoles recibieron el Sacramento del Bautismo, si es que lo recibieron. Sabemos muy bien que Jesús les mandó que bautizaran a otros, y sabemos que lo cumplieron. Pero referente al Bautismo de los Apóstoles no nos dan ninguna precisión los Libros Santos.

Sabemos que Jesús recibió el Bautismo de Juan, pero no sabemos si lo recibió alguno de los Apóstoles, o todos, o ninguno. Sabemos que los discípulos de Jesús bautizaban al otro lado del Jordán (y que Jesús no bautizaba) pero nos faltan precisiones para saber qué clase de bautismo era aquel. Sabemos, sí, que estas prácticas de inmersión en el agua estaban bastante extendidas, y tenían siempre un sentido de purificación (como los lavatorios de los judíos) y un propósito de nueva vida, pero nada más, todo era puramente simbólico.

El Bautismo Cristiano nos hace nacer a la vida (con mayúscula que es la Vida de Dios), mediante el agua y el Espíritu, como dijo Jesús a Nicodemo, y esto se realiza simultáneamente. No es ninguna exageración el suponer que los Apóstoles recibieron alguno de aquellos bautismos de agua, como también es cierto (seguramente) que recibieron de alguna manera el Espíritu cuando después de haber escuchado el Sermón del Monte, dejándolo todo le siguieron.

Fundamentalmente, el Bautismo cristiano implica por parte del bautizado consciente la disposición y la decisión firme de buscar a Jesús y no buscarse a sí mismo, de seguir a Jesús y no seguir las propias apetencias y fantasías. La fidelidad y el cumplimiento de estas decisiones y de estos compromisos va tejiendo, día a día, lo que denominamos vida cristiana, que no es mi vida en Cristo, sino la Vida de Cristo en mí. Dos cosas muy diferentes, tan diferentes como la cara y la cruz.

Veamos ahora el papel que jugó la inteligencia en la traición de judas. Yo no me atreveré a decir que Judas era eso que ahora denominamos un intelectual. No existe ningún fundamento sólido para afirmarlo ni para negarlo.

Lo que para mí está fuera de duda (ya lo dije antes) es que Judas, por una parte, era el que cavilaba más de todos, y el más instruido en la Sagrada Escritura, por otra parte. “A priori” parece que esto debía constituir un tanto a su favor. Fijémonos un poco en esto, ya que aquí se presenta algo semejante a lo que considerábamos sobre la diferencia que va de seguir a hombres y seguir a Jesús, y de colaborar con hombres y colaborar con Jesús.

La inteligencia, este don que Dios ha hecho al hombre, le permite conocer y dominar la creación, y debería permitirle conocerse a sí mismo y dominarse. Para estas funciones todo lo que se use y se perfeccione la inteligencia será siempre poco. Lo que llamamos Progreso es fruto de la inteligencia

humana, y sería mucho mayor si no fuéramos tan estúpidos. Pero ¿qué diremos de la inteligencia del Hombre-Dios? ¿Será, quizá, como la inteligencia humana, pero en un grado mucho más elevado? Quiero decir si la diferencia entre la inteligencia de Jesús y la de los hombres será solamente cuestión de cantidad y no de calidad. ¿O no será de otro orden?

Por poco que se estudie el tema (estudiado ya desde muy antiguo) hay que aceptar esto último como única solución, la inteligencia de Jesús, por ser divina, es de otro orden, y está infinitamente por encima de la de los otros hombres, que no la niega, pero la deja muy atrás. Pasa lo mismo que con el Decálogo y el Mandamiento Nuevo.

La inteligencia puramente natural nos dice que el otro es el otro, y basta. Todo lo más que llegará es a considerarle como un semejante. Sin negar nada de esto, viene la inteligencia de Jesús y nos enseña que el otro es Jesús, y que lo que hagamos (o rehusemos) al otro, es al mismo Jesús a quien se hace (o rehúsa), y el cristiano, sin negar que el otro es el otro, afirma que el otro es Jesús ¿Qué porque lo afirma? Porque Jesús lo afirmó antes. Y no hace falta más... si Jesús es Dios.

Comprendo que esto es fuerte para los que dan la primacía total a su inteligencia. Y lo comprendo porque yo mismo he vivido bastantes años negándolo. Hasta que caí del burro. El hecho es que la escasa inteligencia de los hombres, tan deformada por las malas pasiones, es la que preside la marcha del mundo,... que va como va.

Los actos externos del culto, una cierta moralidad (no matar, no robar...) todo esto puede y debe aceptarse por una inteligencia normal. Pero ¿negarme a mí mismo, y además, de verdad? ¿Aceptar en serio la muerte bautismal para entrar en la Vida? ¿Poner la mejilla derecha cuando te golpean la izquierda? ¿El cristianismo como pueblo de pobres, de humildes y de sacrificados? Pensemos por un momento, si podemos en una sociedad humana (grande o pequeña, es igual) en la que los criterios corrientes de la mente humana vinieran sustituidos por los criterios sobrenaturales cristianos, teniendo como Código el Sermón del Monte, que es lo que más choca con nuestra pobre inteligencia...

No, estas cosas que presentaba Jesús no podían ser. La inteligencia judaica de Judas (tan actual) no lo podía aceptar, y lo que convenía era que él (Judas) lo arreglara. Para esta tarea contaba con el punto fuerte de su inteligencia. Entre Jesús y él harán cosas grandes, si Jesús es dócil y se deja llevar por él, que sabe le que se hace.

Y la luz divina de los ojos de Jesús, ¿no la vio nunca Judas? No, no la vio nunca, porque nunca le miró a los ojos. ¡Ah, sí se los hubiera mirado...!

Los que se tienen por sabios no miran nunca los ojos de quien les habla, o de los que pasan a su lado. Lo miran (mejor dicho: lo escrutan) todo, menos los ojos. No es que no miren nunca los ojos, lo que quiero decir es que no miran los ojos mirándose mutuamente los ojos. Miran los ojos como miran la boca, la nariz, o la corbata: de refilón. Cuando uno se siente mirado en los ojos, desvía su mirada a otro lado, porque produce cierta desazón, como de reto, porque es incorrecto, dirán algunos,... pero en el fondo me parece que es un movimiento instintivo de defensa, por miedo a que me vean el alma.

Los ojos se miran a las personas con las que se quiere entrar en comunión, los niños son seguramente los más descarados para mirar los ojos de quien sea. Las personas poco complicadas también se quedan absortas mirando los ojos de otras personas. Recuerdo el caso (harto conocido) del campesino iletrado que se pasaba horas enteras ante el Sagrario. El Párroco estaba muy extrañado, pensando en qué coloquios o en qué meditaciones haría aquel analfabeto, que no sabía nada de nada.

Hasta que un día no pudo abstenerse de preguntarle:

-¿Y qué le dices al Señor cuando estás ante el Sagrario?

-Oh, le contestó, como decimos, no nos decimos nada, yo le miro y Él me mira...

Aquellas horas de la Virgen con Bernardita, en Massabielle, tan parcas en palabras, mirándose, mirándose,...

Judas quería “comprender”; quería saber a dónde se encaminaba aquel “tinglado”, y todo lo refería a su obsesión. Miraba el suelo y los pies de Jesús, sus manos y sus gestos, particularmente cuando hacía aquellos prodigios tan extraordinarios, para tratar de descubrir el secreto, y que le tenían entusiasmado.

Los otros once, menos complicados, miraban los ojos de Jesús que les miraba a ellos, y tampoco comprendían nada, pero sentían en su interior algo que no sabían que era, pero que les hacía patente la grandeza nunca vista de Aquel, y su propia pequeñez en relación con Él.

Y esto era suficiente, por entonces.

El que sabe que no sabe (la gran sabiduría) cuando escucha lo hace ciertamente con el oído, pero parece que escucha principalmente con los ojos, bien abiertos, mirando intensamente al que habla para no perder nada de lo que expresa. Es como un esfuerzo de todo el hombre para entrar en comunicación con todo el otro.

Pasa muy al revés con el que se figura que sabe (la gran estulticia) que cuando parece que escucha, lo que hace es escucharse a sí mismo, para poner “pegas”. Éste, apenas si escucha con las orejas, cerrando todas las demás puertas a la comunicación. Sus ojos irán mirándolo todo (sin mirar) menos los ojos de quien habla.

Judas no podía por menos de reconocer un poder nunca visto en Jesús. Esto era evidente. Pero para él no era menos evidente que Jesús estaba poco instruido en la Ley, de lo contrario no habría dicho muchas cosas de las que decía. Y era poco decidido para ir al grano. La tragedia, para Judas, era el pensar que, excepto los milagros, él entendía el asunto mucho mejor que Jesús. ¡Ah, sí Judas hubiera dispuesto de aquellos poderes maravillosos, que poco se habría hecho esperar la implantación del Imperio de Israel!

¡Pobres ojos de Judas, que no sabían mirar más que a sí mismo!

LA EJEMPLARIDAD El Verbo del Padre se encarnó una sola vez, y fue suficiente para la redención de todos los hombres y de todos los tiempos. Los hechos y las palabras de Jesús se produjeron una sola vez y permanecen eternamente. Aquella muerte en la Cruz fue para mí, y yo no he necesitado una muerte especial de Jesús para mí sólo. Lo que se consigna en el Nuevo Testamento es definitivo, y basta que se haya escrito una sola vez para que tome un sentido de ejemplaridad perdurable.

La estremecedora muerte de Ananías y de Safira, fulminados por el pecado (al parecer tan leve) de retener algo en su simulado don total a Jesús tuvo lugar una sola vez, y no se ha renovado jamás.

Muchos han renovado, después (seguramente) la fechoría de pretender engañar a Dios engañando a los hombres, para ser tenidos por virtuosos, y a nadie le ha pasado nada. Pero, quien pueda entender, que entienda. El hecho está consignado en el Libro, y permanece vigente y actual, aunque después no se haya repetido ni una sola vez.

Lo mismo pasa con Judas. Hemos cargado su figura con colores siniestros de perversidad, avaricia,... para tranquilizar nuestra conciencia, al comprobar que no nos parecemos a él en nada. ¡Atención! ¡Peligro!

El evangelista San Juan cuenta que Jesús en cierta ocasión hablando de los Apóstoles, dijo: - Uno de vosotros es un demonio. Y después dice que Satanás entró en el corazón de Judas el Jueves Santo. Esto, dicho así, y sin más referencias, puede dar lugar a diversas interpretaciones que también nos lleven a tranquilizar la propia conciencia, y eliminar cualquier semejanza nuestra con Judas. Pero si tenemos en cuenta que este Satanás es el mismo que tentó a Jesús en el desierto, induciéndole a que diera satisfacción a su carne (hambre), a la soberbia (haciendo milagros inútiles, para embobar al pueblo) y a la concupiscencia de los ojos (dominando el mundo); en una palabra: tentando a Jesús para que dejara de ser Jesús, y si después recordamos que pocos momentos después de que Pedro había sido designado por Jesús cimiento y cúspide de la Iglesia, se oyó decir por el mismo Jesús estas palabras inauditas: Apártate de mí, Satanás, que me escandalizas, porque Pedro quería convencerle de que padeciera menos y que dominara más, podremos percatarnos de algo.

Satanás entra en juego cada vez que se quiere modificar a Jesús para que la cosa salga mejor. Para este menester su arma principal es la racionalidad más exigente, que a unos le sirve (a Satanás) para que no se acerquen a Jesús, ya que estas cosas del Nuevo Testamento (sugiere) la razón no las puede aceptar, mientras que a los que se han acercado más o menos a Jesús, trata de distanciarles con el pretexto de que lo que sugiere es mejor, más seguro y más racional que siguiendo el criterio estricto del Nuevo Testamento. Una de las cosas en las que me parece que Satanás saca más ganancia, es cada vez que induce a los cristianos a que hagan con dinero aquello que Jesús no quiso nunca hacer con dinero.

Judas, pues, no fue más que uno de tantos huéspedes de este planeta. Lleno de suficiencia de sí mismo y de ambiciones, con una cabeza despejada y dándose cuenta de las cosas, creyendo en lo que se ve, y tratando de sacarle el máximo partido posible para situarse. Su gran desgracia fue la que hubiera podido ser su gran suerte: nacer en el día y en el lugar en que nació. Si hubiera nacido antes, o después, o lejos, su vida hubiera sido como la de cualquier otro “listo”. Pero se encontró con Jesús y le siguió. Y esto, que pudo llevarle a la cúspide de la historia y de la eternidad, si hubiera aceptado a Jesús tal como es, sin pretender perfeccionarle, fue el motivo de que aparezca y se haya convertido en el prototipo de la traición.

La traición de Judas fue una de tantas. Como la de Ananías. Su ejemplaridad no ha de buscarse en una dimensión descomunal y fuera de toda medida, sino en que fue una cosa corriente y al alcance de todos.



CAPITULO QUINTO

JUDAS Y YO

Al empezar este último Capítulo me es indispensable excusarme y justificarme.

Excusarme, por hablar en él de mí mismo, cosa que siempre es fea (al menos). Y justificarme de hacerlo así, porque yo sé el mal que hay en mí, pero desconozco (gracias a Dios) el mal que hay en los demás. En esta “colada” que voy a hacer me basta y sobra con mi propia ropa sucia. Pido, con toda la insistencia que haga falta, que no se busque ninguna referencia “camuflada” a nadie ni a nada, sino solamente al que ha escrito estas líneas.

La primera cosa que observo al registrarme por dentro, es que tengo una conciencia de bien y de mal espontánea, que debe ser lo que quiere decir los que afirman que Dios ha impreso su Ley Natural en el corazón de cada hombre, que se resume excelentemente en los diez Mandamientos que dio Moisés a los descendientes de Jacob.

Después de observar esta conciencia de bien y de mal que existe en mí (y no tengo ninguna razón válida para suponer que no le pase igual a cada ser humano) me doy cuenta en seguida de que esta conciencia de bien y de mal funciona de una manera irregular, diría que funciona con restricciones, para emplear una terminología muy actual en mi profesión de electricista.

Porque observo que tengo una vista muy fina (microscópica) para descubrir, magnificar y admirar las más leves partículas de lo que me parece que hay de bien en mí mismo, y me hace caer en una especie de éxtasis. ¡Ah, sí todos fueran como yo! Esta misma finura la tengo para descubrir y detectar el mal que hay (que me parece que hay) en “los otros”. Tengo la convicción íntima (casi una evidencia) de que si “los otros” se dejaran conducir por mí con docilidad, yo haría de ellos unos seres perfectos, empezando por el Papa y el Jefe del Estado y terminando por la Chacha del piso de abajo, y pasando por los Ministros, Prelados y todos los que mandan en mí. Y no digamos nada de la familia y de todos aquellos, sobre los cuales tengo alguna influencia, que son unos testarudos, que no se dejan guiar por mi gran bondad y talento.

El panorama de mi interior es exactamente lo contrario del que acabo de describir cuando se trata de ver el mal que hay en mí y el bien que hay en “los otros”. Es como si lo mirase con unos gemelos de largo alcance, pero poniendo el ojo en el objetivo grande. Todo resulta tan pequeño, tan lejano y tan despreciable, que ni vale la pena de fijarse en ello, ni de tenerlo en cuenta. Aquello mismo que encuentro tan mal hecho y recusable en los demás, cuando lo hago yo va siempre tan recargado de buenas intenciones y de justificaciones que no solamente es perdonable, sino que me aparece perfectamente digno de alabanza y lleno de méritos.

Ciertamente, el mecanismo de mi conciencia del bien y del mal existe en mí, pero funciona mal. Esto no tiene vuelta de hoja.

Lo que me conviene investigar es si el mal funcionamiento es con secuencia inevitable de la propia naturaleza del mecanismo, o si se trata de algo que se ha estropeado, pero susceptible de ser reparado para que pueda “pitar”. A lo mejor no es el mecanismo el que funciona mal, sino mi manera de mirar, que aplico el ojo al cristal grande en unos casos, y al pequeño en otros... y que sin darme cuenta, espontáneamente, mire por uno o por otro acular según la conveniencia inconsciente.

Como se trata de mi interior, donde no hay ni ojos ni anteojos, esta imagen ha de corresponder a unas realidades de otro orden. Yo diría que se trata de esta porquería que se denomina: amor propio. Pido, por favor, que se me permita fijarme un poco en esto.

El amor es (digamos) una fuerza que impele al hombre desde su interior a unirse (mejor dicho: a unificarse) con aquello que ama. Caben dos direcciones:

1ª Dándose el que ama a lo que ama. Un ejemplo típico es el de la buena madre con su hijito.

2ª Deseando el que ama a lo que ama. Y el ejemplo sería el hijito con la buena madre.

No es este un lugar adecuado para tratar de estos temas más que como referencia. Baste decir que el buen amor aparece siempre que el amante no tiene otro objetivo que el bien del amado, y se perfecciona cuando el amante y el amado se corresponden en este buen amor.

El otro amor, que llamaré amor de esquina (para designarlo de alguna manera) nos hace buscar y conseguir lo que amamos para el propio goce y provecho, mirando de dar el mínimo y conseguir el máximo. Este amor miserable es el que junta a los hombres en casi todas las relaciones humanas desde la O.N.U. hasta la prostituta y su “cliente”, pasando por las relaciones entre empresarios y trabajadores, entre tenderos y “parroquianas”, incluso en las relaciones del hombre con Dios por parte (me parece) de una gran mayoría de los que todavía nos parece que creemos en Dios.

Pero este amor no es todavía el peor. Este amor de esquina raramente debe ser “químicamente puro”, y en ciertos momentos y en ciertas ocasiones puede llevar mezcladas partículas de buen amor, que hasta lleguen a hacer el papel de levadura, si “la masa” no está demasiada agria...

La degradación total del amor es el amor propio, en el que el amante y el amado no ponen el ser uno como ideal, sino como punto de partida. En el amor de esquina, “los otros” todavía pueden tener la categoría de semejantes, pero para el amor propio los otros no pueden pasar de ser instrumentos de mi narcisismo.

Esta es, ¡infeliz de mí! mi situación interna: no amo más que a mí mismo. “Los otros” no son más que sombras fugaces que solamente me sirven para ponderar ante mí mismo mi propia excelencia. ¿Quién como yo?

Esto es lo que encuentro dentro de mí desde siempre, y que seguramente permanecerá hasta el postrer aliento. Pero no hace demasiados años que me he dado cuenta. Antes era igual, pero esto todavía me facilitaba una buena conciencia. Cuando encontré a Jesús en mi camino, su Luz me puso bien de manifiesto que yo, con mi amor propio, no soy más que una pila de estiércol. Y sigo siendo una pila de estiércol. Y lo seguiré siendo mientras viva.

Pero he aquí que el estiércol, que por su propia virtud (¡) no puede dar más que corrupción, cuando cae en él una semilla viva, en virtud de la vida de la semilla, pueden aparecer flores y frutos esplendorosos. Con una doble condición: que el estiércol esté bien podrido, y que esté bien mezclado a la tierra. No tengo por qué explicar este simbolismo, pues es demasiado claro.

Todo esto lo he aprendido, y lo sé, y lo sé explicar, y hasta lo puedo escribir en momentos de cierta lucidez. Pero el amor propio continúa, no puedo decir si más o menos, lo que sí puedo decir es que cada vez me duele más.

También descubrí, hurgando en la purulencia del amor propio, que no es seguro que “los otros” tengan las taras que yo les veo, pero que es segurísimo que las tengo yo. Por esto las veo. El que es inocente no ve más que la inocencia, y el que es turbio no ve más que porquería. De ahí que me esfuerce (no tanto como podría y debería hacer) en considerar a los demás como un espejo, en los que lo que veo es mi propia imagen reflejada.

Pero estos espejos no son todos igualmente “claros”, y los hay que dan la imagen más deformada que otros. Me parece que se pueden clasificar en tres grupos:

1º: - Los que conozco más o menos, que conviven y viven a mí alrededor. Siempre hay, entre ellos y yo, un conjunto de afectos, intereses, pasiones, reacciones, conveniencias,... que enturbian la transparencia.

2º: - Los hombres cuya vida notable se consigna en la historia y en las historias particularmente los Santos. La distancia y una información deficiente, pueden empañar (a veces mucho) estos espejos.

3º: - El prototipo, que es el Hombre-Dios. Lo que pasa es que tengo poca afición a mirarme en este espejo, en el que de manera tan clara y tan patente se refleja toda mi mugre.

El caso es, me parece, poder llegar a adquirir conciencia permanente de que mi vivir viene solicitado constantemente por dos corrientes antagónicas, que podrían expresarse así: Por una parte, Jesús, verdadero Dios, que por amor hacia mi infecta persona quiere ser todo mío... si yo quiero aceptarle tal como es; y por otra parte yo, que lo quiero todo para mí, pero reduciéndolo previamente a mi imagen y semejanza, incluso al mismo Dios.

Para mi uso personal encuentro en Dimas, el Ladrón, una fuente viva y permanente de confianza y optimismo ante el Amor infinito de Jesús; pero, ¡Cuidado! Judas de Keriot, el Apóstol, me recuerda constantemente que, como él, puedo traicionar al Amor, y acabar como él.

Por esto mi, ascesis no tiende a excitar a Jesús a que me ame y que me prodigue sus gracias, porque no hace falta, ya que Él está siempre dispuesto a darme mucho más de lo que yo podría pedirle, si no a que “no me deje caer en la tentación” de mis traiciones, teniendo en cuenta que las más peligrosas no son las más aparentes y monumentales, como la de Pedro, que su misma magnitud pone brutalmente delante de los ojos y uno ha de caer casi por fuerza en un baño de lágrimas, sino las más sutiles o insidiosas, las cargadas de lógica, de recta razón y Derecho Natural, como las de Judas, que a pretexto del Antiguo Testamento “bien comprendido” hacen traicionar al Nuevo.

Antes de entrar a establecer el catálogo de mis constantes traiciones, es indispensable enumerar la lista de las “fidelidades” a que me comprometí, ya que una cosa carecería de sentido sin la otra. Esto me obligará a fijarme por unos momentos en el punto central y decisivo de mi vida de cristiano: el Santo Bautismo.

En primer lugar hay que destacar que el Bautismo de los cristianos no es una versión actual de la circuncisión de los judíos (a la que el mismo Jesús se sometió). No, es algo absolutamente nuevo y diferente, aunque la grandísima parte de los bautizados crea que así como la circuncisión incorporaba al recién nacido varón al Pueblo de Dios, el Bautismo es algo por el estilo, que abre las puertas del cielo al que lo recibe, y poca cosa (o nada) más.

La manifestación directa y palpable de Dios en el mundo (en los tiempos históricos) comprende dos etapas perfectamente precisas y definidas, que son: antes y después de la Encarnación del verbo de Dios. En la primera etapa Dios puso de manifiesto principalmente (digo principalmente, no digo exclusivamente) su Poder, “Nuestro Dios está en el cielo, y todo lo que quiere hacer lo hace” dirá uno de los salmos. Dios es el Todopoderoso, pero todavía no es el Salvador; el Salvador vendrá después. La pedagogía de Dios con aquel pueblo de cerviz dura y rebelde, fue la que convenía: el pan y el bastón. Cuando no hacían lo que estaba mandado ¡palo seco! pero cuando cumplían fielmente, dominaban a los pueblos vecinos y los tenían bajo su yugo (que el mismo Yavé les mandaba que no fuese un yugo suave) tenían buenas cosechas y se hartaban de todo, tenían oro y plata en abundancia. ¿No se parece esto mucho a lo que denominamos las tres concupiscencias desde San Juan Evangelista para acá?

Referente al tener o no tener un alma inmortal, ningún Profeta habló nunca de ello en términos precisos y categóricos. El interpretar a los Profetas con las sutilidades con que lo hacemos hoy quedaba fuera del alcance de aquellas mentalidades, y la noción de tener un alma inmortal les habría complicado las cosas mucho más allá de lo que podamos imaginar.

Esta primera y elemental lección, de que Dios es Amo y Señor por ser Creador, necesitó mil quinientos años para que aquel pueblo pudiera aprenderla, puesto que cuando Jesús nació ya la habían aprendido, y en esto consistió, seguramente, la “plenitud de los tiempos”. Pero aquellas cabezas duras que con tanta pena y trabajo habían aprendido la primera lección, todavía no la habían aprendido del todo, ya que, pregonando a boca llena que el Dios de Israel lo podía todo, le negaron que pudiera hacerse hombre en la Persona de Jesús, y su gran blasfemia fue el acusar a Jesús de blasfemo.

Dios, pues, como Amo y Señor de todo el universo, después de unos tanteos con Abraham e Isaac, escogió a Jacob (Israel) y a TODA su descendencia como a su pueblo escogido, pero escogido violentamente; esto no puede olvidarse. El trato establecido era que sí ellos se mantenían esclavos (siervos) de Yavé, Yavé les haría amos y señores de los demás pueblos. La marca de los esclavos (como todas las marcas de esclavos), se hacía en la carne, y en el caso de los judíos solamente a los varones, en su parte más representativa, que es el prepucio. A las mujeres no era menester marcarlas, ya que por su nacimiento femenino eran esclavas de esclavos.

La circuncisión, pues, era la marca que Yavé había escogido para sus esclavos para que dieran testimonio de su poder (de Yavé) ante el mundo. Y poca cosa más. Quien quiera más precisiones sobre esto puede consultar la carta de San Pablo a los Gálatas, tan mantenida en el olvido.

Si la primera teofanía (manifestación de Dios) fue principalmente la de su Poder como Amo y Señor de un pueblo perfectamente delimitado, la segunda (la de Jesús) tomó un sentido totalmente diferente: fue la manifestación del Amor infinito de Dios, en la que el mismo Dios, por Amor, se hizo esclavo (servidor) de todos los que, libremente, quisieran ser su pueblo. La manifestación de Dios como Amor absoluto necesitaba fundamentarse en el escasísimo éxito de la fuerza, incluso cuando se trata de la fuerza del mismo Dios.

La prueba de la fuerza es definitiva cuando se vence y se mata al contrario. El mequetrefe David fue más fuerte que el gigantón Goliat, porque le mató. Pero en la Revelación cristiana Dios nos descubre que el Amor es más fuerte que la muerte. Ahora el más fuerte ya no es el que mata a otro, sino el que muere por amor. Esto no lo hubiera podido creer nadie si el mismo Dios no lo hubiera demostrado con hechos. Referente a estas cosas, las palabras por sí solas, aún dichas por el mismo Dios, me parece que yo no hubiera podido creerlas, pues están en contradicción con mi racionalidad. Pero ahora, al cabo de veinte siglos, hay que reconocer que ningún dominador ha dominado sobre tanta gente ni durante tanto tiempo como Jesús, sin otra arma que su Amor. Este hecho no lo verá aquel que no quiera mirarlo, o el que sea ciego total.

La Antigua Alianza afectó solamente a un pueblo, y por un tiempo limitado (ya que se trata de una manifestación limitada de Dios) y su “marca” era la circuncisión obligatoria para los descendientes de Jacob. La Nueva Alianza se estableció para todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares. Y esta plenitud corresponde a la plenitud de la manifestación, que ya no es la obra de unos “enviados” más o menos idóneos, sino la manifestación del mismo Dios, en la Persona de Jesús.

La Iglesia reúne (debe reunir) a todo el Pueblo de Dios, pero la Alianza ya no es por la sangre de los padres, sino que en Pentecostés se selló la Alianza con la Iglesia mediante la efusión en ella del Espíritu Santo, y después Jesús la establece individual y personalmente con cada nuevo ciudadano de su Reino. El acto trascendental en que cada uno “firma” la Nueva Alianza es el Santo Bautismo, y su nota distintiva es la libertad.

El hecho de que ahora se bautice a los infantes en unas circunstancias que tanto se parecen a la circuncisión, no contradice nada de lo que acabo de afirmar, y no es el lugar adecuado para demostrarlo.

Para poder administrar el Santo Bautismo la Iglesia exige previamente que el bautizado acepte a Jesús como Hijo de Dios, igual al Padre, con todas las consecuencias, entre las que se destaca la renuncia a Satanás, a sus pompas y a sus obras. Esta expresión, (como veo por propia experiencia y por lo que observo a mi alrededor) se toma únicamente como una fórmula mágica que abre las puertas del cielo, pero que no compromete a nada, fuera de portarse como persona decente y asistir a ciertos actos rituales, cuyo sentido profundo no interesa más que a los “especialistas”. El Bautismo se toma como una “ganga” que no cuesta prácticamente nada, y que ofrece sus ventajas, no solamente para la otra vida (que tiene poco interés mientras se esté en ésta) sino también en este mundo. Hay que bautizar a los recién nacidos, pues lo contrario está mal visto, ya que siempre se ha hecho así, y para evitar complicaciones a la criatura el día de mañana...

Aunque en seguida me referiré detalladamente a las traiciones de toda mi vida, he de referirme aquí, aunque sólo sea de paso, a mi Bautismo, que recibí como todos los críos en agosto de 1897. Debió celebrarse la consabida chocolatada y ya no se pensó más en ello. El hecho es que apostaté a los diez y ocho años. Pronto contaré las vicisitudes de los siguientes diez y ocho años, baste consignar ahora que caí en un escepticismo religioso total, después de haberme abrevado en todas las fuentes y naufragado en

todas las playas.

Hasta que tuve treinta y seis años no empecé a interesarme por aquel Gran Desconocido, que para mí era Jesús. En seguida ganó mi voluntad, y el corazón se me iba hacia Él. Pero, como Judas, yo no podía aceptar que un hombre, por extraordinario que fuese, pudiera ser Dios, con todo lo que lleva consigo la noción que los hombres nos hemos hecho de Dios a lo largo de los siglos. No, no podía ser.

La atracción de Jesús por una parte, y la repulsión de mi inteligencia por otra, dio lugar a una lucha agotadora que duró unos ocho meses, y me tuvo en una situación que me figuro que únicamente puede conocer quien la haya pasado.

El empujón decisivo que me hizo caer de rodillas me lo dio San Agustín al hacerme entrever la humildad de corazón de Jesús. Aquello fue decisivo. Aquella maravilla no habría podido salir nunca de ningún hombre, por extraordinario que fuese. ¡Jesús era Dios! ¡Jesús ES Dios!

Fue un deslumbramiento que trastornó toda mi vida, a pesar de que externamente hubiera poca variación. Todo tomaba un sentido maravilloso y nuevo, tanto las cosas grandes como las pequeñas.

Pero hubieron de pasar otros diez y ocho años para llegar al descubrimiento culminante de mi Bautismo. Durante estos años me esforzaba en no pecar y practicar las virtudes, en instruirme religiosamente, dedicándome a tareas apostólicas, era considerado y apreciado por todo los que me trataban, lo cual yo tomaba como justo premio a mis desvelos por la buena causa, con una buena conciencia que ahora me da asco. No hay que decir que en esta etapa de mi vida pasé siempre de largo ante la repulsiva figura de Judas, contentándome con dirigirle unos cuantos insultos, como todo el mundo.

Sería demasiado largo (y demasiado personal) el contar como se produjo mi descubrimiento del Bautismo. Pero puedo decir que el punto de partida fue mi consternación ante la presente situación del mundo, motivada por la escasísima penetración del Espíritu de Cristo en la actual sociedad humana. Sería una blasfemia insinuar siquiera que la causa está en que pedimos poco a Dios que lo arregle Él, como si Jesús anduviera distraído o desganado, y hubiera que “jalearle” para que no se desentendiera de los hombres que tan alto precio le hemos costado. Lo que falta no son tantos coros de voces que digan: ¡Señor! ¡Señor! si no cristianos que hagan la voluntad del Padre. Esto es fundamentalmente lo que se pide en el Mensaje de Fátima, aunque con otras palabras. Y fue por este camino por donde llegué a descubrir el Bautismo.

El Bautismo cristiano es la maravilla más maravillosa del mundo. Todas las otras maravillas salieron de la voluntad de Dios, y no se necesitó nada más. Pero para el Bautismo no bastaba la voluntad de Dios para que pudiese ser una realidad, si no que fue necesaria su Presencia personal y operante en la forma que sabemos que se realizó la Encarnación y la Redención: y se comprende que fue así, ya que el Bautismo es la continuidad histórica de la Encarnación y de la Redención.

El Bautismo no es solamente un signo y un símbolo, sino un HECHO de una trascendencia única, que lo sitúa en el centro de la historia de cada bautizado, y en el centro de la historia de la Humanidad.

La circuncisión también era un hecho, incluso más aparente, ya que llevaba consigo la efusión de sangre. Pero ¡qué diferencia! La circuncisión era la entrada “marcada” y obligada en el pueblo del temor de Dios, mientras que el Sacramento del Bautismo es la entrada plena, consciente y libre en el Mundo del Amor de Dios.

Por el Bautismo (se nos dice en el Catecismo) se nos cura la llaga del pecado original, y por la Gracia que se recibe se nos infunde la vida de Jesús, que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo. No puede negarse que esto se repite constantemente (con su cantinela “ad hoc”) hasta que quede bien fijo en la memoria... de los niños. Yo fui uno de tantos. Pero tampoco puedo negar que toda esta parrafada me dejó perfectamente indiferente, y en esto no creo que yo fuera una excepción infantil. Quiero decir que estos altísimos conceptos no influían para nada en las decisiones de mi voluntad. Y es que, presentado el Bautismo así, da la impresión de que Dios lo hace Él todo, como disponer la salida del sol cada mañana, y el bautizado lo único que debe hacer es dar gracias a Dios por la “ganga”. ¡Y ya está! No hay que pensar más en ello.

El hecho es que el Bautismo es un contrato entre Dios y el Bautizado, en el que por parte de la divinidad se producen todos los dones y todas las maravillas de las que todavía se habla y se escribe (¡gracias a Dios!) y en el que por parte del bautizado han de realizarse ciertas condiciones... de las que no se habla.

Antes que nada, el catecúmeno ha de desear y solicitar su entrada en el pueblo de Dios que es la Iglesia. Para esto es indispensable saber previamente de qué se trata. Esto es lo que han propuesto siempre las “catequesis”, tanto las pre-bautismales en la antigüedad como las post-bautismales posteriores. Esto en cuanto al conocimiento de Jesús-Dios y del cristianismo. Cuando a este conocimiento se le junta el amor y el deseo, ya se está en buenas disposiciones para recibir el Sacramento. ¡Y nada más!

Falta algo importantísimo, que todos los teólogos lo saben teóricamente, pero que no trasciende al orden práctico y vital, y que yo no he descubierto hasta hace pocos años, y ha trastornado todas mis perspectivas.

Falta aceptar las condiciones que Jesús tiene establecidas. Darles, con todas las consecuencias, el propio “Fiat”, con plena libertad de espíritu, sin coacciones físicas ni morales, con pleno sentido de la propia responsabilidad y sabiendo a que se compromete uno.

Sabiendo que el Bautismo, que ciertamente es un contrato, no es como los demás contratos, en los que se ceden ciertas cosas a cambio de otras cosas que se reciben, sino que es contrato de una naturaleza tal que lo hace “único”, ya que lo que se da y lo que se recibe no son cosas, sino que es la Vida (con mayúscula) y es la muerte.

En el Bautismo Jesús se me da Él mismo, que es la Vida, a cambio de mi muerte mística. ¿Qué es esto de la muerte mística? Me parece que se puede comparar, por oposición, al suicidio. El que se quita la vida física lo hace así porque está convencido de que su vida es una negación de lo que él quería que fuese. Ya está harto de soportarla y “liquida el negocio”. Hay una contradicción entre la vida que vive y la vida que desea; y está seguro de que la vida que vale, “la buena” no es la que vive y por esto la elimina. Ofrece un nuevo sacrificio humano al ídolo de la soberbia.

En el “suicidio místico” también aparece una contradicción entre dos vidas, pero en lugar de eliminar la vida física lo que se quiere matar es la concepción orgullosa que se tiene de la vida, en la que todo se refiere al YO, poniendo en su lugar a Jesús resucitado, con su maravillosa y sobrenatural

concepción de la vida humana y con el poder de su omnipotencia.

Y así como el suicidio físico es el acto más cobarde a que puede descender el hombre, pues su víctima es la más indefensa que puede darse, el suicidio místico, en cambio, es el acto más heroico que exige más valor; tanto, que ni se podría tan solo pensar en ello si no se contara con el poder de Dios. El “enemigo” está en unas condiciones de defensa y de ataque excepcional, ya que mi YO lo llevo siempre conmigo y no puedo desentenderme de él nunca, ni de noche y de día, con sus tendencias, concupiscentes que siempre están aliadas con mi cuerpo, con mi memoria, con mi entendimiento y con mi voluntad. La victoria no se consigue con la muerte del YO, sino derribándole de su pedestal situado en el centro del Universo, para poner en su lugar a Jesús; y en vez de pretender que todo el universo me sirva a mí, servir yo a Jesús en armonía con todo el universo.

Para el no bautizado (y para el bautizado inconsciente) la vida sobre la tierra es un estado agónico permanente: Si definimos la agonía como el tiempo y la situación que precede a la muerte, no hay duda de que la agonía empieza exactamente en el momento de nacer y respirar el primer aliento. El planeta lo pueblan una multitud inmensa de agonizantes que buscan desafortunadamente (como a “sumum bonum”) vivir en una dulce agonía: no sufrir, con todos los “calmantes” posibles, que no les contraríen en nada y que se atiendan todos sus gustos, una “buena posición”, no pensar en nada desagradable, que no se les moleste para nada, que todos acudan al más leve deseo...

Los bautizados conscientes son la excepción. La agonía terminó con la muerte bautismal. Desde entonces, si los fieles, ya no viven ellos, sino que es Cristo quien vive en ellos. La muerte física ya no será más que un incidente, indispensable para la resurrección física.

Todo esto parece una pura fantasía que no puede pisar nunca tierra firme, y que nadie puede tomar seriamente para hacer de ello la norma de su vida. Pero es una consecuencia inevitable de un hecho que, ahora, es para mí evidente, evidéntísimo: Jesús es Dios. Y si el hecho de que Jesús es Dios me obliga a creer todo esto, el hecho histórico constante de la existencia de unos santos me muestra claramente que todo este “tinglado” no es solamente una teoría maravillosa, sino una práctica más maravillosa todavía. Todo depende, pues, no tanto del don de Dios, que si bien es cierto que hace lo que quiere, no es menos cierto que se da a todos sin medida y sin reservas, sino de la autenticidad del suicidio místico de los bautizados.

Ahora quiero hacer un ligero inciso para salir al paso de los que quisieran ver una crítica al Bautismo de infantes en todo lo que acabo de escribir. De ninguna de las maneras.

En primer lugar, estas páginas no son el lugar adecuado para una polémica de esta clase. Y en segundo lugar, yo no tengo el menor afán de polémica. La Iglesia no hace nada arbitrariamente, y existen muchas razones válidas que aconsejan esta práctica, que no desmiente nada de lo que he dicho.

Si la Iglesia bautiza a los recién nacidos es porque hay unos padres y unos padrinos que responden de la futura “conversión” del bautizado; o sea: que éste aceptará la muerte mística libremente y con pleno sentido de lo que hace, y de la responsabilidad que contrae, cuando tenga la edad propia para hacerlo.

Yo agradezco de todo corazón el servicio que me hicieron los que intervinieron en mi Bautismo, particularmente por el “carácter” indeleble que imprimió en mí. Si alguno afirmara que se abusó de su indefensión, le diré que siempre es libre de seguir el camino que mejor le acomode, y quisiera que me mostraran un solo caso de una vida estropeada por este Sacramento administrado al nacer.

Y añadiré que, cuando se es adulto, es indispensable el renovar las promesas del Bautismo; pero no de una manera rutinaria y como algo que tiene muy poco sentido, si es que tiene alguno. En primer lugar, no se trata de unas promesas más o menos generales e imprecisas, como cuando uno promete a otro que le ayudará en lo que pueda, sino de una muerte que lleva consigo una resurrección.

Esto es así, y se acepta del todo, o se rechaza del todo, con todas las consecuencias. Aquí no hay lugar para “arreglos” ni para las medias tintas. Si en algún caso se puede hablar de “totalitarismo” con toda propiedad, es en éste. O se dan las gracias a los que le bautizaron a uno al nacer, como autores del mayor beneficio recibido y se sigue fiel en todas las consecuencias; o maldigo su memoria y me enfrento crudamente contra todos estos “timos” tan nefastos para la humanidad. O una posición o la otra. Ambas son claras, y la segunda, no solo puede ser honrada, sino honradísima; tan honrada que exija que Dios haga un milagro, como en el caso de San Pablo. Se puede estar equivocado con toda la buena fe: y la buena fe es (no olvidemos) la primera condición para la fe. Lo que provoca el vómito del mismo Dios es la actitud del que no quiere comprometerse diciendo sí, o diciendo no; el que no es frío ni caliente.

Cuando descubrí que toda (TODA) mi vida de cristiano (en realidad no tengo otra) era una consecuencia de mi Bautismo, todas las perspectivas cambiaron.

En los dieciocho años que siguieron a mi (digamos) conversión, me parecía que el Cristianismo me exigía un mínimo, y que el sobrepasarlo ya era de mi generosidad con Jesús; que podía hacer actos “meritorios”; que me tenía que ir “perfeccionando” en la virtud, que yo podía dar “buen ejemplo” a los demás, etc. no dándome cuenta de que en todo esto todavía era mi YO el que erguía la cabeza, ya que el HECHO Bautismal estaba completamente ausente de mi mecanismo mental. Yo quería amar y servir a Jesús cada vez más y mejor, y no me daba cuenta de que en toda aquella concepción Jesús y yo éramos exteriores el uno al otro, y hasta en los momentos de la Comunión sacramental yo creía que era Jesús el que entraba en mi interior.

Después de lo que se podría llamar mi conversión bautismal todo tomó otra dirección: y ya no fue cuestión de pecados y virtudes, de méritos y de faltas, ni de sacrificios, mortificaciones, generosidades... todo quedaba reducido a dos polos antagónicos: fidelidad y traición.

Fidelidad o traición al compromiso sagrado (y sacramental) de no vivir más la vida agónica que maté en el bautismo para vivir la vida esplendorosa de Jesús resucitado. Si soy fiel y vivo la Vida de

Jesús, ya no son exteriores el uno al otro, sino que la fidelidad me sitúa en su mismo corazón inmenso. Y la comunión sacramental es el gran viático para que yo pueda entrar dentro de Él, y no Él dentro de mí, como yo creía antes. Pero anda por medio mi libertad; mi maldita y bendita libertad, que Jesús respeta hasta lo inconcebible. Esta libertad que me permite entrar y fundirme en el corazón de Cristo cuando soy fiel, o salir y vivir por mi cuenta cuando traiciono mi Bautismo. Y si soy fiel siempre (en verdad) digo: -Que se haga tu voluntad, que es Vida, y no la mía de agonizante. Y traiciono siempre, siempre que (diciéndolo, o sin decirlo) hago mi voluntad y no la de Jesús.

Claro está que hay infidelidades y traiciones mayores y otras más pequeñas. Pero, ¿qué utilidad podrá tener entretenerse en calibrar sus dimensiones? La pestilencia de los excrementos no es menos repugnante en los gramos que en los kilos. La traición al Bautismo en las cosas leves aún aparece más asquerosa, pues significa un desprecio del don de Dios a cambio de casi nada. ¡Qué bien comprendo ahora las exclamaciones de algunos Santos ante ciertas infidelidades tuyas que antes me parecían sin importancia, y sus gemidos desorbitados!

Creo que llega el momento de fijarnos en la objetividad de las fidelidades y las traiciones. Claro está que no se refieren directamente a los Mandamientos que Moisés dio al pueblo israelita en nombre de Yavé. Para el bautizado consciente ya no es problema el decir si ha de matar o no; o el adulterar; o el robar... esto queda muy atrás, a la misma distancia que va del Viejo Testamento al Nuevo.

Ahora la opción es entre la Ley Natural y la Ley Sobrenatural. Que no es una opción entre el bien y el mal (como era con el Decálogo), sino una opción entre lo bueno humano por una parte y lo sobrenatural por otra. La legítima defensa es buena en el Derecho Natural, pero el Derecho Sobrenatural manda ofrecer la otra mejilla. Así como manda amar y hacer todo el bien que se pueda a los que me persigan y maltraten. La cosa no puede ser más clara: el Derecho Natural está hecho por y para agonizantes que sitúan el máximo bien en alargar lo mejor posible la agonía, mientras que el Derecho Sobrenatural es para muertos (al mundo) que viven la vida de Jesús resucitado. Y tan absurdo es pretender que los agonizantes “profesionales” quieran aceptar el Derecho Sobrenatural, como la pretensión de que tengan por válido el Derecho Natural los que quieran vivir únicamente la vida de resucitados en Jesús. El Bautismo (con todo lo que es y lo que representa) es la única “clave” para descifrar tantas confusiones como hay en estos asuntos.

La fidelidad y la traición a Jesús ya se van aclarando. La fidelidad, según palabras del mismo Jesús, consiste en negarse a sí mismo (muerte mística bautismal) y seguirle, llevando la propia Cruz.

Fijémonos un momento en esto último: la cruz. Antes de la resurrección de Jesús solamente había una clase de cruces: las dolorosas. Incluso la del mismo Jesús. Y así siguen siendo todas las cruces que arrastran los condenados a muerte que pululan por la tierra. Que son todos los no bautizados y los bautizados inconscientes: Y toda la “mano izquierda” de los agonizantes consiste en encontrar cirineos, y todo lo que denominamos cuestiones sociales procede de esta raíz. Pero la Resurrección gloriosa de Jesús (porque ES Dios) lo trastornó todo, y en este TODO podemos incluir en primer lugar la cruz, que de dolorosa pasó a ser gloriosa.

La cruz que llevan los bautizados, mientras son fieles a su Bautismo, ya no es la que llevó Jesús camino del calvario, pues ésta ya la llevó Él por todos los “suyos”, y agotó sus agonías de una manera escalofriante; sino que la cruz que llevan es la misma que lleva Jesús, como trofeo de su Victoria, sentado a la diestra del Padre.

La diferencia entre la cruz dolorosa y la cruz gloriosa está en la disposición íntima del que la lleva. Cuando rehusó la cruz, por el amor que me tengo a mí mismo, justificándome en el Derecho Natural que me asiste a tratar de esquivar cualquier dolor que incomode mi agonía, la cruz es amarga, y con frecuencia insoportable. De aquí el gran éxito de los “calmantes” físico y psicológico. Pero cuando acepto la cruz (la que sea) por amor a Jesús crucificado, y como don de Dios que me permite acercarme más y más al Amado entonces la cruz todavía conserva su sabor amargo, pero sucede algo que se parece a lo que pasa con el cacao, que tomado solo es insoportable, pero que con azúcar forma esto tan agradable que llamamos chocolate. El chocolate contiene todo el amargor del cacao, todo, pero no solamente es tolerable, sino atractivo en sumo grado. Claro está que esto no es más que una semejanza puramente material, pero quizá pueda ser un incentivo para quien no haya saboreado nunca el chocolate exquisito que forma lo amargo de la cruz aceptada, junto con el dulzor que pone Jesús cuando viene y carga con ella.

Pero todo esto no se puede explicar ni se puede comprender, como no se puede enseñar ni se puede aprender; como el sabor del chocolate, que nadie sabrá nunca como es si no lo prueba. No es cuestión de sabiduría, sino de vivencia al alcance de todos; y más al alcance de los que más sufren. Este es uno de los espléndidos milagros de Jesús sigue obrando sin interrupción y si no se repite con más frecuencia no es porque Él haya “aflojado” en su poder de hacerlo, sino porque los hombres somos tan bestias que no nos acercamos a pedirlo. Nos fiamos mucho más de la Ciencia, ¡imbéciles!

La “fórmula” de la fidelidad dada por Jesús y transcrita unas líneas más arriba, junto con el aceptar la cruz habla de seguirle. Estoy seguro de que esta palabra, como todas las suyas, es de la máxima importancia, y aunque ya he hecho algunas referencias en Capítulos anteriores, no creo superfluo, ni mucho menos, fijar unos momentos la atención en ella.

Hay que destacar, en primer lugar, que para la implantación del Reino de Dios, Jesús no pide nunca colaboradores, sino seguidores. Para Él lo mismo cuenta el sabio que el ignorante, el opulento que el necesitado, el joven que el viejo, el hombre que la mujer... Y se comprende perfectamente que sea así: si no se trata más que de seguirle... la tarea constructiva en el Reino de Dios pertenece exclusivamente a Dios; los hombres no pueden pronunciar válidamente el nombre de Jesús si no es Él quien lo pone en nuestra boca.

No se puede pensar que la manera de seguir a Jesús propia de los bautizados conscientes se parezca en nada a la manera gregaria y estúpida con que el rebaño de reses sigue a su pastor. Si; ya sé que Él utilizó esta parábola, pero se refería a otros aspectos. Jesús no quiere que le sigan bestias, si no personas conscientes y libres. Estas dos palabras: conscientes y libres, me parece que marcan el sentido de “seguirle” que Jesús me pide. Vamos por partes.

En mis relaciones con los otros hombres, Jesús me manda (Mandamiento Nuevo) que colabore con todos, de hecho o de deseo; y no podemos olvidar que, en cristiano, los deseos tienen un poder fantástico, tanto para el bien como para el mal; y el que desea con mal deseo una mujer que no es la suya, ya ha adulterado. Amar a los demás como Jesús exige esta colaboración (de hecho o de deseo) que es la única manera que tenemos de poder actualizar el amor. Como contraste a esto, nos manda que no sigamos a ningún hombre, ni como padre ni como maestro, ya que los resucitados bautismales no tenemos más Padre que el celestial, ni más Maestro que el Cristo.

Pero en mis relaciones todo ocurre al revés (lo que me parece muy natural) y si me dice

constantemente que debo seguirle, ni una sola vez insinúa el menor deseo de obtener mi colaboración.

En las horas trágicas y grandiosas de la Pasión, once de los Apóstoles no hicieron otra cosa que seguir a Jesús, más o menos de lejos (me parece que más bien más que menos), y humanamente sentimos la tentación (yo he caído en ella por la mitad de este cuaderno) de acusarles de cobardes, e incluso de traidores, por no haber hecho ni siquiera un gesto de colaboración con Jesús perseguido y doliente. Pues bien; yo estoy totalmente convencido de que esto era lo que Jesús quería de ellos (ya que la Redención era una Obra exclusiva de Jesús) y está casi-fidelidad en seguirle y no hacer nada cuando no debían hacer nada, les puso en situación de poder paladear las alegrías de la resurrección de Jesús, primero, y la recepción inenarrable del Espíritu Santo, después. En cambio, el infeliz Judas, que quiso colaborar...

Esto no son juegos de palabras, no. Esto es de lo más grande que existe en el mundo. Los cristianos, tanto los católicos como los otros, tenemos demasiada tendencia a ser colaboradores de Jesús, y poquísima a ser seguidores. Y por esto las cosas van como van, que en vez de ser testimonios vivos de unidad y de unión, de paz, de amor y de justicia, lo somos de todo lo contrario.

¿Cual es la diferencia, pues, entre colaborar con Jesús y seguir a Jesús? Lo primero que hay que tener en cuenta es que la irrupción directa y personal de Dios en la Historia humana no fue un acontecimiento “mensurable”, que podía marcar un cambio (más o menos acusado) de dirección en el camino de la historia, no. Fue, y no podía ser de otra manera, un removerlo y renovarlo todo, ya que se pasó de la infeliz naturaleza humana caída a la sobrenaturaleza, con todos sus esplendores. El acontecimiento fue enormemente más importante que la misma creación del universo.

La naturaleza humana se debate, desde siempre, en una lucha entre el bien y el mal que hay en cada ser humano. Las armas del mal se resumen en la apetencia de las satisfacciones inmediatas que toda injusticia proporciona al que la comete (Platón pone en boca de Sócrates frases definitivas sobre este tema en su libro: “La República”) y las armas del bien son fundamentalmente dos: la razón, cuando busca la verdad, y la fuerza cuando implanta la justicia.

Pero contando únicamente con sus propias posibilidades, ni la razón humana puede alcanzar la Verdad, ni la fuerza humana es capaz de implantar la Justicia, porque tanto la razón como la fuerza andan siempre entremezcladas con las tres famosas concupiscencias. Pero si son incapaces para llegar al término, son perfectamente capaces para avanzar por este camino, como se ve que así ha sido por las dos muestras excelentes que llamamos: humanidades y técnica por un lado, y Derecho Natural por otro, en los campos del conocimiento, y de la justicia respectivamente.

Pero una cosa es saber y otra vivir. La gran experiencia histórica del pueblo de Israel fue ésta: Dios, mediante su poder, forzó a todo un pueblo a vivir según el Derecho Natural, y costó más de mil quinientos años de resistencia al poder de Dios, para que nos demos cuenta de que esto escapa al poder limitado de los hombres. Lo que los hombres podían descubrir con su razón en relación con Dios, y el derecho Natural en las relaciones humanas, pero que no se hubiera podido realizar (vivir) nunca, se llevó a cabo a la fuerza en el pueblo escogido. Claro está que Dios hubiera podido cambiar la naturaleza de los descendientes de Jacob, haciéndoles algo así como unos angelitos, pero esto habría sido una manera de “hacer trampa” y de rectificarse Dios a sí mismo. No; el hombre es como es, y es con este hombre con el que Dios quiso entrar en tratos directos, para su mayor gloria.

Precisamente en aquel pueblo, donde se daba culto al. Dios único y donde imperaba el derecho

Natural, es donde surge el Dios-Hombre, para que aparezca netamente el contraste entre lo natural y lo sobrenatural.

Jesús no niega que Dios es Uno, pero añade que Dios es Uno y Tres. Jesús no niega el derecho Natural (que se impone por la fuerza) pero establece el Derecho Sobrenatural basado en el Amor, que es la fuerza más fuerte de todas las tuerzas. Jesús no niega que el hombre sea lo que es y cono es, pero afirma que si el hombre se niega a sí mismo (muerte mística) puede llegar a ser hijo de Dios, integrándose místicamente con el mismo Jesús, Dios y Hombre verdadero. Todo esto no lo podían entender los que estaban seguros de que vale más ser cola de ratón vivo que cabeza de león muerto.

Los judíos querían (y quieren) un Mesías que colaborase con ellos en la implantación universal (por la tremenda) del culto al Dios Único, estableciendo, con mano firme el Derecho Natural, mientras que lo que Jesús quiere es que se le siga a Él para poderse integrar (como sea) en el Dios Trinitario, mediante la aceptación del Derecho Sobrenatural, fundamentado en las Bienaventuranzas y su Mandamiento Nuevo.

Se pretende colaborar con Jesús siempre que se pone etiqueta cristiana a lo que encaja bien en el Derecho Natural y la recta razón pero que Jesús dejó atrás en su Evangelio; por ejemplo, el valor reverencial del dinero. Se sigue a Jesús (negándose a sí mismo) cuando uno toma una resolución basada en la razón humana y en el Derecho Natural, pero se da cuenta que Jesús exige otra cosa y uno dice: -No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú.

La dificultad está en que para ir a Jesús y decidimos a seguirle, hemos de hacerlo impulsados por la propia razón (no tenemos otra) y aceptar que la propia razón natural carece de valor frente a la suya sobrenatural.

Con sólo razones y razonamientos esto no es posible, pero hay algo que se impone siempre a la razón, por sólida que parezca, y es la experiencia, el hecho. Por esto Jesús actuó (y actúa) de la manera que sabemos, para que creyeran en una palabra que está muy por encima de la razón, no en virtud de las palabras, sino de sus hechos . Después vendría la Gran Experiencia de la Resurrección de Pentecostés.

Hoy, mi situación (y la de cualquier otro) ya no es aquella tan precaria de los Apóstoles mientras Jesús vivió, que no sabían ni con quien trataban ni presentían nada de lo que iba a ocurrir. Hoy poseo el testimonio histórico de veinte siglos de cristianismo, junto con mi propio Bautismo, que ha sido mi Pentecostés. Pero esto (más o menos) es externo, y tiene menos fuerza, con tener mucha, que la experiencia personal. La experiencia palpable de la Verdad sobrenatural de Jesús, que cualquiera puede hacer, sea la que sea su situación, y que siempre está al alcance de su mano es esta: Mirar por un lado, lo que dicta la recta razón y el derecho natural para aquella situación (esto es: lo que haría un pagano decente) y ver por otro lado cual es el criterio evangélico para dicha situación, y dejar de lado la propia razón natural y el derecho Natural para seguir el criterio sobrenatural de Jesús. ¡Y a ver qué pasa! Esto es seguir a Jesús.

Generalmente nos tranquilizamos la conciencia cuando tenemos la seguridad moral de que nos movemos en la zona de la recta razón y del Derecho Natural, ilusionados (¡ilusos!) con que así seguimos

a Jesús.

Esta experiencia de dejar de lado los criterios decentes del “mundo” para seguir los súper-decentes de Jesús, no falla nunca. Cuando esto se hace de verdad, los resultados de orden íntimo son inmediatos, y se resumen en el gozo y la paz de Jesús la que Él trajo del Cielo a la tierra, y que los criterios buenos del “mundo” no pueden dar. Esta Alegría, este Gozo y esta Paz interna coinciden siempre externamente con una cruz gloriosa. Aquí entra en juego, de lleno, la octava bienaventuranza, que las resume todas.

En esto tan sencillo consiste el seguir a Jesús. Me doy cuenta de que solamente lo pueden entender (para vivirlo) los “pequeños” que no son otros que los Santos, pero que los SABIOS (los de la recta razón) y los PRUDENTES (los del derecho Natural) no podemos aceptar.

La trayectoria del bautizado consciente que sigue a Jesús nos la da Él mismo con esta sencilla y grandiosa fórmula: -Si permanecéis en mi Palabra, conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres. Aquí nos encontramos de nuevo con una aparente contradicción; ya que una condición previa para ir a Jesús es la libertad, sin coacción alguna. Y ahora resulta que hay que ir a Él libremente para poder llegar a ser libre. ¿En qué quedamos? La explicación me parece que puede encontrarse en la diferencia que va entre la libertad de los hijos de los hombres y la libertad de los hijos de Dios. Antes de la “conversión bautismal” la libertad es solamente negativa y puede negar incluso al mismo Dios.

No negar libremente que Jesús es Dios es la única cosa que Jesús pretendía de los Apóstoles antes de Pentecostés, ya que la libertad puramente natural no puede ir más allá. Y esto bastaba (y basta) para poder recibir el Espíritu de Amor y ponerse a seguir a Jesús: un seguir a Jesús que deberá durar toda la vida. Este no negar a Jesús (si no es una pura fórmula rutinaria labial) lleva consigo necesariamente el negarse a sí mismo, que es el primer paso para andar por su camino; y este Camino resulta que es el mismo Jesús. Esta negación de sí mismo (con la negación de los criterios “buenos” del mundo) y la no-negación de Jesús que se nos exigen para poder andar por el Camino, no son una declaración, o un gesto, que hay que hacer una sola vez y luego ya no hay que pensar más en ella, sino que se trata de algo permanente, que dura toda la vida y que hay que renovar constantemente, no solamente cuando se trata de cosas importantes (que son tan escasas), sino también en las medianas, en las pequeñas y en las minúsculas. Aquí juega nuestra libertad natural no negando sus Palabras para poder permanecer en ellas. A medida que se va andando por este Camino (que es Jesús) van en aumento los dones del Espíritu que procede de Jesús y del Padre, que son: Temor de Dios, Piedad, Fortaleza, Consejo, Ciencia, Entendimiento y Sabiduría, que nos introducen en la Verdad para llegar a la Libertad de los hijos de Dios al participar de la Libertad de Jesús, que vive en el corazón de los que le son fieles.

Puede parecer que todo lo que voy consignando en este Capítulo tiene poco (o ninguna) relación con el título que lo encabeza, pero he creído necesario hacerlo así como preparación a la parte más interesante, que ha justificado ante mis ojos al escribir este libro, con las múltiples repeticiones y reiteraciones que hay en él.

Hay que tener en cuenta los tres puntos siguientes:

1º.-La realidad última y profunda del ser de Dios-Trinidad es incomunicable, y únicamente la

conoce el mismo Dios-Trinidad.

2°.- A impulsos de su esencia amorosa, el Verbo se hizo hombre para revelarnos algo que sea suficiente para que los hombres podamos solidarizarnos con Jesús y por Él ir al Padre. Esta revelación parcial y suficiente está depositada en la Iglesia, de la que todos la recibimos, junto con los Sacramentos, permiten que la teoría de la Revelación se convierta en la práctica de la redención. Este depósito sagrado de la Iglesia es una constante que todo bautizado consciente acepta y afirma en su integridad, sin quitar ni añadir nada. Esto es lo que quiere indicarse (entre otras cosas) cuando en el “Credo” se recitan estas palabras: Creo en la Santa Madre Iglesia. Y la Iglesia, que es Cristo en la Historia, pide a los fieles como base y fundamento de su fidelidad, lo mismo que Jesús pedía a sus Apóstoles: que no nieguen nada de lo que Ella propone, enseña o manda.

3°.- Cada fiel que no niega nada de lo que la Iglesia propone enseña o manda, no por esto queda automáticamente al corriente DE TODO lo que la Iglesia propone, enseña o manda. Cada uno capta lo que puede. De manera que si, en cuanto a la actitud básica de no negar nada a la Iglesia todos estamos igual desde el Papa hasta el infeliz que emborriona estos cuadernos, prácticamente cada uno se mueve dentro de aquello que particularmente ha podido captar y asimilar del tesoro de la Iglesia. Puede decirse que cada uno vive su cristianismo no por espíritu rebelde, sino por imperativo de la propia limitación. Donde esto aparece más patente es en la floración maravillosa de particularidades individuales que se manifiesta en los Santos que veneramos en los Altares.

Si saco esto a colación, no es con ánimo de instruir al que lea pues se trata de algo muy sabido, por una parte; y por otra nunca he sentido la tentación de erigirme en Maestro Ciruela para nadie, sino con ánimo de justificar lo que está escrito y lo que escribiré hasta el final.

En mi esfuerzo para seguir a Jesús en su Iglesia no tengo bastante con un conocimiento intelectual que me permita aprender sus enseñanzas de manera que pueda exponerlas y repetirlas correctamente, sino que además me es necesaria una asimilación por el estilo de la de los alimentos, para que se convierta en vida de mi vida. Esta asimilación es la tarea personal de cada uno, y nunca nadie la puede realizar por otro. El alimento es el mismo para todos, pero los estómagos son todos diferentes.

Existen ciertos escritos que podemos denominar de magisterio, en los cuales lo que expone pertenece al conjunto de aquello que nos hemos comprometido a no negar cuando hemos nacido a la Iglesia Militante en el Santo Bautismo.

Hay otros escritos (la mayoría grandísima de libros y tratados) que ya no son de magisterio, ya sea porque la situación que escribe no es “docente”, o porque (aún siéndolo) no tenía este propósito, o los temas caían fuera de su particular docencia.

Continuando el símil gastronómico, diríamos que los escritos docentes son el alimento, y los otros escritos representan la manera particular de cada escritor de asimilar aquellos alimentos. No hay duda de que estos últimos escritos son de una grandísima utilidad, ya que la asimilación del cerebro y del corazón, que cuenta únicamente con sus propios jugos gástricos. Para mi propia asimilación de las verdades dogmáticas ha habido libros que me han servido de grandísima ayuda, mientras que otros libros (muy apreciados por muchas personas no me han servido prácticamente de nada.

En todo lo que he escrito hasta aquí, y en lo queda hasta el final, no he puesto más que un gran deseo de asimilar toda la Verdad revelada y todo el magisterio de la Iglesia, para convertirlo en vida de mi vida, y pido al que lee que no busque otra cosa, pues esto es lo único que hay.

Aunque estos cuadernos, en número muy limitado, solamente se destinan a un reducido conjunto de lectores, todos ellos conocidos personalmente o por referencias, temo que haya algunos que se escandalicen, no tanto por lo que se dice, les pido que me excusen, teniendo en cuenta ciertos atenuantes:

1º. : Este libro no lo he escrito para que aprendan los que ya saben todo esto y muchas cosas más. Si a ellos la lectura no les es de utilidad, es muy probable que sus correcciones puedan ser muy útiles para mí.

2º. : Hay quienes saben todo esto porque lo han aprendido por el estilo de como los niños aprenden el Catecismo, y ya se dan por satisfechos. A estos, quizá les pueda ser útil esta lectura al ver tratadas las cosas que ya saben, pero expresadas de otra manera.

3º. : He empleado el lenguaje de la calle para ser comprendido por las personas que se expresan y se entienden hablando el lenguaje de la calle. Primero por fidelidad a mí mismo, ya que se trata de mi asimilación, y después porque me parece que escasean demasiado los escritos que traten de temas religiosos destinados a personas que quisieran leerlos pero que no entienden la terminología escolástica, ni aprecian la erudición, ni se dan cuenta de las filigranas literarias.

Espero que los que puedan hacerlo me corrijan en todas aquellas cosas en las que mi asimilación haya sido defectuosa. En todo caso, repito, no he querido tocar nada (¡Dios me libre!) de cuanto se refiere a la Revelación y al Magisterio; lo único que he intentado ha sido exponer la manera peculiar mía de comprenderlo, dispuesto cordialmente a dejar de lado todo lo que sea inconveniente. El principal cuidado lo he puesto en la claridad, y temo que aquí pueda haber fallado. Si hay confusiones e interpretaciones “especiales” serán debidas, seguramente a falta de claridad, que yo soy el primero en lamentar. Pero he hecho todo cuanto podía y sabía...

Antes de entrar de lleno en el tema de este Capítulo sobre JUDAS Y YO, quiero hacer, en honor a la claridad a la que acabo de hacer referencia, una especie de resumen brevísimo de los aspectos que estimo fundamentales en lo tratado hasta aquí.

Las traiciones que se comenten con Jesús son tanto mayores cuanto mayor es la proximidad con Jesús del que las comete. De los millones de chinos que vivían en los tiempos de la Redención, no podemos imaginar que ninguno de ellos fuese traidor de Jesús. Si la que hizo Pedro en el atrio de Anás lo hace uno cualquiera de los setenta y dos discípulos, hubiera sido muchos menos repugnante. Incluso si la hubiera hecho otro de los Apóstoles que no hubiera recibido tantas predilecciones y promesas como Pedro.

Para poder entrar en la compañía de los seguidores de Jesús, el bautizado consciente ha aceptado, como primera condición, el negarse a sí mismo (muerte mística indispensable para entrar en la Vida del Cuerpo Místico) y en cada pensamiento palabra u obra en que no se niega a sí mismo, niega a Jesús, y ya ha traicionado. Nada hay indiferente o neutro; todo lo pequeño, lo mediano y lo grande de nuestra vida se va sumando a la cuenta de las fidelidades si se hace como lo habría hecho Jesús en nuestra situación;

o a la cuenta de las traiciones, aunque nos hayamos guiado por la Ley Natural y por la recta razón, como hacen los paganos buenas personas. Que si para estos puede ser muy meritorio, para el bautizado consciente no hay razón que valga para optar por la Ley Natural frente a la Ley Sobrenatural.

La fidelidad del bautizado consciente se fundamenta (etimológicamente) en la Fe; en la confianza que se pone en Jesús porque es Dios, haciendo pasar la Fe por delante de nuestra recta razón y de nuestra Ley Natural (y no hay para que hablar de las concupiscencias) diciendo: -Que se haga tu voluntad y no la mía. La traición no es solamente cometer pecados de judío contra el Decálogo, sino cuando sencillamente dejamos de lado los criterios sobrenaturales de Jesús (particularmente las Bienaventuranzas y el Mandamiento Nuevo) y optamos por los criterios de la recta razón humana y del Derecho Natural; y aunque no pronunciamos estas palabras con los labios, es como si dijéramos con los hechos: -Que se haga mi voluntad y no la Tuya.

Cuando uno que no está bautizado se mueve según la recta razón y el Derecho Natural es digno de toda alabanza, y ha alcanzado el máximo de perfección humana. Por esto son tan difíciles, tan esporádicos y tan fugaces estos casos. Pero el panorama es totalmente diferente para el bautizado consciente, ya que para éste el moverse según la recta razón y el Derecho Natural no es el ideal a que hay que aspirar, sino el punto de partida que constantemente debe dejarse atrás. Exigencia de la muerte y de la resurrección bautismales. Diferencia entre el hombre sin Jesús y el hombre cristificado: diferencia entre el hombre que confía en sí mismo y el hombre que llega a ser manifestación viviente de Jesús.

Jesús viviente era solamente el Verbo encarnado y nadie más. La vida de Jesús en los bautizados ya no es una vivencia, sino una con-vivencia, ya que la muerte mística del bautizado coexiste con su vida física, con todas sus limitaciones, sus taras y sus lacras. Todo el esfuerzo (eso que se llama la Ascética) consiste en negar al “vivo” (en sentido propio y en sentido figurado) para afirmar a Jesús resucitado.

Para poder negar algo es indispensable conocer previamente este algo. Lo que se desconoce no se puede afirmar ni se puede negar: se desconoce y basta; con todas las limitaciones y tropiezos que lleva consigo la ignorancia. El seguidor de Jesús, por consiguiente ha de conocerse suficientemente a sí mismo y a Jesús para poderse negar a sí mismo y afirmarle a Él. La exclamación famosa de San Agustín: -¡Señor, que me conozca a mí y que te conozca a Ti!

A este doble conocimiento se llega por una doble vía: por vía natural, concentrando la atención inteligente en aquello que se quiere conocer, y por vía sobrenatural mediante los dones del Espíritu de Amor que ilumina esplendorosamente a los Hombres de buena voluntad que con todo su corazón quieren ser fieles a Jesús, pase lo que pase. Si no estuviera dispuesto de esta manera tan estupenda únicamente podrían ser fieles los sabios y prudentes y sabemos que esto no es así. El caso es aspirar constantemente a la propia perfección utilizando nuestra recta razón y la Ley Natural, que para esto la Naturaleza nos ha dotado suficientemente y podemos hacerlo, y acto seguido poner esto nuestro a los pies de Jesús en la Cruz, para que se haga su Voluntad y no la nuestra. Cada fidelidad atrae nuevos dones del Espíritu, lo cual a su vez provoca mayor fuerza y conocimiento para reducir las traiciones al Bautismo. Éste es el gran “Círculo virtuoso” que puede únicamente librarnos (y romperlos) de tantos círculos viciosos en que nos revolcamos

El Reino de Dios y su Justicia que empieza (se incoa) en este mundo y se perfecciona (es perfecta) en el otro, es una tarea exclusiva de Jesús que la quiere hacer a través de los hombres en una dimensión doble. Cada fidelidad pone en el mundo un ladrillo positivo de esta construcción y cada infidelidad (traición) derriba un ladrillo negativo de nuestra miseria, por el fracaso que tarde o temprano

acompaña necesariamente a todo lo que se hace sin Cristo (y nada digo de lo que se hace contra Cristo) por cargado que vaya de recta razón y de Ley Natural. En estos momentos asistimos, en forma aguda, al espectáculo del descrédito general de tantas ideas y sistemas sin Cristo y contra Cristo que hace cincuenta años todavía encandilaban los ojos de muchísimos.

Por lo que respecta a los bautizados conscientes su tarea es la construcción del Reino, se reduce siempre a estos términos: Libremente y por imperativo exclusivo de Amor hacia la voluntad de Jesús y no la propia. Y la Voluntad de Jesús se concentra en el único Mandamiento que nos dio: Que nos amemos unos a otros. ¿Cómo hemos de amarnos? ¿Cómo a sí mismo? ¿Con todo el corazón, con toda el alma, con todas las potencias...? No es así como Él lo expresó, Él dijo: Como Yo os he amado.

Han existido (y existen) bautizados que han amado a las personas de su alrededor con una donación total de sí mismos, y tenemos testimonio de ellos en numerosas vidas de Santos y por personas que conocemos. Pero esto todavía no es todo el amor cristiano, aquel Amor que obliga a creer a los que lo van a Jesús es él enviado. Cuando una persona se da a otras, pero las otras no se dan a él, podemos decir que se manifiesta la mitad del Amor del Mandamiento Nuevo, que manifiesta a Jesús en el fiel, pero no manifiesta a la Iglesia. La manifestación de la Iglesia solamente se da allí donde dos o más bautizados se aman mutuamente como Jesús nos ama. Todos los demás signos de la presencia de la Iglesia son válidos, pero no son la señal. Jesús lo manifestó rotundamente: En “esto” se conocerá que sois de los míos. Con esto todo lo demás es formidable, pero sin esto... Así estamos como estamos.

Me parece que lo expuesto es suficiente como referencia, para empezar la exposición de la parte fundamental de este Capítulo (y de todo el cuaderno) que son mis propias traiciones. Para ponerlas bien en relieve cuento con la Luz de Jesús y las sombras (las tinieblas) de Judas. Ya que donde todo es luz no se ve nada, como una pantalla de cine perfectamente iluminada, y donde todo es oscuro, tampoco. Pero cuando en la pantalla se junta la luz y las sombras, entonces... todos sabemos lo que pasa.

Para que haya cierto orden, dividiré mi vida en tres períodos bien definidos, que por coincidencia tienen cada uno una duración de dieciocho años, más un cuarto período de duración incierta, que es el que estoy viviendo en los momentos en que escribo estas líneas, y que nadie sabe (solo Dios) lo que podrá durar.

Y vamos al grano.

MIS PRIMEROS DIECIOCHO AÑOS Empezaron con un piísmo exagerado y terminó con mi apostasía.

Tengo que hacer una referencia especial a mi padre que murió cuando yo tenía nueve años. Por lo que puedo recordar no se distinguía particularmente en lo tocante a la religión, al menos en lo que se refería a la piedad externa, que es lo que se ve. Pero él empleó conmigo una pedagogía muy especial, que es lo que quiero hacer resaltar.

En los primeros cinco años, yo era una criatura enclenque que todos tenían por poco viable. Pero el criarme en el campo entre labradores y ganado, en plena naturaleza, hizo lo que seguramente no hubieran podido hacer los potingues y tratamientos más acreditados: revitalizarme ¡Y todavía dura!

Quizás por esta misma revitalización, como especie de reacción vital, de los cinco años hasta los nueve, no solamente era más travieso que lo normal en los chiquillos, sino, un auténtico “mala bestia”

esto que ahora llamamos un “gamberro” en miniatura. Buscando siempre la manera de organizar malas jugadas y gozando lo indecible cuando veía a “los mayores” furiosos contra mí y yo fuera de su alcance. Esto quiere decir que estaba haciendo “oposiciones” a ganarme una paliza tras otra.

Pues bien, mi padre no me pegó nunca. NUNCA. Escribo esto con lágrimas en los ojos, con un reconocimiento inefable del bien que me hizo. ¡Que Dios se lo pague! Dios se lo está pagando un poco con estas lágrimas mías.

La cosa iba así (¡Bendita sea su memoria!): Siempre esperaba que hubiera pasado algún tiempo entre las fechorías y las (digamos) correcciones. Aprovechaba algún momento en que yo estaba junto a él y me decía:

-Ven hijo, ven (y me sentaba sobre sus rodillas). Tú sabes que yo te quiero mucho ¿verdad? Y tú también me quieres mucho, ya lo sé. Sí, sí, ya lo sé qué me quieres. Los dos nos queremos mucho. ¿Y sabes por qué te quiero? Pues te quiero porque siempre dices la verdad. Ya que lo más asqueroso de una persona es el mentir; el mentiroso es más repugnante que los animales, que no mienten nunca.

Y me hablaba de la verdad y de la mentira como lo habría podido hacer con un hombre de sus años. Y yo empezaba a temblar. Entonces me preguntaba:

-¿Qué pasó ayer a tal hora, en tal lugar, con tal persona? Dime la verdad porque yo ya sé que tú no puedes mentirme...

Y verdaderamente yo no podía mentirle. Me acariciaba y me iba diciendo:

-¿Te parece bien esto? ¿Te gustaría que te lo hicieran a ti? ¿Estás contento ahora, de haberlo hecho? Yo ya sé que lo has hecho sin pensarlo. Yo también hacía cosas así cuando era como tú. ¿Otra vez lo pensarás más verdad? Yo ya sé que me quieres y no deseas entristecerme, y yo te quiero porque siempre dices la verdad.

Ordinariamente las cosas no iban tan lejos, porque yo me abrazaba a su cuello con fuerza y, llorando, solo le pedía que se callara, que ya no lo haría más, pero que no siguiera hablando... Aquellas palabras me revolvían las entrañas.

-Dame un beso. De dos “yemas” uno en cada mejilla. Ya sabes que te quiero mucho. Y yo sé que tú siempre, siempre, dices la verdad...

Así iban las “palizas” de mi padre. Y puedo asegurar que hoy (y hace más de medio siglo) todavía me escuecen. ¡Dulce memoria de mi progenitor!

Ahora (¡hasta ahora!) empiezo a darme cuenta de ciertas cosas. La primera, y seguramente la principal, es que mi padre empleó conmigo el método cristiano, sin tener quizás demasiada conciencia de ello. Y pido permiso para una ligera digresión, que no se aleja del tema central de este cuaderno.

Hace un par de años (no más) que descubrí la mansedumbre. Cuando Jesús se nos presenta como Maestro nos dice únicamente que de Él hemos de aprender dos cosas: la humildad y la mansedumbre corazón. Ya dije antes que el descubrir la humildad de corazón de Jesús fue el elemento decisivo de mi conversión, cuando tenía treinta y seis años. Pero de la mansedumbre no tenía ni idea. Comprendía que debía ser una cosa importantísima en la vida cristiana, tanto por las palabras que acabo de citar, como

por la segunda Bienaventuranza... y buscaba (sin encontrarla) alguna explicación en los libros que aclararan la nebulosa que había en mí mente.

Lo que no encontré en los libros, me apareció de pronto, sin buscarlo, en El Libro. Releyendo el Sermón del Monte, fueron las palabras del mismo Jesús las que iluminaron mi oscuridad. Cuando nos dice: -Habéis oído que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: no resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra, y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto, y si alguno te requisita para caminar una milla, vete con él dos. Da a quien te pida, y no vuelvas la espalda a quien te pida algo prestado. Después San Pablo completará todo esto con su famosa sentencia: el mal se vence con la abundancia del bien.

¡Esto, esto es la mansedumbre! Esto es lo que distingue (habría de distinguir) el trato de los bautizados.

Otra contradicción clarísima entre la Ley Nueva del Amor y la Ley Vieja del Palo. Entre los líderes y los esclavos.

Entre la Ley Antigua (véanse los libros Sapienciales) cuando se trata de los niños no hay más regla que el látigo para que suban derechos. Al que crea que exagero, le ruego que haga una excursión por estos Libros a ver si no es así. Y así resulta que la inmensa mayoría de los métodos pedagógicos que se emplean entre cristianos no son para cristianos sino para judíos.

Se dirá, quizás, que aquellos Proverbios estaban inspirados por el Espíritu Santo, y, ¿quién podrá negarlo? Estaban espléndidamente inspirados por el Espíritu Santo para el pueblo judío que era (y es) un pueblo de esclavos. Pero para los cristianos tenemos las palabras de Jesús, que son para otra clase de “pueblo”. Aquellas normas eran excelentes para esclavos, y el mismo Jesús las empleó para los mercaderes del Templo y en sus invectivas contra los escribas y fariseos hipócritas, que no quisieron abrir los ojos a la Luz que quería conducirles a la libertad.

Y así, el cristianismo actual progresa tan poco (si es que progresa) porque casi todas las energías se aplican a poner resistencia al mal con métodos del Antiguo Testamento en vez de poner amor por todas partes...

Mi padre, ciertamente, empleó la mansedumbre en mi educación, y estoy seguro, segurísimo, de que este método es inmensamente superior al de los judíos y de los otros esclavos. Si mi padre me hubiera golpeado, como veo que casi todos hacen, tengo la convicción de que mi vida ya habría acabado hace tiempo como la de Judas, ahorcándome yo mismo, o ahorcado por la justicia de los hombres.

Por todo esto puede el lector darse cuenta de la gratitud y la ternura que siento al evocar al hombre que me engendró dos veces: dándome la vida física (vida de esclavo) y engendrándome después, de manera perseverante, consciente y mansa, para la vida de hombre libre, haciéndome un “fanático” de la verdad. La primera gestación duró nueve meses y las segunda unos treinta años. Y me siento más hijo suyo y unido a él por la segunda vida que me dio que por la primera.

Mi madre quedó parálitica total a los pocos meses de mi nacimiento, murió cuando yo tenía dieciocho años, sin que yo recuerde haberla visto andar nunca. Su piedad y sus sentimientos religiosos eran extraordinarios. En su parálisis y complicaciones sufrió mucho, mucho; y jamás salió una queja de su boca. Cuando en páginas anteriores indiqué algo de la cruz gloriosa de los seguidores de Jesús, tenía ante mis ojos la imagen de mi madre. La expresión de su rostro era siempre el de una persona feliz. Yo entonces no podía entender nada de todo esto.

Acabo de decir que era muy piadosa, y por eso escribí al principio que mi vida empezó con un piísmo exagerado.

Por aquello de que yo era el menor de los tres hermanos, y de que ella no podía prodigarme los cuidados y las delicadezas con que las madres normales envuelven los primeros años de la vida de sus hijitos, ella sentía por mí una debilidad mezclada seguramente de compasión, que hacía decir a muchos que me malcriaba. Todo era rezar con ella, y hablar “cosas de misa”, como se decía por allí, y que yo, por el amor que la tenía, hacía con mucho gusto; hasta el punto de que cuando me preguntaban qué quería ser cuando fuera mayor, siempre contestaba que quería ser sacerdote.

Perdí a mi padre, como ya he dicho, a los nueve años, y por estar mi madre parálitica me pusieron a los once años interno en un colegio religioso para que cursara el bachillerato. Aquello representó un cambio completo de mi panorama vital.

Por una parte, ya llevaba mal mi enseñanza primaria (empecé a frecuentar la escuela después de los ocho años, por residir en el campo) y esto me ponía en la cola de todas las clases, lo cual me hacía sufrir enormemente, pues mi soberbia no podía tolerar que nadie me pasara adelante en nada y... me pasaban todos en todo.

Estudiaba con verdadera fiebre, sin otro estímulo que el de ser el primero de todos, cosa que conseguí en el tercer año. Entonces me propuse dejarlos atrás, aprobando en dos años los tres últimos cursos. Ello me valió muchas felicitaciones, pero ahora veo que lo que se felicitaba era mi soberbia, que salió terriblemente fortalecida.

En el aspecto religioso (como es natural en el soberbio refinado) hubo un gran descenso, a pesar de estar en el colegio de religiosos, como ya he dicho. Pero me parece que todo no fue debido a razones internas (soberbia), sino que influyó el hecho (que recuerdo perfectamente) de que allí se nos explicaba y se nos hacía aprender con profusión y detalle todo lo referente a la religión... menos una cosa: la principal. Que era (y que es) Jesús desnudo, clavado en la madera. Yo como Judas, quería verlo del todo aquello y cada vez lo veía más oscuro.

Terminado el Bachillerato y como era un muchacho tan listo y estudioso (decían), pensaron que podría ser... ingeniero de caminos. Y me “facturaron” a Madrid a prepararme.

Otro cambio brusco en el panorama de mi vida. De un encierro hermético en un colegio religioso no lejos de mi madre, a la que veía cada mañana, pasé a una libertad total e incontrolada, en una ciudad lejana.

Tuve la suerte de apasionarme por las Matemáticas (no estudiábamos otra cosa) que me parecieron como la expresión de la verdad, de aquella verdad exigente que era mi herencia paterna. Al mismo tiempo mis sentimientos religiosos se enfriaban cada vez más, persuadiéndome por momentos de que todo aquello era “cuento”. Pero para no disgustar a mi madre seguía frecuentando los actos mandados de piedad externa.

Cuando mi “preparación” parecía que iba a llegar a buen término, murió mi santa madre, no pudiendo asistir a su sepelio. Y otra vez mi vida quedó trastornada. Mis desavenencias con el tutor me hicieron salir de Madrid y pasé a Barcelona, poniéndome a estudiar Electricidad en la Escuela Industrial de dicha ciudad, teniendo que dar clases particulares de Matemáticas, por ser insuficiente la pensión asignada por el tutor.

El estudio siguió apasionándome (gracias a Dios), pero en el aspecto religioso el hundimiento fue total. La vida se hizo dura, y toda la poca ética religiosa que me quedaba, se fue por los suelos, con la basura.

Y ahora, con un poco de temor de hacerme pesado, voy a hacer otra digresión. Desde que supe leer fui un lector apasionado de lo que llaman literatura infantil. La conclusión que se podía sacar de todo aquello era esta: Los “buenos” al final siempre resultan premiados, y los “malos” tarde o temprano, siempre son castigados... en este mundo. Y yo me lo creía a pies juntillas, como un tonto, pensando, incluso, que ésta era la base moral de la religión cristiana. Ahora comprendo que esto era perfecto para la mentalidad de los judíos antes de Jesús, pues éste era exactamente el trato que Yavé estableció con ellos, pero con Jesús todo cambió: sus fieles serán perseguidos, maltratados, difamados, todo les irá mal... como a Él, hasta los matarán, como a Él.

Pero esto entonces yo no lo había descubierto, ni nadie me lo había dicho, y pasaron muchos años antes de darme cuenta.

El hecho es que las vicisitudes de la propia vida y lo que veía a mí alrededor me ponía en evidencia que la regla del juego era exactamente al revés de la que me habían hecho “tragar”, la verdad era que los “buenos” pierden siempre y los “malos” ganan siempre. El recuerdo de mi madre como encarnación de la bondad, fue el empujón decisivo para desentenderme totalmente del “tinglado” católico, que se presentaba ante mis ojos como un negocio muy bien montado para que unos cuantos “vivales” pudieran vivir burguesamente a espaldas de los infelices que se tragaban sus ruedas de molino. No; aquello no tenía nada que ver con la verdad, mi deber era desentenderme completamente de ello. Y sin necesidad de ninguna “declaración formal” decidí, con plena conciencia, no solo desentenderme, sino combatir la religión católica (considerándola como farsa magna) en nombre de la verdad.

Ahora me parece que lo veo bastante claro. En todo aquel tiempo yo llevaba dentro de mí el espíritu de Judas en lo que tiene de más sutil, y, por tanto, de más maléfico:

1°.- La rebelión “original” que llevamos todos, y que salió descaradamente al exterior en mi infancia. Gracias a Dios, mi padre no la quiso “raffouler” (como dicen los psicólogos), sino que puso en su lugar la semilla vivaz de un apasionamiento por la verdad.

2°.- El espíritu de soberbia, manifestado por una auto-suficiencia exacerbada, que empezó hacia los diez años, y que fue creciendo sin interrupción. Aunque me parece que ésta no fue una peculiaridad mía ya que, por lo que puedo observar, todos los jovencitos padecen del mismo mal, con síntomas más o menos acusados. Yo era, no solamente el centro del Universo, sino también el juez del Universo. Mis sentencias de verdad y de error eran inapelables. Los demás no entendían nada de nada.

3°.- Menos mal que yo había caído en el mundo en el momento oportuno y les haría marchar bien a todos.

Todo fue pura traición. Traición inconsciente, claro está pues me parece que en aquella edad deben ser escasas las traiciones conscientes; pero traición al fin y al cabo, con los efectos devastadores que toda traición lleva consigo.

Traición al Bautismo, cuyo carácter sagrado permanecía en mí. Traición a la piedad filial, pensando que mi madre era muy buena, pero que era tonta, lo mismo que Judas pensaba de Jesús. Traición a todos los que me rodeaban, teniéndoles en poco, al compararles con mi gran valer, igual que Judas miraba a los demás Apóstoles, compañeros suyos. Traición a mí mismo, llamado por Jesús por mi

Bautismo y por todo lo que me rodeaba, y menospreciando sus designios para hacer prevalecer los míos. Como Judas, como Judas. Y creyendo que toda esta miseria era mi grandeza. ¿Quién como yo?

.....

MIS SEGUNDOS DIECIOCHO AÑOS Fueron de perseverancia en el error, y, por lo tanto, en la traición. Su punto de partida fue la apostasía decidida, y terminaron en un escepticismo total, existencialista. Aquí me detendré menos que en la etapa anterior, ya que aquella fue punto de partida, y ésta fue solamente continuación.

Diré solamente que a los veintitrés años, cuando estaba a punto de terminar mis estudios de electricidad, caí enfermo tuberculoso, con abundantes hemoptisis, y ya no terminé mis estudios, quedando mis perspectivas completamente trastornadas después de mi convalecencia.

Los constantes fracasos en querer hacer andar derechos a los de más, que no querían aprovechar la “ganga” de dejarse guiar por un tío tan genial como yo, me llevaron necesariamente a tenerles a todos por despreciables, desde la altura de mi Olimpo.

Me casé con una mujer que no me merecía, y que fue el ángel bueno de mi vida, aguantando mi soberbia con una humildad admirable. No tuve hijos, afortunadamente para ellos. Tiemblo al pensar en los ejemplos y la educación que les habría dado. La muerte rápida de mi cuñado en plena juventud y fuerza física (tenía 26 años) me hizo caer imbécilmente en el espiritismo, que de momento me deslumbró, durando este deslumbramiento unos dos años. Pero yo (¡bendita herencia paterna!) buscaba la verdad del espiritismo, y, naturalmente, no la encontré. Y por aquel camino fui a parar a la Teosofía.

Aquí el deslumbramiento fue mayor y duró más tiempo. Empezó ganándome la voluntad el lema de la Sociedad Teosófica, que reza así: No hay ninguna religión que esté por encima de la verdad. Profesan una especie de sincretismo, afirmando que todas las religiones que existen o han existido contienen una parte de la verdad, pero que no hay ninguna que la contenga toda. El progreso religioso, por lo tanto, consiste en ir separando el grano de la paja en todas las religiones, para ir construyendo la gran religión sintética en la que todo sea verdad.

Esto me entusiasmó. Y me puse a estudiar tanto como podía todas las religiones... menos la de Cristo. De ésta pensaba yo, ya estoy de vuelta... Cada descubrimiento era un nuevo placer. Mis preferencias fueron pronto hacia la religión de los antiguos parsis, fundamentada en la sabiduría de Hermes; hacia el Budismo, tan poético, y sobre todo hacia el Hinduismo, que tiene a los Vedas como Libros Sagrados. La sabiduría de Confucio, que no fundó ninguna religión, sino una especie de filosofía vital, también la encontré admirable.

Después de enterarme (más o menos) inicié mi trabajo de investigación de la verdad, y aquí empezó la incomodidad. Ya que el fondo de todas estas religiones es el panteísmo, y esto no lo veía claro. La cosa fue bastante larga. Me encontré con un átomo de Brahma (el que cuando entra en expansión engendra el Universo) que me estorbaba por todas partes.

Y llegué a la conclusión de que la verdad que yo buscaba no estaba en ninguna de estas religiones, ni en todas juntas. Así llegué al escepticismo total, todo era mentira. En mi hogar y en mi trabajo encontraba (afortunadamente) la alegría de vivir, y esto es lo único que se salvó del naufragio. No tenía, ni deseaba amistades, solo el trato indispensable, huyendo de las “relaciones humanas” hasta la grosería. La técnica de mi oficio me daba suficiente satisfacción, y me encantaba el trato con las máquinas, decía, no traicionan nunca.

Por entonces murió mi suegra. Poco después liquidamos lo poco que teníamos y con mi esposa me trasladé a París. Otro cambio radical en mi zarandeada existencia, sobre todo por el hecho nuevo de ser extranjero. Mi escepticismo religioso continuó igual durante tres de los cuatro años que permanecí en Francia. Pero del cambio ya hablaré en la etapa siguiente.

El espíritu de Judas siguió presidiendo todos mis pasos en este segundo período de mi vida. Yo buscaba un Redentor a mi gusto, y allí donde decían que había uno, allí iba yo. Después lo dejaba con la convicción de que me habían timado. No digo que esto fuese perjudicial para mí, ¡todo lo contrario! ya que haber dejado a los falsos Redentores pude encontrar el verdadero. Lo que quiero decir es que buscaba un Dios a mi medida.

Y el final (aunque de otro orden) fue el mismo que el de Judas. Él renunció a vivir físicamente, y yo renuncié a vivir espiritualmente. La diferencia fue que su gesto era irrevocable, y el mío no, pero tan repugnante el uno como el otro. ¡Ah, sí Judas hubiera aplazado una semana su decisión...!

No puedo seguir adelante sin arrodillarme ante la infinita misericordia de Dios y bendecirla, por haber resistido años y años (sin fulminarme) mi asquerosa soberbia y mis constantes traiciones que le tenían bien clavado. Y desde allí (maravilla del Amor Divino) me esperaba con los brazos abiertos para abrazarme, a sabiendas de que mis traiciones no terminarían nunca, en este mundo.

.....

MIS TERCEROS DIEZ Y OCHO AÑOS Mi (digamos) primera conversión tuvo como punto de partida el siguiente hecho:

Era a finales de 1932 y yo iba distraídamente por las calles de París, cuando me llamó la atención ver una gran muchedumbre ante la iglesia de San José. Por pura curiosidad, pregunté qué pasaba. Me dijeron que el Cardenal Verdier hacía la visita pastoral, y que en aquellos momentos estaba predicando.

Entonces había en París mucha “controversia” a propósito de las Parroquias de estilo futurista que el Cardenal mandaba construir en los suburbios, dirigidas por el “revolucionario” Le Corbusier, y ello hacía que se hablara mucho del Cardenal en los diarios. Empujado por la curiosidad entré, como pude, para ver al hombre de moda.

Yo iba solamente para verlo, y ya me habría dado por satisfecho, pero resultó que (sin yo desearlo) también le oí. Los orientales dicen que el oído es el principal de los sentidos, pues es el que nos conecta

con los dioses. Sea como sea, el hecho es que yo entré para ver, y estoy seguro de que el ver solo me habría dejado tal como estaba, la desazón me entró por el oído.

El oírle fue cosa de dos o tres minutos, y lo único que “pesqué” fue este concepto:

-El cristiano es un especialista en Cristo, y de la misma manera que el mejor oculista es el que más sabe de teoría y de práctica de ojos, el mejor cristiano es el que más sabe de teoría y de práctica de Jesús.

Ésta fue la semilla de Vida que la Providencia amorosa dejó caer en mi estiércol, valiéndose de las palabras de su servidor el Arzobispo de París, que nunca supo ni pudo sospechar que iban a cambiar toda mi vida.

Con lo que me habían “inculcado” de pequeño yo creía que ya lo sabía todo del cristianismo teórico, y la práctica ya la había descubierto después por mi cuenta cuando me apercibí del “timo”, ésta era mi convicción. Pero entonces me di cuenta de que de Jesús no sabía casi nada, ni de teoría ni de práctica. Y me entraron ganas de saber algo.

Lecturas y más lecturas. Me impresionó una Vida de Jesús de Mauriac, escrita poco tiempo después de su conversión.

Ya he dicho antes que Jesús, como figura histórica, ganó pronto todo mi interés y todas mis simpatías. Lo que no podía aceptar de ninguna manera era que un hombre fuese Dios. lo mismo que Judas.

Yo quería que esto se me demostrase a la manera de las Matemáticas, sin tener en cuenta que la fe es don de Dios. Las demostraciones “clásicas” no me producían la menor convicción; las encontraba interesantes como elaboración discursiva, pero no daba mi asentimiento. Ahora pienso que debía ocurrir algo así como si un ciego de nacimiento quisiera que le demostrase la luz a base de razones. No hay más demostración auténtica que la de abrirle los ojos a la visión. Y entonces sobran todas las demostraciones.

Como he dicho antes, fue San Agustín el que abrió mis ojos a la Luz de la Verdad. Esto ocurrió en el Escorial a fines de 1933, y es menester, que, por deber de gratitud, recuerde la entrañable figura del P. José Fariña, religioso Agustino, asesinado tres años más tarde en Paracuellos. En la Navidad de aquel año hice mi segunda Primera Comunión.

Y ya no volvimos a Francia, pasando en Madrid todo el resto de esta etapa de mi vida. Hasta julio de 1936 fueron tiempos de euforia, como cuando de un profundo y oscuro valle donde se ha permanecido siempre, se sube a las altas montañas, y el horizonte se ensancha, y las maravillas se suceden unas a otras.

La Guerra Española fue una sacudida que me hizo descender de las cumbres y me enterró en las catacumbas. Aquello fue todavía más maravilloso, y algunos de los que estábamos en Madrid pudimos revivir los esplendores de los primeros cristianos en Roma, nunca daré bastantes gracias a Dios por aquellas experiencias inefables del cristianismo. Pero ¡cuidado! yo no digo que aquella situación de Madrid durante la guerra fue aceptable ni deseable, ¡Dios me libre! Aquello era la abyección más abyecta. Pero, individualmente, fue maravilloso; fue una purificación, de la que tengo que acusarme de haber sacado muy poco partido.

Terminada la guerra, y después de algunas peripecias, ordené mi vivir religioso según los “cánones”. Ingresé en la Acción Católica y seguí los cursos del Instituto Central de Cultura Religiosa Superior en su primera promoción. También intervine activamente en la preparación y la organización del Apostolado Obrero en la A.C.

¿Quién lo diría? el espíritu de Judas continuaba en mí, como en etapas anteriores inconscientemente.

Ahora amaba a Jesús, y quería servirle. Cada día le recibía sacramentalmente. Las prácticas piadosas y el apostolado me ocupaban todo el tiempo que me dejaba libre el trabajo y el descanso. Yo ya me había auto-clasificado en la categoría de “los buenos” ¡miserable de mí!

Yo iba con Jesús, como Judas, pero no entendía nada. Judas miraba a Jesús como el Salvador de Israel (que eran los “buenos”) fijándose únicamente en el aspecto material, y yo hacía por el estilo cambiando únicamente la tierra por el cielo.

Yo aceptaba de Jesús sus milagros, centrados en los Sacramentos, la Gracia y la Vida Eterna, Pero dejaba de lado su concepción vital centrada en el Amor en sus tres dimensiones de Pobreza, Humildad y Sacrificio, y me quedaba con la concepción vital de Israel, basada en cumplir externamente lo que está mandado, y en la concepción vital humanista, basada en la recta razón.

Jesús me dejó, como un sol radiante, un solo Mandamiento, el suyo, el Nuevo, pero yo me examinaba a la luz de los diez candiles de aceite de la Ley judaica. Como Judas.

Para implantar vitalmente el Reino de Dios, Jesús nos dejó criterios abundantes, que se resumen en las ocho Bienaventuranzas, y yo estaba seguro (como Judas) de que para implantar el “Reino de los Buenos” es indispensable el dinero, el poder, la “fachada”, la “propaganda”, la coacción, el ir bien lustrosos y con la bolsa llena, la política, la apologética bien explicada... El caso era que “los buenos” con la ayuda de Dios, nos hiciéramos amos de la situación. Esto, esto sería el Reino de Dios, y todo lo demás vendría necesariamente como añadidura. ¿No es clarísimo esto? Yo lo veía tan claro, al menos, como Judas. Todo esto se puede defender con los mejores argumentos del Derecho Natural y de la recta razón, y con palabras inspiradas por el Espíritu Santo en el Viejo Testamento. La “pequeña dificultad” está en que Jesús no quiere implantar así su Reino, y que el Calvario anda por medio.

Yo me sentía muy contento de mí mismo, seguro de que andaba por el camino de la perfección. Me movía sin cesar de un lado para otro, haciendo todo lo que se presentaba, seguro de que era para la gloria de Dios, y de que estaba acumulando méritos. Ahora (¡hasta ahora!) me doy cuenta de que todo era únicamente para mi gloria. Mis criterios no eran los criterios de Jesús. Me movía con los criterios del Antiguo Testamento. Por esto todo me iba bien a mí personalmente: era apreciado, alabado, considerado... y me parecía que esto era el premio debido a mi virtud. Pero la proyección evangélica no se veía por parte alguna. Esto, ¡claro está! se atribuía a que los “malos” son tan malos, al pecado original, a la pornografía... Y estaba bien convencido, repito de que así iba acumulando méritos.

Ésta era la realidad terrible: que yo no seguía a Jesús, sino que pretendía que Jesús me siguiera a mí, ya que yo veía las cosas tan claras que no me era posible la más ligera duda.

Como Judas: sí, como Judas.

.....

MIS ÚLTIMOS TIEMPOS Externamente no ha habido más que dos hechos notables: uno de

JUDAS-GUILLERMO ROVIROSA

orden moral y muy doloroso consistente en encontrar suspicacia y recelos donde yo esperaba encontrar más confianza, y el otro de orden material: la amputación de un pie, a consecuencia de un accidente de circulación. Estos dos hechos (conjuntamente) han motivado en mí una inactividad (mejor sería decir inmovilidad) de tres años.

Esto ha sido, un espléndido regalo de Dios, ya que juntando estos tres años a los cuatro o cinco que les precedieron he podido aclarar mi vista y darme cuenta patente y consciente de mis constantes traiciones. Y poder escribir este libro sobre Judas-Rovirosa.

La diferencia que hay entre estos últimos tiempos y el resto de mi vida es que ahora lo sé que soy traidor, mientras que antes no tenía ni la más leve sospecha, y me habría ofendido si alguien me lo hubiera insinuado.

Tiempo atrás me impresionó una frase (que ha hecho carrera) de Bernanos, que dice: Todo es Gracia. Pero al cabo de cierto tiempo y buscando una síntesis del cristianismo, la cambié por esta otra: Todo es Comuni3n. Y esto me llevó, como de la mano, a fijarme en el Bautismo. Aquí es donde encontré mi grandeza asombrosa y mi inmensa miseria, todo a la vez.

Antes las traiciones eran inconscientes, y Jesús me las ha perdonado porque no sabía lo que hacía, y ya no se acuerda siquiera. Estoy contento, muy contento, de haber encontrado la verdad que hay en mí, ya que desde niño he buscado siempre la verdad. Con todo y ser una verdad desoladora. La verdad es que todo lo que toco lo ensucio. Así es.

Es posible que muchos tengan de mí una excelente opinión, porque no ven en mí cosas que choquen con la Ley Natural y la recta razón, pero ahí está mi tragedia: que yo, por mi bautismo, no puedo ni debo andar por los caminos de la Ley Natural y de la recta razón, si no por los caminos marcados por los criterios sobrenaturales de Jesús. Alguna vez me acuerdo de mi norma vital de bautizado, que consiste en: Que no se haga mi voluntad natural (todo lo buena que se quiera según los hombres) sino la voluntad sobrenatural de Jesús, pero esto es rarísimo, y constantemente me encuentro traicionando mi Muerte Mística Bautismal, haciendo mi voluntad natural (por “buena” que sea) y no la de Jesús. Y en vez de seguir a Jesús, sigo a Judas.

Esta verdad sería trágica si fuese toda la verdad. Pero cada nuevo descubrimiento de mi traición y miseria, trae consigo un nuevo descubrimiento de la verdad del Amor infinito de Dios, y de su Misericordia, sintetizados en este hecho: Jesús me ama con locura ¿Y por qué me ama? Ahí, ahí está el misterio, el gran misterio. De todas las explicaciones que me han dado los “sabios” y de las que he encontrado en los libros, ninguna me ha convencido. Pero es que, en realidad, no me hace falta explicación alguna, me basta con el hecho, que es evidente, más evidente que el sol que nos ilumina.

Quizá alguno piense que las pequeñas traiciones no tienen importancia, que lo que hay que evitar son las grandes. Yo pienso exactamente al revés. La injuria mayor no es cuando se desprecia el don de Dios ante una tentación enorme, sino cuando se deja en la cuneta a Jesús, ni siquiera por un plato de lentejas, sino por una ínfima lenteja. Y esto es lo que hago yo casi constantemente, aferrado a mi recta razón y a la Ley Natural.

Cuando era traidor inconsciente, particularmente en los diez y ocho años de “buen católico”,

gozaba de lo que se llama: buen conciencia; estaba satisfecho de mí mismo. Ahora, cuando he descubierto mi traición constante, y me doy cuenta de que traiciono sin descanso el don que he recibido de Dios, he encontrado LA PAZ. Esto parece extraño, ¿verdad? pero es así. Y no podría ser de otra manera. Si no tuviera la Paz conmigo, estaría seguro de que todo esto no son más que “escrúpulos” absurdos. Pero, ¡menuda diferencia va entre los escrúpulos y esto!

Ahora creo que voy poniendo cada cosa en su lugar. Y cuanto mayor es el asco que tengo de mí mismo con toda mi razón y mi Ley Natural (en las que necesariamente me he de mover... para renunciar a ella en el Ara sobrenatural de Jesús, y esto último es lo que casi nunca hago) tanto más seguro estoy de que Jesús me ama. No puedo explicar cómo, pero encuentro una Paz que nunca hubiera podido ni sospechar. Y esto no es masoquismo, no, esto es LA VERDAD.

Hacia la mitad de este cuaderno hice referencia a que Judas debió tener muchos contactos con la Santísima Virgen. Ahora quiero decir algo de la relación de la Virgen María con el traidor que escribe estas líneas.

El infeliz Judas, como la tenía tan cerca, no podía darse cuenta de hasta qué punto le amaba esta Madre. Como pasa con la propia progenitora, que no nos damos cuenta de su amor hasta que la hemos perdido. El amor que María me tiene es otro amor de locura, que la Ley Natural y la recta razón, y la Antigua Ley han de reprobar, necesariamente. Esta locura de la Virgen Madre no puede compaginarse más que con otra locura: la de la Cruz.

¿Qué pasó al pie de la Cruz? Pues pasó algo tan absurdo como lo que pasaba en la misma Cruz, En lo alto de la Cruz estaba Dios asesinado por los hombres, y al pie de la Cruz había una Madre que aceptaba el trueque de aquel Hijo a cambio de mí.

Ya sabemos que las madres normales darían todo por el hijo, incluso la propia vida. Esto, gracias a Dios, todavía se ve abundantemente en el mundo. Pero ¿qué cosa de valor puede imaginarse para que una buena madre lo adquiriera a cambio de su hijo?

María aceptó la inmolación de Jesús a cambio de mi miserable persona. Para que yo pudiera llegar a ser hijo suyo aceptó la Mala Muerte del Buen Hijo a pie firme, sin un desfallecimiento.

Nada de histerismos, chillidos, gritos,... ni de estos gestos y voces espontáneas en el dolor de las mujeres, sino firmeza, decisión, serenidad, lucidez... ¿Quién puede entenderlo esto? Repito que es una locura para la razón humana, como lo es la Cruz de Jesús.

María no traicionó. Seguramente que Ella no habría escogido este intercambio de hijos, de la misma manera que Jesús tampoco hubiera escogido la Cruz. Pero lo aceptó con la misma fidelidad que Jesús, y pudo decir como Él: Que no se haga lo que yo quiero, sino la voluntad del Padre. Esto, esto es negarse a sí mismo y seguir a Jesús, y son esta clase de seguidores los que Jesús busca, y no colaboradores como Judas y como yo, que queremos estar con Jesús, pero que se haga nuestra voluntad, y no la de Él.

Junto con el Amor de Jesús siento caer sobre mí como una catarata el Amor de María, que no es diferente, sino que manifiesta otro aspecto de la misma locura de Amor.

Y en tono menor siento el amor de todos los Santos que claman, con voces ultrasónicas que el oído no puede captar:

-Decídete, imbécil, decídete entre tu estúpida sabiduría y la locura sapientísima de Jesús y la

Virgen. ¿No te das cuenta de cómo hacéis andar el mundo los “sabios” como tu... y como Judas?

Se equivocaría quien pensara que yo abomino y menosprecio la razón humana y la Ley Natural. No hay absolutamente nada de esto. Lo que he querido manifestar no es desprecio por estos valores humanos sino su poco volumen frente a los valores divinos.

Es necesario que el hombre desarrolle hasta el máximo de sus posibilidades su capacidad intelectual y su adhesión a la Ley Natural pero sabiendo que por encima de ello está siempre la locura del Amor de Cristo y la Ley Sobrenatural.

El verdadero acto cristiano no viene marcado por tales o cuales símbolos, gestos, o palabras, o etiquetas, sino que se produce siempre que uno escoge el criterio sobrenatural, en vez del propio criterio natural, por muy cargado que este venga de recta razón y de Derecho Natural. Entonces, y sólo entonces, se puede pronunciar la Oración Suprema, y decir: -Que no se haga lo que yo quiero, oh Padre, sino lo que quieres Tú, por Jesucristo, Nuestro Señor.

¡Oh Jesús, oh María! Yo ya estoy decidido hace tiempo, pero todavía estoy vivo y “soy vivo”. Estoy vivo en el sentido físico, y no es esto lo más grave, lo que es gravísimo es que soy vivo, listo, inteligente,... y ésta es mi trágica tragedia: que no pongo en el centro de mí vivir vuestra locura de la Cruz, sino mi idiota cordura. Mi miopía de molusco me hace que esté seguro de que con “mi manera” y no con la vuestra la “cosa” irá mejor, no “chocará” tanto, será más eficaz, más segura,... y traiciono, traiciono, traiciono,...

El antídoto de la traición es la oración, bien lo sé. Pero no basta con saber, si no se practica.

No puede perderse de vista, sin embargo, que no es lo mismo la oración que las oraciones. Referente a las oraciones, Jesús nos dejó consignado clarísimamente en los Evangelios lo que piensa referente a ellas, pero yo no me di cuenta hasta mi “conversión bautismal”.

Antes de referir toda mi vida cristiana (la única que tengo ya que lo demás no es vida, sino agonía existencialista) a su centro esplendoroso, que es el Bautismo, yo era muy aficionado a toda clase de oraciones, las clasificaba y coleccionaba, y las tenía de todas clases y para todos los gustos, hacía “cocktails” de oraciones, que me relamía los dedos, y hasta las fabricaba por mí cuenta, lo cual me ponía contentísimo y muy satisfecho de mí mismo. ¡Qué tío!

Ahora me esfuerzo para dejar de ser hombre de oraciones, para llegar a hombre de oración, pero... ¡qué lejos estoy todavía!

Alguien ha dicho que la oración es el alimento del alma, y yo añadiría el cuerpo, para afirmar que la oración es el alimento del hombre. Jesús nos dijo que su alimento era hacer la voluntad del Padre, y la oración es exactamente esto. No es recitar tales o cuales bellas palabras, aunque sean tan sublimes como:

¡Señor, Señor! sino hacer la voluntad del Padre, que no es otra sino que sigamos a Jesús. Las palabras pueden ser una ayuda y un estímulo para la “oración viva”, y para esto son excelentísimas, pero no como “ersatz”. El mismo Jesús recitó las palabras sublimes del Huerto de los Olivos antes de subir al Calvario, pero no para esquivar el Calvario.

El Hombre de oración es aquel que (diciéndolo o sin decirlo) hace la voluntad sobrenatural de Jesús y no la suya natural (por buena que sea naturalmente). Claro está que ser hombre de oraciones es mucho más cómodo, entretenido y “bien visto” y nos deja muy satisfechos de nosotros mismos, con una “buena conciencia” que nos identifica con el fariseo que subió al Templo a orar, y que ya habría desacreditado al cristianismo hace muchos años si el cristianismo pudiera ser acreditado o desacreditado por los hombres.

Si mi oración vital ha de consistir en hacer la voluntad de Jesús y no la mía, puede parecer a primera vista que esto ha de conducir a cierto “quietismo”, tan justamente condenado. Pero ocurre justamente todo lo contrario por poco que nos fijemos en ello.

Para que se haga la voluntad de Jesús y no la mía, me es indispensable que yo tenga alguna voluntad, si no tengo voluntad alguna, podré pronunciar esta oración, pero no la podré vivir, y toda quedará en palabras vacías de sentido. Para hacernos participar de su gloria, Jesús exige que le ofrezcamos conscientemente nuestra nulidad, y así se va renovando constantemente la maravilla del Bautismo. Este juntar estiércol y tierra con semillas de Vida hace que la santidad de Dios florezca entre los hombres, el Gran Milagro.

Pero fijémonos en una cosa en esta parábola del estiércol tan apropiada a mí. La tierra (que es de donde procedo y lo que soy) y el estiércol (formado por excrecencias del cuerpo y del alma) no basta que sean tierra y estiércol cualquiera, sino que han de ser buena tierra y buen estiércol, sin dejar de ser tierra y estiércol.

Cuando llevo mi voluntad ante el Sagrario (y toda la tierra es un Sagrario después de Pentecostés) no puedo llevar válidamente una voluntad cualquiera. Así como las víctimas que se ofrecían a Yavé tenían que ser lo mejor de cada israelita, y el ofrecer reses taradas o harina agria era una ofensa a la majestad de Yavé, así ahora la víctima interna que se ofrece a Jesús tiene que ser la mejor voluntad de que uno es capaz, criada con la recta razón y la Ley Natural puestas a toda presión. Esto es lo que puedo hacer de mí mismo, esto es lo que debo hacer para ofrecer a Jesús lo mejor que tengo, y entonces podré decir: Pero que no sé haga mi voluntad sino la Tuya. Al elaborar mi voluntad tengo que poner en juego toda mi técnica, mi experiencia humana, mi inteligencia, la Ley Natural, y hasta todo el contenido del Antiguo Testamento, para sacrificarlo ante SU VOLUNTAD expresada en el Nuevo Testamento y en el Magisterio de la Iglesia.

He de esforzarme para que mi voluntad sea expresión de la perfección humana, poniendo en juego todo lo que tengo, lo que valgo y lo que puedo. En esto Judas no anduvo mal, su tragedia consistió en suprimir la segunda parte.

La segunda parte consiste en estar seguro de que esta perfección humana viene infinitamente superada por la perfección divina que Jesús me quiere comunicar, si me niego a mí mismo. Entonces he de confrontar lo mío con lo Suyo, que se me manifiesta a través de su enseñanza y de su ejemplo, continuado en las enseñanzas de la Iglesia y los ejemplos de los Santos.

Y finalmente, renunciar a mi “estupenda” voluntad para aceptarla Suya, que casi siempre parece fuera de la realidad y de la lógica y que parece que ha de conducir forzosamente al fracaso. Éste es el ACTO de Fe, o Fe en acto, o Fe viva, o Fe operante, o Fe que salva, la que habría salvado a Judas, la Fe

de los Santos.

Intelectualmente esto no se sostiene. Por esto los sabios y prudentes no pueden entenderlo y está reservado a los “pequeños”, ya que para éstos pesan mucho más los hechos que las elucubraciones. Y los hechos demuestran implacablemente que todas las sabidurías de los sabios sapientes terminan siempre (tarde o temprano) en el fracaso, y que cada vez que uno comete la “tontería” de hacer la voluntad de Jesús (sin arreglos) y no la suya, tarde o temprano siempre conduce al éxito.

Esto, para mí, es la prueba máxima de que Jesús es LA VERDAD, ya que si nos pidiera la adhesión a cosas que sobrepasan inmensamente la razón humana y luego resultara que siempre fracasan, ¿quién podría adherirse a ello?

Pero el hecho histórico (clarísimo para quien tenga los ojos abiertos) es que todas las voluntades humanas que parecían mejor estructuradas, coherentes y viables, después de unas apariencias de éxito siempre han conocido el fracaso y el descrédito, mientras que quienes han hecho la voluntad de Jesús y no la suya, después de unas apariencias de derrota (calvario) siempre han alcanzado éxitos esplendorosos y definitivos (pascua). Esto es así, claro y evidente como la luz del sol para quien tiene la vista en buen uso. Y a pesar de esta evidencia tan clarísima para mí la mayor parte de las horas del día (por no decir todas) las paso sin acordarme de ello, sin determinarme más que por criterios de recta razón, de Ley Natural y de Antiguo Testamento... Y los fracasos y las traiciones son la constante de mí vida.

Ya que (nos lo decía San Pablo) tanto el comer como el beber, el holgarse o el trabajar, o cualquier acto vital, ha de hacerse en Jesús, con Jesús y por Jesús. ¡Y qué lejos estoy de esto!

Pero (y esto es lo formidable) Jesús me ama locamente tal como soy. ¡Qué alegría y qué seguridad! Pues también descubro su Amor y su sabiduría en este arrastrarme por el lodo. Pues si fuera suficiente el descubrir estas cosas y aceptarlas para encontramos transfigurados, posiblemente haríamos muy poco caso de ellas.

Repito, y no deseo cansarme nunca de repetirlo, que con la luz de Jesús (que es la Luz) y con las sombras de mis constantes traiciones (antes las llamaba “debilidades” para conservar la buena conciencia) aparece clara y en todo su relieve mi realidad vital. ¡Que mis traiciones, oh Jesús, vayan sirviendo para amarte más y más!

.....

ADIOS AL LECTOR Quien haya tenido la paciencia suficiente para llegar hasta aquí y nota que la prosa se está acabando, es muy fácil que se diga: -Al principio se ha hablado de este cuaderno como de una purga revulsiva, y no he visto todavía lo que esto tiene de purga ni lo que tiene de revulsivo.

Yo aquí podría sacar a colación lo que hizo aquel loco (todos le tenían por tal) que corría por las calles de Granada a media noche gritando estentóreamente: -¡Hermanos! Compadeceos de vosotros mismos... y que de tan loco que era ahora le veneramos en los altares con el nombre de San Juan de Dios. Pero no lo haré, porque todavía no soy lo bastante loco (¡infeliz de mí!) y todavía soy demasiado “vivo” (¡imbécil!).

La purga no ha sido para Tí, lector, sino para mí. Si he de decirte la verdad, no he pensado demasiado en Tí mientras escribía, y ahora me encuentro con que he sacado bastante más de lo que suponía cuando empecé a escribir.

Las líneas que faltan quisiera escribirlas pensando en Tí, pero en seguida me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Por la sencillísima razón de que, mientras escribo, no sé quién eres. Estoy seguro de que bastantes amigos muy conocidos míos y muy queridos, leerán este cuaderno, pero ahora yo no lo sé, ni sé quiénes serán.

Y ya que no puedo individualizarte, voy a tratar, al menos, de clasificarte. Y pienso en tres grandes categorías de lectores, dentro de las cuales se pueden establecer todas las sub-divisiones que se quieran.

1º LOS SABIOS. Los que han cogido este mezquino cuaderno y han subido a su pedestal para “juzgarlo”.

De antemano les doy la razón en las críticas que necesariamente han de hacer. Está mal escrito, lleno de repeticiones, en un lenguaje “ordinario” impropio de temas de altura, está desordenado, puede producir confusión en “los débiles” porque las cosas no se dicen exactamente con las palabras y las fórmulas “consagradas”, etc. Repito que les doy toda la razón, y si me atreviese les pediría que lo echaran a la lumbre, o al cesto de los papeles cuanto antes, y que me perdonen el tiempo que les he hecho perder. Como los niños, después de una fechoría, me excuso diciéndoles: -No quise hacerlo....

2º LOS BUENOS. Los que con criterios del Antiguo Testamento tienen bien delimitadas las categorías de los “buenos” y de los “malos” y ellos (¡naturalmente!) son los “buenos”, los del “pueblo escogido”, y buscaban un libro “edificante” que les confirmara en su bondad de “buenos” y en la maldad de los “malos”.

Comprendo perfectamente su decepción. Dirán que los escritos de esta clase si se prodigarán echarían por tierra todas sus creencias. Y me parece que tienen mucha razón. Supongo que no entenderán si les digo que tengo muy poco respeto por la “fe” de los “buenos”, y que todo mi respeto me lo guardo por la Fe en el Bueno, ya que resulta que no hay más que Uno, Uno sólo, que sea bueno.

3º LOS TRAIADORES. Es posible que alguno de los que han recorrido estas páginas, en las que se ha querido tratar solamente de la traición de Judas y de las traiciones de Roviroso, descubra que en él existe también alguna traición.

Alguno, quizá, descubrirá que está traicionando su naturaleza racional, utilizando su inteligencia para fines “menos nobles”. Y esto me parece que puede ser un buen comienzo. Otros (esto me parece difícil) quizá crean que son más traidores que yo. Entre estos dos extremos están todos los matices posibles, y con estos ya me puedo entender.

Hermano traidor, escucha:

Lo más peligroso es no saberse traidor, y vigilar únicamente las traiciones de “los otros”. Esto nos lleva a encerrarnos dentro de la propia muralla, en la que dejaremos entrar a Jesús por pura bondad y condescendencia nuestras, y como un acto muy meritorio del que pasamos factura para que ponga su poder a nuestra disposición, pero que no nos moleste demasiado.

Este aislamiento es la venda de los ajos del alma, que no nos deja ver las propias traiciones, y

nos empuja a caer en traiciones cada vez mayores. No notamos el golpe de la caída porque caemos siempre sobre ese colchón gordísimo, tan blando, tan fofo, tan informe e impreciso, que se llama buena conciencia. Esto en cuanto respecta a nuestro interior.

Exteriormente: el trato con los demás. Constantemente contamos a “los otros” todas nuestras grandezas, excelencias poniendo un velo tan tupido en “lo otro” que acabamos por olvidarlo nosotros mismos. Esta aureola hemos de mantenerla en nuestra cabeza cueste lo que cueste. Y así funciona el trato: diciéndonos cosas amables los unos a los otros, haciendo ver que apreciamos para que se nos aprecie. Do ut des. Aquí resuenan como un trallazo aquellas palabras fulminantes: -’¿Cómo podréis creer en Mí los que andáis buscando vuestra gloria los unos de los otros?’

Si te sientes traidor, poco o mucho, lo primero que te conviene, (me parece) es encontrar a otro que se sienta aquejado del mismo mal. Y comunicaros mutuamente las propias traiciones.

Aquí viene como anillo al dedo, pero al revés, aquel cuento moral (sic) tan imbécil de “La Manzana Podrida”. Las manzanas originalmente son sanas, y el mal les viene de fuera, por esto hay que preservarlas. Pero las personas no somos manzanas. Los hombres estamos agusanados originariamente, incluso los niños más pequeños, y la sanidad, que es Jesús, nos viene de fuera. Pero Jesús quiere que su santidad llegue a los hombres a través de otros hombres, como una epidemia salutífera que “se pega” de unos a otros. Y lo único que nos pide es que no le neguemos a Él y que nos neguemos a nosotros mismos (que no son dos cosas, sino una sola). Por esto hemos de comunicarnos unos a otros nuestras traiciones, para traicionar cada vez menos. Si no hablamos nunca de ellas las llegamos a olvidar, y esto es catastrófico, pues nos conduce al fariseísmo más repugnante. Si Hablamos de ellas la vista se nos aclara, la humildad funciona, y con ella el germen de salud que provocará un nuevo milagro de Jesús, sanando una manzana podrida.

¡Quién sabe si unos grupos de traidores conscientes de su propia traición y abominándola, deseosos de seguir a Jesús sin imponerle nuestros métodos, podrá desviar la marca de la sociedad actual, pasando del camino de la traición hipócrita y “canonizada” al camino de la traición reconocida y penitente!

El escribir esta página ha sido doloroso y bienhechor para mi, todo a un tiempo. Y ahora, al terminar, siento el aliviador descanso que proporciona una buena purga. Ya sé que este ejemplo es asqueroso, pero es que la materia de que aquí se trata lo es todavía más.

Pero me he quedado a la mitad del camino.

Quiero decir, lector querido, que también te reconoces traidor, que yo te he contado mis traiciones, pero falta que tú me cuentes las tuyas.

Entonces sí que podríamos abrazarnos fuerte, muy fuerte, que los corazones latieran al unísono uno junto al otro, tan fuerte, tan fuerte, que ambos corazones se fundieran en uno solo... con el Corazón de Cristo. Ya que Jesús nos ama tal como somos, y no nos pide más que tomemos conciencia de nuestras traiciones para aborrecerlas y seguirlo a Él. ¿Seguirlo a dónde? A la derecha del Padre. ¡Esto da vértigo!

Asesinos de Jesús con nuestros pecados, ladrones de la gloria de Dios con nuestra soberbia, traidores integrales y ejemplo de todas las bajezas, unamos nuestro llanto y elevemos muy alto nuestro grito triunfal:

¡Jesús es nuestro Dios!

Con el Padre y el Espíritu Santo.

¡EL único Dios!

--OOOOOO--

SUSCRIPCIÓN Ediciones "VOZ DE LOS SIN VOZ"

Nombre
 C/ nº piso.....
 localidad provincia CP 0.....

Deseo suscribirme a las Ediciones "Voz de los sin Voz" en la modalidad de:

<input type="checkbox"/>	LIBROS (10 Libros + 5 revistas "Autogestión")	
<input type="radio"/>	como AMIGO	30 € / año
	(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)	
<input type="radio"/>	como COLABORADOR	15 € / año
<input type="checkbox"/>	AUTOGESTIÓN (revista bimestral)	
<input type="radio"/>	como AMIGO	12 € / dos años
	(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)	
<input type="radio"/>	como COLABORADOR	6 € / dos años
<input type="checkbox"/>	ID y EVANGELIZAD (revista bimestral)	
<input type="radio"/>	como AMIGO	12 € / dos años
	(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)	
<input type="radio"/>	como COLABORADOR	6 € / dos años
<input type="checkbox"/>	ID y EVANGELIZAD + 5 LIBROS (sección espiritualidad y teología)	
<input type="radio"/>	como AMIGO	20 € / año
	(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)	
<input type="radio"/>	como COLABORADOR	10 € / año
<input type="checkbox"/>	DVD's	70 € / año
	(10 DVD's al año de 2 horas de duración)	

La colaboración económica escogida la realizaré por:

Domiciliación Bancaria

Código cuenta cliente			
Entidad	Oficina	D.C.	Número de cuenta

TITULAR de la CUENTA : _____
 Firma: _____

Avda. Monforte de Lemos 162.- 28029 MADRID.- Tlf-Fax: 91/ 373 40 86

Para más información llama o visítanos

info@solidaridad.net 913734086